

STO. TOMÁS DE VILLANUEVA.

C-VI
CAR-2/0016
16136.11963

VIDA

DE LA SANTÍSIMA É INMACULADA

Virgen Maria,

RECOGIDA Y EXTRACTADA DE LAS OBRAS
DE DICHO SANTO.

CON LICENCIA.

LERIDA:

Imp. á c. de Francisco Carruez.

1881.

Santo Tomás de Villanueva nació en Fuenllana, Castilla, en 1488, y tomó el nombre de Villanueva, por haberse criado en esta Villa, de donde era su padre. Recibió desde niño la más cristiana educación y heredó de sus padres, que repartían entre los pobres lo que les sobraba de su hacienda, la virtud de la limosna en la cual se distinguió tanto ya desde niño, valiéndose de varias industrias para socorrer á los necesitados, al mismo tiempo que acompañaba siempre su caridad con las otras virtudes que son propias de los Santos. Hizo sus estudios en Alcalá de Henares, distinguiéndose mucho por su ingenio y mucho más por su virtud, y habiendo recibido el grado de Maestro en Artes, fué nombrado Catedrático de Filosofía. Más como no estaba bien en el mundo vistió el hábito religioso de San Agustín en el año 1518, en el mismo día en que Lutero se despojó de él. En el noviciado se manifestó ser ya un gran maestro de la vida espiritual, y á los dos años de profeso fué elegido prior del Convento de Salamanca, luego del de Burgos, después del de Valladolid, y más tarde Provincial de Andalucía y Castilla, en el ejercicio de cuyo cargo fué nombrado Arzobispo de Granada y después de Valencia, que tuvo que aceptar, habiendo logrado ántes se le admitiese la renuncia de su primer nombramiento. El día 1. de Enero de 1545 hizo la entrada pública en su Iglesia, que gobernó santamente por el espacio de más de diez años, dando á sus fieles el ejemplo de las más heroicas virtu-

des: su muerte fué el ocho de Setiembre de 1555. Desde niño fué devotísimo de la Madre de Dios, de modo que comunmente lo llamaban el hijo de la Virgen, habiéndose reparado que los sucesos particulares de su vida fueron en alguna festividad de esta Señora. El día de la Presentacion tomó el hábito de religioso; en el de la Asuncion lo hicieron Obispo; en el de la Purificacion el Señor le reveló el día de su muerte, y en el de la Natividad nació para el cielo.

Más su piedad para con la soberana Reina de los cielos se vé patentemente en los escritos que forman este opúsculo, los cuales todos respiran é inspiran la mayor ternura el mayor afecto para con ella, de modo que es imposible el leerlos sin sentirse más amante y más devoto de la Virgen Santísima. ¡Que conceptos tan elevados! ¡que pensamientos tan profundos! ¡que ideas tan arrobadoras se encuentran en la parte mariana de sus obras! Si elocuencia tan dulce como enérgica entusiasma lamente y excita el corazón con la mayor suavidad, infundiendo en aquella el conocimiento de María é inflamando á este en su purísimo amor. Quien en su íntimo cariño para con la Inmaculada Madre de Dios pretenda estas dos cosas, esto es, conocerla más y amarla más, lea y medite con atencion los escritos de nuestro Santo, y será en breve tan devoto de María que merecerá también ser llamado, como este Santo Arzobispo, *el Hijo de la Virgen.*

I.

INTRODUCCION.

No deja de ser un misterio el que los santos Evangelistas que refirieron tan claramente los hechos del Señor, y aun también los de S. Juan Bautista y de los otros apóstoles, nos hablen tan brevemente de la historia de la Sma. Virgen, cuya vida y dignidad fué muy superior á la de todos los santos, y que nada nos digan de su Concepcion, nacimiento, infancia y muerte, ni de las costumbres con que viviera, ni de las virtudes con que estuvo adornada, ni como conversara con su Hijo, ni como tratara con los apóstoles, despues de la Ascension. ¿Quién duda que en su nacimiento y niñez acontecieran muchos prodigios, y que desde sus mas tiernos años fuera un estupendo monumento de todas las virtudes? Sin embargo, nada de todo esto se encuentra en los libros canónicos. ¿Porque pues los Evangelistas que nos refirieron los hechos del Bautista, se callaron sobre los de la Inmaculada Madre de Dios?

Los motivos de este silencio son diversamente interpretados. En el libro que S. Gerónimo

tradujo del hebreo con el título *del Nacimiento de la Sma. Virgen*, y que se encuentra entre sus obras, se afirma que esto sucedió así, porque tal fué el beneplácito del Espíritu Santo, porque según se lee en los Salmos: «toda la gloria de la hija del Rey viene de su interior (Salm. 44.):» y por esto puede considerarse mejor que describirse.

Puede decirse también que los hechos de la Virgen son de tal naturaleza que las palabras no pueden explicar, y que no había necesidad de explicarlos. Cuanto se puede decir de la Virgen está encerrado en esta expresión: «Madre de Dios.» Piensa cuanto quieras sobre su virtud y su gloria; mayor es el ser madre de Dios; pues que á la madre de Dios no le falta la mayor virtud, ni la mayor hermosura, ni la mayor perfección, ni la mayor gracia y gloria. Por esto no se nos describe, sino que se deja á nosotros el describirla, á pesar de que nos quedaremos siempre cortos por más que demos rienda libre á nuestros pensamientos, y libertad á nuestra inteligencia para representarnos una Virgen la más pura y hermosa, la más prudente y devota, la más humilde y mansa, la más santa y virtuosa, la más llena de gracia, la más adornada con carismas del cielo y la más grata á Dios, porque la Virgen Santísima será siempre mejor, más excelente y más superior á la que nosotros podamos imaginar.

Hay también otra razón, cual es, el ser más propio para una criatura tan privilegiada el que

la profecía y no la historia refiera su vida. Es tan grande y tan divina, que ha sido preciso que nos describan su gloria los profetas anunciadores de sus hechos, antes que los históricos narradores. Lo que no se lee de María en el Evangelio, se encuentra en la profecía.

Y tal vez esto se ha hecho también porque los Evangelistas que escriben la historia de los sucesos cumplidos, atendieran más á la doctrina y al testimonio de la verdad, que á lo que se refiere á la alabanza de los sujetos: no fueron encomiadores sino escritores; para que no se dijera que escribieron más por la pasión que por la verdad, y para que la verdad se escribiese con palabras sencillas y desapasionadas.

Añádese por fin esta otra razón, que fué tan eminente la Virgen, que nada le faltó de gracia, de perfección y de gloria, formando por lo tanto un todo que ninguna criatura pura puede concebir, y por lo tanto fué superior á toda inteligencia angélica y humana. En donde pues está el todo, la parte no puede ser descrita, para que no se piense que lo que se dejare de escribir, le pudiese faltar. ¡Oh admirable doncella, Madre de su mismo Criador! ¡O dignidad la más estupenda! *Quantum poles, tantum aude; quantum vales, tantum aude: major ista virgo est. Conc. VI in Assumpt. n. I.—Conc. II. in Nativ. B. V. n. VIII. IX.*

II.

DESCRIPCION DE LA VÍRGEN.

El decir que la Virgen fué Madre de Dios es afirmar con esto sólo que se encuentran reunidas en María con exceso todas las perfecciones fuera de Dios. Y no sólo decimos que es Madre de Dios, sino también que es Madre idónea y competente de Dios. Para describirla del modo que nos es posible, imaginémonos una Virgen hermosísima, graciosísima, ingeniosa, noble, muy airosa en el cuerpo, de grande inteligencia, de imponderable memoria, muy bien compuesta y formada y adornada de todos los dones de la naturaleza, de modo que sea excelentísima en todo según la voluntad de Dios. Tal fué María. Fué tan ilustre que ninguna mujer del mundo ha sido más noble que ella por la ascendencia de sus antepasados, que fueron ó Reyes, ó Príncipes, ó Capitanes ó Patriarcas. Recuérdese el origen de las historias, y en ninguna se encontrará un principio tan pomposo como este. «Libro de la generacion de Jesucristo.» ¿Qué genealogía de Alejandro ó Césares es más ilustre? No porque Dios dé importancia á la nobleza humana, sino porque quiso que no fuese privada de ella su benditísima Madre. Tal fué la Virgen en los dones naturales.

Convino también que la Madre de Dios fue-

se purísima, sin pecado y sin mancha. De aquí es que no sólo cuando era adolescente, sino también cuando era niña, y aun también en su Concepcion fué santísima; porque no era decente que el Santuario de Dios, la casa de la sabiduría, el reliquiario del Espíritu Santo, la urna del maná celeste tuviese en sí la menor mancha. Por esto, antes que su alma fuese infundida en el cuerpo, su carne estaba ya limpia de toda mancha, y al ser infundida con ninguna podía contaminarse. Está escrito: «Su lugar fué fabricado en la paz (Salm. 75.)», esto es, la casa de la divina Sabiduría fué formada libre de todo fomes de pecado.

De aquí es que la Virgen fué purísima, sin tener nunca la mas leve inclinacion al mal, gozando antes bien de una paz suma, jamás en ella turbada en lo mas mínimo. En ella dice S. Bernardo, «se abrazaron la justicia y la paz (Salm. 84.)» En nosotros no se halla la justicia sin guerra; pero en ella estuvo siempre con mucha paz. Por esto su carne ha de ser considerada como argentina ó cristalina sin vicio alguno, ó mejor toda angélica.

Y ¿qué diré de sus dones, gracias y virtudes? De ellas puede decirse que le fueron comunicadas en el grado mayor de que es susceptible una pura criatura. De manera que así como en la creacion del mundo, toda criatura fué reunida y compendiada en el hombre y por esto es llamado *Microcosmos*; así en la reforma del mundo la Iglesia toda y toda la perfeccion de

los Santos fué reunida en María, de donde puede ser llamada *microcosmos* de la Iglesia. Se encuentra en ella la paciencia de Job, la mansedumbre de Moises, la fé de Abram, la castidad de José, la humildad de David, la sabiduría de Salomon, el celo de Elias: en ella la pureza de las vírgenes, la fortaleza de los mártires, la devocion de los confesores, la sabiduría de los doctores, el desprecio del mundo de los anacoretas: en ella los dones de sabiduria, de ciencia y de entendimiento, el don de piedad y de fortaleza, y todos los dones del Espíritu, y todas las gracias gratis dadas que señala el Apóstol. «Mil escudos cuelgan de ella, esto es, todo el armamento de los valientes (Cánt. 4.)», ó toda la virtud de los Santos: «Mi detencion en la plenitud de los Santos (Eccl. 24.)» Por esto S. Juan la vió vestida del sol, pisando la luna y coronada de estrellas. Tal es pues nuestra amantísima Vírgen: tal es la Madre de Nuestro Señor. *Conc. III. in Nativ. B. V. n. VII. y VIII.*

III.

INMACULADA CONCEPCION.

En una obra de mérito se notan dos cosas; la excelencia de la materia y la hermosura de la forma. Suele ponderarse tambien cuando se grava una figura perfecta en una materia re-

belde y dura. De esto es ejemplo el centauro gravado en pedernal ó en piedra muy fuerte.

En la Virgen pues no debe considerarse tanto la materia ó la naturaleza, como la forma ó la gracia. *No me considereis*, dice, como *morena* (Canto I.). *Pues toda la gloria de la hija del Rey* (Salm. 44.) *está en el interior en el alma.* Porque la naturaleza exterior formada en ella del lodo, aparece vil en Adán y sin ninguna estima.

Esto es lo que se admira en la Vírgen, esto lo que recomienda en extremo la sabiduria del artifice, que una hija de Adán, semejante en la naturaleza á las otras mujeres, no solo se parezca en pureza, hermosura, gracia y valor á los espíritus angélicos, sino que tambien los sobrepuje. Milagro y prodigio del todo estupendo es una Niña que se prefiere á los ángeles, por ser mas noble y hermosa que ellos, lo cual engrandece á la excelencia del arte, siendo mucho mas excelente el imprimir tanta belleza en el barro de la naturaleza humana que en el oro de la naturaleza angélica.

Ni pienses que sea poco para la Vírgen el haber sido concebida sin pecado; porque esta gloria no es menor ni mas especial que la de ser Madre de Dios segun la carne. ¿Crees acaso que fuera poco detrimento para la Virgen el decir que habia sido, aunque no mas que un instante, cautiva del pecado, hija de perdicion, esclava del demonio, é inficionada con la mancha comun? Lejos, lejos de nosotros el manchar de este modo nuestra gloria.

La tierra sacerdotal no era tributaria al rey Faraon en tiempo de hambre, sino libre de tributo: así tampoco estuvo sujeta al demonio la Virgen, de la cual nació Cristo Señor, sacerdote eterno según el orden de Melquisedech,

La Virgen fué formada en la paz, y no se oyó el martillo cuando fue edificado este excelso templo. Aquel martillo, digo, del cual se ha dicho: *se ha roto el martillo de toda la tierra* (Jer. 56) porque del pecado que inficionó á la tierra toda, fué exceptuada la Virgen.

El Altísimo santificó su tabernáculo (Sal. 45.), Mas ¿cuando, sino cuando la ayudó *Dios por la mañana al amanecer?* Por esto (Jacobo de Valencia) el Cristopolitano dice sobre este verso del Salmo: «En la Virgen la noche fué la formación del cuerpo; la aurora la animación; la mañana el nacimiento.» En la formación del cuerpo pues, en la animación, en el nacimiento el *Altísimo santificó su tabernáculo.*

Por la pena, dice S. Gregorio, se arguye la cualidad de la culpa: así también por no haber pena puede decirse que no hay culpa. Mas como el convertirse en ceniza fué pena del pecado, habiendo dicho el Señor á Adán: *eres polvo y en polvo te has de convertir:* (Gen. 3.) y como la Sma. Virgen, según creemos, no se volvió ceniza, sino que está gloriosa en el cielo en cuerpo y alma; podemos decir muy bien que la Virgen fué concebida sin mancha alguna, pues sino hubiere estado libre del vicio, tampoco lo hubiera estado del suplicio.

Y si es verdad que la Virgen murió y estuvo sujeta al hambre y sed y á algunas otras penalidades, también lo es que Cristo quiso padecer sin tener pecado para merecer para nosotros. La Virgen mereció con ellas para sí. Además no era decente que la Madre careciera de aquellas penalidades que el Hijo tomó por nuestro amor.

Maria es la vara que no tuvo ni el nudo del pecado original, ni la corteza del venial, según S. Ambrosio. Y con razón la corteza se asemeja al pecado venial y el nudo al original; pues que la vara se descortezaba tan fácilmente como es difícil limpiarla de los nudos; porque el pecado venial fácilmente se borra, mientras que el original, aunque se quite respecto á la culpa, con todo permanece en la naturaleza fijó el fomes del pecado que brota de nuevo, según aquello de Nahum (cap. 1.): *mundans non faciet innocentem:* porque el que es purificado de la culpa, permanece inficionado con el fomes. Por esto se lamenta Job, diciendo: «Si yo he pecado y al momento he sido perdonado, ¿porqué no permites que yo quede limpio de mi iniquidad? (cap. 10)» es decir, de la raíz del pecado.

El ángel y el hombre fueron criados en gracia. Respecto al Ángel se dijo á Lucifer: «estuviste en las delicias del paraíso de Dios (Ezech 28):» y respecto al hombre se lee: «Dios crió al hombre recto (Ecit. 7),» Así como pues el ángel y Adán fueron criados en gracia, así también fué la Virgen en gracia concebida, pues

que no tuvo ni el modo, ni la condieion de la naturaleza corrompida, sino de la naturaleza criada. Más si el angel y el hombre fueron criados igualmente en gracia, cayeron en el pecado; miéntras que la Virgen conservó siempre ilesa la gracia que recibió en un principio, sin que jamás la perdiera pecando.

Se pueden aducir tambien dos comparaciones en prueba de esto mismo. La primera: así como es costumbre preparar para un heredero, aun ántes que posea la herencia, por ejemplo al hijo de un rey ó Emperador, una habitacion magnífica y adornarla con la mayor riqueza; siendo Jesucristo el primojénito y unijénito de Dios, que heredó en la pasion y tomó posesion en la resurreccion del imperio universal de todo lo criado; ántes que llegara el tiempo de poseer su herencia le preparó su Eterno Padre domicilio particular, un palacio de oro en la Virgen Santísima adornándola de todas las virtudes como de las más brillantes riquezas, y previéndola para que pudiese ser una digna Madre de su divino Hijo. La segunda: así como un Rey acostumbra á dar mucho oro y plata á un hijo guerrero para que le recupere el reino y alcance una brillante victoria de su fatal enemigo; así dió el Padre celestial á su Hijo divino una riqueza imponderable, es á saber, la gracia preservativa de la Madre por el mérito de su futura pasion. Se puede alegar además otra razon entre otras muy especial. El privilegio de no haber tenido pecado alguno es máximo; ma-

yor aun que el de ser Madre de Dios: luego si dicho privilegio no repugna y aparece probable, no se debia negar á la Virgen; luego debió serle atribuido.

Admiramos todo aquello que es insólito y extraordinario. La Virgen es del todo admirable, del todo prodigiosa; pues fuera del órden general fué la única concebida sin pecado: Virgen y madre: madre de su Criador, llenada sin gravamen, parida sin dolor y sin corrupcion, fecundada por el Espíritu Santo y no por obra de varon, madre sin concupiscencia y admirable en todas sus obras y virtudes. *In Conceptione B. M. V. Concio.*

IV.

NACIMIENTO.

Hoy celebramos el natalicio de la Virgen, tributándole el debido obsequio; pues que hoy apareció el hermoso lucero, en medio de la obscuridad de una tenebrosa noche, de repente al mundo. Se alegran los ángeles y ofrecen un festivo cántico á la Virgen: se gozan porque la salvacion del mundo ya se acerca, y ven ya aparecer los principios de restauracion para la ciudad que habitan. ¡Oh con qué alegría y gozo en el cielo se celebra! Aquella vara de la raiz de Jesé plantada desde tanto tiempo en los Santos Padres, hoy brota y nace, debiendo nacer despues de élla la flor con que se ha de

medicinar el orbe. Flor, con cuya olor resucitan los muertos. con cuyo sabor se curan los enfermos, con cuya hermosura se alegran los ángeles. Flor cándida y rubicunda, que desean contemplar los ángeles. *In festo Nativit. B. V. Conc. II. n. 6. 7.*

Sí, hoy nace, hoy aparece en el mundo, como *la aurora que se levanta*, resplandeciente, rubicunda, purpúrea, alegre, sin oscuridad, sin nube, sin mancha: no como los otros hijos de Adán: *sino hermosa como la luna, escogida como el sol.*

¡Oh Virgen, en tu nacimiento iluminaste al mundo, alegraste á los cielos, espantaste al infierno, levantaste á los caidos, diste salud á los enfermos y gozo á los tristes. Decid, os ruego, sábios astrólogos, que contemplais las estrellas, decidnos, oh profetas ¿quién será esta Niña, que tan digna é ilustre se presenta en el mundo? y anunciadnos su nacimiento. Dinos, oh Profeta Rey, ¿qué te parece de esta hija tuya, cual será esta niña? *Será, dice, firmamento en la tierra, se levantará sobre el Líbano su fruto, florecerán*, es decir, se enriquecerá de sus méritos la Iglesia, *como el heno de la tierra.* Dinos también tu Isaias, lo que sientes de esta Virgen, ¿Cual será esta Virgen? *Sobre toda gloria, dice, su proteccion, y su tabernáculo estará escondido del torbellino y de la lluvia* (Isaias 4.) Esto es, será la guardiana de los justos y el refugio de los pecadores. *In Nativ. B. V. Conc. III. n. 6.*

Y aun cuando la Virgen fué en su nacimiento, como los otros Santos, una piedra preciosa, fué sin embargo por su condicion una verdadera perla, pues que nació ya con resplandor. En dos cosas se diferencia la piedra preciosa de la perla: de una parte la piedra preciosa tiene origen en los minerales de la tierra, y la perla lo tiene en el aire segun se ha dicho; y de otra la piedra preciosa es en su principio ruda y tosca, siendo preciso trabajarla, pulirla y perfeccionarla, y la perla nada de esto necesita, sino que al nacer contiene y detiene su natural figura y resplandor. Por esto la Virgen no necesitó al nacer del hierro del trabajador, segun aquella figura del Libro III de los Reyes (c. 6.) *El martillo, la segur y el hierro no se oyeron cuando se edificó el templo. In Festo Præsent Conc. n. 3.*

Postrados pues á las plantas de esta sagrada Niña, oremos con la alegría de nuestras almas y con el júbilo de nuestro corazon. Pongámonos bajo su proteccion, clamando con viva voz. «Ea, pues, abogada nuestra, Señora nuestra, alegría nuestra: ea, pues, vuelve á nosotros esostus ojos misericordiosos, y despues de este destierro muéstranos á Jesus fruto bendito de tu vientre! *In Natio B. V. Conc. II. 7,*

V.

NOMBRE DE MARIA.

La perfeccion y la propiedad del nombre consiste en que sea conforme á su significado. Esta conformidad es de dos maneras; la una es respecto al mismo nombre, y la otra respecto á su significacion. Por la primera el nombre debe ser tal que, al solo pronunciarlo, se comprenda la cosa. De aqui es que no se dá el nombre por la sola voluntad del que lo impone, sino por su conformidad natural con la cosa á que se impone para que le corresponda. La segunda conformidad es respecto á su significado: por esto Dios llamó al firmamento cielo *á celando*. Estas dos conformidades que se hallan en el nombre de Jesus, «no deben faltar al nombre de la Virgen Maria»; porque si bien no tenemos que haya sido impuesto por Dios, como esta gracia fué concedida á S. Juan Bautista, no debemos dudar que fué tambien hecha á la Sma. Virgen segun aquella regla general: «ninguna prerogativa ó gracia ha sido concedida á algun santo que no lo haya sido tambien á la Madre de Dios.» Mas cuanto el nombre de Maria convenga á la Virgen, véase á S. Bernardo, en su Homilia segunda *Super Missus*, sobre aquellas palabras: *Et nomen Virginis Maria*, que es muy buena materia. *De Circumsc. Conc. n. I.*

VI.

PRESENTACION.

Habiendo nacido la Virgen en casa de Joaquin, á la edad de tres años fué presentada al templo por sus padres; para que allí se ocupase, en compañía de las otras vírgenes, de dia y de noche en la oracion y contemplacion: antes habia conocido á Dios que á sí misma, y aunque era niña por la palabra, era grande en el ánimo y ya sabia orar. Plantada pues en la casa de Dios y asazonada por el Espíritu Santo, á manera de fecundo olivo, se hizo como el domicilio de todas las virtudes; y por cierto debia ser así, pues convenia que tuviese la mente abstraída de toda concupiscencia de esta vida y de la carne, y que se conservase virgen en el cuerpo y en el alma la que habia de recibir en su seno al mismo Dios. En el templo, digo, fué conducida para que «por mano de gravador (Ex. 28.)» del grande artífice, el Espíritu Santo, se grave en ella «Santidad al Señor», y se ponga en la tiara, en la frente del Pontífice segun se lee en el Exodo. *Conc. IV. in Assumpt. part. post. n. I.*
—*In Present. B. V. Conc. n. VII.*

VII.

ANUNCIACION.

Cuando hubo llegado la plenitud de los tiempos, para que el misterio, oculto hasta entonces, fuese revelado, llamó Dios al Arcángel S. Gabriel y le dijo: «Vé á la Virgen María que es entre todas las mujeres la más excelente, y llévale esta embajada «Dios se hará hombre en tu seno.»

Se pasma el ángel, pues no era tal vez á todos conocido este misterio, se prepara, vuela del cielo, toma un cuerpo resplandeciente y hermoso, cual convenia á la excelencia de su legacion y á la persona á quien iba dirigido, cual era la Virgen Santísima, vírgen en el alma, vírgen en el cuerpo y de régia estirpe, segun era preciso fuese la que habia de ser Madre de Dios, para que ninguna otra mujer le pudiese ser jamás comparada en el mundo.

Esta Virgen «estaba desposada con un varon», «para que no quedase infamada, ni fuese apedreada, siendo descubierto su parto, y el misterio quedase enteramente oculto al mismo demonio. El Señor prefirió que algunos dudasen ántes bien de éste misterio que de la pureza de su Madre, y no quiso que la fé se estableciese siendo su Madre injuriada, á cuya castidad pospuso su propio honor.

Y convenia por cierto que este misterio fuese anunciado ántes por muchos motivos: ya porque debia pedirse el consentimiento de la Madre; ya porque, si este misterio se hubiese obrado sin saberlo ella, se hubiera turbado al reconocerse embarazada, siendo tan pura, y hubiera temido ser engañada del demonio, conociéndose Virgen y Madre: ya tambien porque convenia que fuese testigo del misterio que se obraba en ella, estando prevenida no por casualidad sino por la embajada; pues de ello debia resultar un grande testimonio en favor de nuestra fé. Por esto no se le apareció el ángel en sueños, como á José, sino claramente, para que no le quedase duda alguna de un negocio tan importante.

La Virgen estaba retirada, en su aposento cerrado para los hombres, pero abierto para Dios y para los ángeles. Allí acostumbraba leer los libros sagrados, meditar los secretos de la Escritura y ofrecer á Dios sus súplicas con el espíritu mas fervoroso. Entró pues el celestial parainfo con el rostro luminoso, el vestido resplandeciente y todo hermoso con celestial belleza, al cuarto de la Virgen que estaba orando, se postró de rodillas á sus piés, y con semblante alegre la saludó con la mayor reverencia.

«Dios te salve, le dice, llena de gracia»: que vas á ser llena de la divinidad y sombreada de su virtud. «Llena de gracia», de cuya plenitud reciben todos, de cuya abundancia ha de quedar lleno el orbe todo; y verdaderamente llena, pues en tu alma no ha quedado el mas pequeño lugar

para el pecado, ni la más pequeña entrada para la iniquidad. «El Señor es contigo.» Y mas que conmigo. Y ¿cómo contigo? No por cierto como conmigo, ni como con ninguno otro. Contigo en el cuerpo, contigo en la mente, contigo en el ánimo, contigo en el consejo, contigo en el vientre, contigo en el auxilio, contigo en el nacimiento, contigo en la salida, contigo en el principio, contigo en el fin, contigo sin fin.

Así que la Virgen vé al ángel, se turba mucho, y su rostro palidece por el temor. Atiende al obsequio, medita las palabras, y mil cosas diferentes pasan por su mente. Pero ¿porqué te turbas, ó Virgen? Es un ángel, no un hombre: viene del cielo, no es de la tierra: te saluda humildemente y no te espanta fuertemente. «Se turbó. dice el texto, en su razonamiento.» Es decir, no se turbó tanto por la presencia del ángel como por su salutacion; aunque no fuera tampoco extraño que se hubiere ella conmovido por su resplandor; porque si bien habia visto ya ántes á los ángeles, pero no brillando con tanta magestad. Su grande humildad pues y la admirable novedad que veia en el ángel la perturbaron. «Y pensaba que podia significar aquel saludo.» Pensaba, digo, como sapientísima, discretísima y prudentísima, para no ser engañada con alguna ilusion, y examinaba con sutileza las palabras del ángel, no dando á ellas fácil consentimiento. ¡Oh cuanto se diferencia María de aquella primera mujer que respondió al momento á la serpiente, que consintió enseguida á su

tentacion! Dejó el ángel de hablar y María siguió en su silencio.

Entonces el ángel le dijo: «No temas, Maria, porque has hallado gracia delante de Dios.» Como habia conocido que con su presencia le habia causado temor, procura con blandas palabras calmarla en seguida, conforme aconteció cuando las mujeres se espantaron en el sepulcro, al ver al ángel del Señor, que el mismo ángel las consoló diciéndoles: «No os espanteis.»

Luego prosiguió: «Hé aqui que concebirás en el vientre y parirás un hijo, al cual llamarás Jesús: este será grande y será llamado Hijo del Altísimo: y el Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.» Con mucha prudencia declara el angel el misterio, no descubriéndolo todo desde luego, sino poco á poco. Por esto no le dice: concebirás á Dios y parirás al Hijo de Dios, sino concebirás un hijo, lo que no tenia nada de extraño: mas no anuncia al punto que el Hijo seria Dios, sino que describe con muchas palabras su divinidad.

Habiendo oido la Virgen la celestial embajada, se pasmó mucho mas de lo que antes habia temido, y guardó silencio, mientras que meditaba sus misteriosas palabras. Se admiraba sobre manera que pudiese ser madre por voluntad de Dios, habiéndole consagrado antes su virginidad para siempre. Solicita pues de su virginidad, no como quien duda del oráculo, sino in-

quiere el modo de poder conciliarla con la maternidad, pregunta al ángel: «¿Como se hará esto, ó Angel, porque yo no conozco varon?» indicando así el voto y su propósito de abstenerse siempre de unirse en matrimonio. Y el ángel le responde: «no me preguntes, ó virgen, sobre esto, porque yo solo soy un legado enviado por Dios para anunciarte el misterio: te anuncio la obra, pero ignoro el modo con que se lleve á cabo. Sólo te diré que «el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y que la virtud del Altísimo te hará sombra.» Mas no quieras temer por tu virginidad, porque esta concepcion no te la hará perder, sino que te la confirmará: no te quitará el pudor, aunque te enriquezca con la prole.»

Nótese aquí que la Virgen no debia ser iluminada para obrarse en ella este prodigio, sino antes bien cubierta de sombra; porque la tierna Virgen no podria llevar que un abismo de poderosa luz fuese infundida en su vientre si no la cubriese con su amparo la misma virtud del Altísimo. Si pues, como dice el profeta: «en la presencia de Dios se derriren los montes como la cera, y á su aspecto los peñascos se liquidan como el aceite» ¿cómo una doncella podia soportar en su seno la divinidad misma, si su resplandor no quedáse amortiguado por la sombra?

Y para que conociera que la encarnacion del Verbo que habia de obrarse en su seno, era no solo por la virtud del Espíritu Santo, sino de toda

la Trinidad Santísima, añadió sábiamente: «la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.» El Padre pues, el Altísimo, y la virtud del Altísimo, el Verbo del Padre, por cuya indivisa virtud, no en toda la Trinidad, sino en el Verbo solo, debia obrarse la encarnacion. Y porque habia de concebir no por obra de varon, sino por la virtud de Dios, el ángel añade: «Lo que nacerá de ti Santo será llamado Hijo de Dios» y no hijo de judios. Cuan clara y evidentemente llama indefinitamente santo el fruto que habia de concebir: no varon ú hombre santo, sino absolutamente santo. No dice el santo, sino lo santo que nacerá de ti, refiriéndose mas á la naturaleza que al supuesto, é indicando que Dios tomaba no el supuesto sino la naturaleza.

Es de pensar que esta conversacion entre la Virgen y el ángel se prolongaria bastante, porque el Evangelio sólo nos refiere un breve compendio de ella, y que dirian muchas cosas que la Escritura no refiere, y que duraria desde el anochecer hasta media noche. Entonces pues la Santísima Virgen, teniendo su espíritu fervorosamente encendido en Dios, puesta de rodillas en tierra, llena de gozo, pasmada por un Sacramento tan grande, con las manos elevadas y con los ojos fijos en el cielo respondió: «Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mi segun tu palabra.» Me dices, ó ángel, que yo seré madre, mas yo me reconozco por esclava suya: y porque soy esclava del Señor, no me opongo á su voluntad. «Hágase en mi segun tu palabra.. «En

Verdad te declaras esclava del Señor, pero serás su madre; si esclava, pero también esposa de Dios. Esclava, pero Reina de los ángeles; esclava, pero á Dios carísima, á Dios gratísima, esclava sobre todas las esclavas. Verdaderamente esclava pues jamás contradijiste al Señor, ni en palabras, ni en obras, ni en pensamientos; pero esclava feliz, á la cual todas las cosas están sujetas como esclavas; esclava dichosa á la cual todas las criaturas deben servir.

¡O palabra admirable, «Fiat mihi!» Imita la Virgen á Dios. Con esta palabra el mundo fué criado y con la misma fué reparado, pues la Virgen atrajo al Verbo de la boca de Dios. En un principio dijo Dios: «hágase la luz, y la luz fué hecha.» La Virgen dijo: «hágase la luz del mundo, y fué hecha.» Dios dijo: «hágase el firmamento en medio de las aguas, y fué hecho.» La Virgen dijo: «hágase el firmamento en medio de la Iglesia, y fué hecho.» Dijo Dios: «hágase dos lumbreras é iluminen la tierra.» La Virgen dijo: «hágase una lumbrera excelentísima, con la cual el mundo quede iluminado, y fué hecha en su vientre.» Diciendo Dios: «hágase:» fué hecho cuanto existe. Diciendo la Virgen: «hágase:» fué hecho el hombre por quien son hechas todas las cosas. Hágase pues el Verbo carne, Dios hombre, el Eterno temporal, el impassible pasible. Hágase lo que jamás ántes ha sido hecho, y la obra que es superior á todas las otras obras. Hágase en la tierra el Redentor de los pecadores, que es en los cielos la

alegría y la gloria de los ángeles. Jamás habia resonado en el orbe un «Hágase» cual lo pronunció la Virgen en aquel momento. ¿Qué sucedió pues? ¿quién podrá decirlo? La naturaleza se pasma, el juicio se suspende, el sentido se embota, la lengua enmudece, la razón desfallece, el entendimiento no coje lo que se obró en María cuando dijo «Hágase en mi según tu palabra.»

En el momento mismo pues, en que estas palabras fueron pronunciadas fué formado el cuerpo santo del Señor de la purísima Sangre de la Virgen por obra del Espíritu Santo, fué organizado, animado y unido al Verbo de Dios, confluendo en una sola persona la naturaleza humana y la divina. En el mismo momento fué llenado de todas las gracias y virtudes, enriquecido con los dones de todos los carismas, beatificado con la visión clara de Dios y dotado en fin de toda aquella sabiduría, gracia y gloria de que goza en el cielo. No conoce tardanzas la gracia del Espíritu Santo, ni el supremo Artífice necesita de mucho tiempo para llevar á cabo sus obras.

¡Oh concepción sobremanera estupenda! ¡Oh vientre sagrado y purísimo, habitación de Dios, vehículo del Espíritu Santo, coche triunfal del Rey eterno! ¿quién podría explicar y ponderar las riquezas y las delicias de este virginal vientre? Explícanoslas tú ¡ó Virgen! dínos como concebiste sin mancharte, como engendraste sin perder la entereza. Explícanos lo que sien-

tes al ser toda rociada con tan divino nectar, al encerrar en tan pequeño vaso un piélago inmenso de placer, segura como estas de tener incluidas en tu seno las delicias de todo el género humano. Explícanos los ardores en que estás encendida, las llamas en que ardes, teniendo en tu vientre el horno de Diosy encerrando en espacio tan estrecho todo un abismo de dulzura. Dinos los torrentes de placer que manan de esa fuente perene, los rayos que despide ese Sol brillantísimo cubierto de una nube lijera, y como sostienes esos accesos de delicias, esos ímpetus, esos ardores, ¡O arca de Dios llena del mas rico tesoro! ¿Como podré yo alabarte? Confieso que tu dignidad, felicidad, gloria, y grandeza, superan mis fuerzas y exceden todos mis elogios. Cuanto puede pensarse ó decirse es inferior á la alabanza que te mereces, y á la bienaventuranza que gozas. De un solo vuelo te has elevado á la cumbre de una dignidad tan sublime que ni la mirada del hombre, ni la del ángel pueden llegar á tanta altura; porque en un instante has sido convertida de hija de Adan y de humilde doncella en Madre del Criador, en Señora del mundo, en Reina del Cielo y en Emperatriz de todo lo criado. Por lo cual toda criatura te alaba y toda generacion te bendice: la generacion que será, los hijos de los hijos y los que nacerán de ellos.

VIII.

LA VISITACION.

El Evangelista nos refiere un grande acontecimiento, un prodigioso milagro á manera de comedia, introduciendo como en una escena cuatro distinguidos personajes. El primero de ellos es una Virgen, pero una Virgen embarazada, y no por obra de varon, sino del Espiritu Santo; y si es madre, no lo es de un rey ó príncipe, sino del mismo Dios. Esta, aunque Virgen, anda por montes inflamada de amor divino con mucha prisa, porque el niño que lleva en su seno en vez de estorbarla con el peso, aumenta su ligereza. El Verbo de Dios, con el cual se sostienen todas las cosas; no le causa el menor gravámen: hecho hombre en su seno, lleva á su misma Madre, y como un resplandor brillante comunicado á un vapor purísimo, eleva el cuerpo á los montes y el ánimo á los cielos. ¡Dichosa selva por la cual pasó tal viajero! ¡Espectáculo admirable! Un niño Dios, un infante celestial, antes de nacer, viaja ya por las montañas. El triunfal carro en que este Rey divino, rodeado no de hombres sino de un ejército de Angeles, es llevado por aquellas alturas, es el vientre de la Virgen. Carro más precioso que aquel otro de fuego, conque Elias fué transportado al cielo, porque si en aquel habia ardor

de fuego, en este el ardor es del Espíritu Santo; si aquel era tirado por caballos, este lo es por celestes virtudes; y si en aquel era llevado un profeta, en este lo es el Dios de los Profetas.

Más cual es el motivo de este viaje? ¿Cual la causa de esta precipitación? Elizabet, siendo anciana y estéril, había concebido con doble milagro á Juan Bautista, precursor del Señor, guía y edecan del Rey celestial y abanderado de todo su ejército, que estaba detenido todavía en la cárcel del pecado original. La Madre se apresura á ir á obsequiar á la anciana que había de parir, y el Hijo á santificar á su precursor y librar del pecado á su guía. Estas son las cuatro personas, que son las primeras del mundo. Una Virgen Madre, una estéril fecunda, el Verbo de Dios, el profeta del Señor: dos madres y dos niños. Las madres cantan y los niños juegan dentro de las entrañas de sus madres.

San Lucas nos recuerda á la Virgen andando de prisa por los montes; pero mucho ántes el sapientísimo Salomon cantó admirablemente esto mismo, diciendo: «Hé aquí que viene saltando en los montes y traspasando las colinas: es semejante mi amado á una cabra y á un cervatillo. Mira, como está detrás de la pared mirando por las ventanas, y atisbando por las celosías. Hé aquí que mi amado me habla: levántate, date prisa, amiga mia, paloma mia, hermosa mia, y ven. Muéstrame tu rostro y

resuene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu cara es hermosa. (Cant. 2.)» No puedo admirar bastante una profecía tan clara y tan espresa de este misterio. Si lo hubiera presenciado, no habría dicho nada tan á propósito. Pero lo vió ciertamente no con los ojos sino con el espíritu. ¡O Virgen Madre de Dios, veloz paloma que pasa volando por las cumbres de los montes! ¡O Cristo Señor que cual cervatillo salta por las cimas de los collados! ¡O rostro hermoso! ¡O voz dulcísima, voz poderosa y aguda que penetra por las entrañas de una anciana!

Entra pues la Virgen en la casa de su prima y la saluda. Entra también aquella voz del Verbo divino encerrado en el vientre, enviada por boca de la Virgen á los oídos de Isabel, y penetra en sus ancianas entrañas la virtud impresa en la misma voz. Estaba echado tranquilo el niño en el seno materno como en su lecho, y al percibir la virtud de aquella voz, abrió los ojos, reconoció á Dios velado en la nube de la carne, y escondido en el celaje del vientre, se excitó, se levantó, dió con los lados de la madre, trató de salir, quiso clamar á fuera, pero el vientre cerrado no le permitió salir, y prohibiéndolo la naturaleza se detuvo, su lengua inmóvil se negó hablar, y al esforzarse quedó pegada en el paladar. El profeta se quejó de la tardanza de la naturaleza, y ya que no pudo con palabras, saludó al Señor con profético gozo y con el movimiento del cuerpo.

Mas oigamos á su madre. «Bendita, dice á la Virgen, entre las mujeres:» mas aun sobre todas las generaciones; mas todavia, sobre todas las criaturas. «Y tan pronto, dice tambien, como la voz de tu salutacion ha llegado á mis oidos, se ha alegrado el niño en mi vientre.» Y ¿cómo no habia de alegrarse, si con el soplo del Espiritu Santo no solo quedó limpio del contagio del pecado, sino que tambien con anticipado conocimiento miró presente al Redentor? Grande es pues la gloria de Juan, habiendo sido el primero que conoció el misterio de la encarnacion despues de la Virgen, y el primero de todos que lo promulgó; pues la Virgen nada habia dicho todavia. «Y bienaventurada, añade, porque has creído.» Hubiera podido alabar muchas virtudes de la Virgen, pero elige la fé, porque mucho resplandeció en nuestra Señora, en la Encarnacion del Verbo.

Mas, cuando la regia Virgen vió publicado el misterio oculto en su seno, con animo alegre, llena de gozo é inflamada por el Espiritu Santo, cantó al Señor un suavísimo canto, con voz la mas sonora, apesar de que era muy raro en ella el hablar; tal era la redundancia del espiritu de que rebosaba su pecho, tal el inmenso fervor de su corazon. Dichosos oidos que merecieron escuchar un cántico tan alegre de boca de la Virgen, cántico incomparable é inaudito, pues que excede á todos los de los otros santos por la majestad del autor, por la dignidad de la materia y por la agudeza del estilo. El Señor lo

dicta interiormente, la Virgen lo canta exteriormente: y no canta las insignes victorias de los príncipes; ni los ejércitos enemigos facilmente derrotados, no los carros de Faraon sumergidos en el mar, no al pueblo que pasa el rio con pié enjuto: lo que celebra es mucho mas grande mas excelente. Cuenta admirables misterios, recuerda inefables dones y dá gracias á Dios, Señor de los profetas, por su hijo y por el profeta. Y porque ¡cosa admirable! es madre del Criador, y lo lleva en su seno, escondido en su vientre, canta á Dios hecho hombre, exalta las entrañas de la piedad divina y describe con elocuente palabra la humillacion de los orgullosos, la exaltacion de los humildes, la exclusion de los ricos, el enriquecimiento de los pobres, la grandeza del poder divino, el inestimable peso de su amor, la reparacion del mundo, la ruina del diablo y la destruccion del pecado.. ¡Grande Sacramento! ¡Misterio Supremo! Elevadísimo debia ser el canto que correspondiera al agradecimiento por un beneficio tan inponderable.

Permaneció María con su prima como unos tres meses, y se volvió alegre, asi como habia venido, á su casa, *Conc. de Visitatione*.

IX.

SAN JOSÉ EN LA PREÑEZ DE MARIA.

Notad por el Crisóstomo, cuan grande fué el pudor de la Virgen: cuando su vientre crecia,

José estaba muy triste y pensaba en dejarla: con todo la Virgen no le descubre el secreto, porque no lo creyera, y con la mayor prudencia espera el remedio del Señor. *In Visit. Conc. n. III.*

San José su Esposo, pues á quien las evidentes señales de su preñez le ocasionaban el gravísimo dolor que produce en este caso la sospecha, nada supo por ella respecto á tan grande misterio hasta que tuvo conocimiento de él por revelacion del ángel. Imitad el silencio y la humildad de María que, siendo tan grande á los ojos de Dios, cuanto más exaltada se vió, tanto más profundamente se rebajó en su propia opinion. *Conc. S. in Annunt. n. IX.*

José, hijo de David, aquel Dios que escribió maravillas en su ley, ha obrado maravillas en tu esposa. Lo has leído en tus libros, míralo en María con tus ojos. Porque el que produjo pan en el desierto sin cultivo, ha fecundizado á la Virgen sin corrupcion; y el que hizo brotar á una vara seca, ha hecho que una hija de David concibiese sin semilla. Lo que pues has leído en sus leyes, míralo en María con tus ojos. *Conc. V. in Annunt. n. IV.*

X.

PARTO DE LA SATÍSIMA. VIRGEN

1.

Cuan admirable fuè este parto

No diré que los hombres hubiesen podido adivinar, pero ni aun tampoco los ángeles hubieran pensado que Dios se dignase hacerse hombre, nacer de una doncella sin detrimento de su virginidad, ser reclinado en un pesebre y dejarse cubrir con pobres pañales. Si Dios no hubiese revelado estas cosas el hombre no las hubiera conocido. Por esto decia el Salmista (Salm. 86.) «¿por ventura Sion dirá: hombre y hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la hizo?» Esto es; ¿habrá hombre alguno que presume decir ó pensar que se hubiese dignado el Criador nacer de una joven que el mismo habia criado, y querido tener por madre á una criatura suya? Por cierto que nadie se hubiera atrevido á ello; pero el mismo «Señor lo refirió en las escrituras de los pueblos (Ibid);» y diciéndolo él, lo hemos sabido, y revelándolo él, lo hemos creído. *In Expect Conc. I.*

2.

Como lo anunció y describió Isaias,

El profeta Isaias, habiendo visto en espíritu por medio del don de profecía este tan alto y admirable misterio del nacimiento del Señor; lo anunció maravillado y estupefacto: «Antes que pariera, parió: antes que llegara su parto, dió á luz un varon. ¿Quien oyó jamás tal cosa? ¿Y quien la vió semejante á esta?» Jamás por cierto se ha oido, ni se ha visto desde el principio un parto tal, ni jamás se verá eternamente: parto sin dolor, parto sin corrupcion, parto sin ansiedad, parto, por decirlo así, sin parto, parto por fin colmado de todo gozo y alegría. En verdad habria sido en el estado de la inocencia el parto libre de todo dolor, y aun tambien, segun S. Agustin, sin corrupcion pues segun él, hubieran parido las mujeres enteras é incorruptas; pero ninguno hubiera sido tan limpio, tan puro, tan sagrado y milagroso, como este.

¡Cuan bellamente describe este parto el mismo profeta en otro lugar (c. 35)! «Brotará como la azucena, dice. y se gozará alegre y alabando.» *Germinans germinabit*, porque sola brotará, porque sin obra de varon brotará como la azucena. ¡Admirable comparacion! Cuan bellamente es comparado el Salvador nacido de la Virgen á la exalacion de la fragancia de la flor; porque así como la flor nada pierde de su

hermosura por despedir su olor; así la Virgen nada perdió del candor de su virginidad por el nacimiento del Señor. *Ibid. II.*

3.

En Belen.

Mucho tiempo ántes habia anunciado el Profeta que el Señor nacería en Belen, ni era ignorado esto por los escribas y maestros de este pueblo. Más para que no fuese de todos conocida la grandeza de este misterio, cumpliése la profecía como por casualidad. Mandó el Emperador Augusto el empadronamiento de sus vasallos; y habiendo ido María y José á Belen para ser empadronados, por disposicion divina, Cristo nace allí, y se cumple el vaticinio. ¿Porque ántes bien no fué la Virgen de Belen, y vecina de esta ciudad, para no verse obligada, siendo de cuerpo delicado, á emprender un viaje tan largo al estar cercana á su parto? Esto fué, para que este misterio quedase del todo oculto á los indignos y solo manifiesto á los que fueran dignos de él; ya que el creer que el Señor era de Nazaret era motivo de escándalo para muchos de los que de su pueblo le eran contrarios, debiendo haber nacido Cristo no en Nazaret, sino en Belen. *Conc. I. In festo Natal. D. n. II.*

Ni debemos aqui pasar lijeramente por alto la angustia de la Virgen, cuando al acercarse

la hora de su parto, se ve obligada á dejar el propio hogar y marcharse á un pueblo extraño, recorriendo largo camino por region montañosa; de la Virgen, digo, tierna y embarazada, adicta al retiro, acostumbrada á permanecer en casa, y sobre todas las otras mujeres prudente. Ni debemos tampoco dejar de atender á la ansiedad de su santo Esposo, cuando, despues de haber recorrido las diferentes casas de la poblacion, no encuentra habitacion para la Virgen, ninguna hospederia ni para si, ni para su esposa. Se entristecia por cierto, y se creia asimismo causa de tal contratiempo, como si por motivo suyo sufriese tantas repulsas, doliéndose tanto más, al verla despreciada, cuanto más digna la creia de los mayores honores. Más la Virgen sagrada lo animaba á sufrir de buena voluntad y con ánimo esforzado y alegre aquellas contradicciones, ya que nada sucedia en el mundo sin disposicion de Dios, y que el hombre justo debia padecer con igualdad de ánimo cuanto puede aqui bajo acontecerle. Sea pues que la necesidad les obligase, ó porque la Virgen tuviese horror al tumulto de los extranjeros, ó temiese que las posadas estaban llenas, tomaron el consejo de retirarse á un portal cerca del muro de la Ciudad. *Conc. I. in Natal. Dom. n. II.*

Hay allí un sitio debajo de una peña hueca, construido no por mano humana sino por el mismo Dios; y para que aquella habitacion nunca faltase, no la fabricó el Supremo Cria-

dor de piedras ó de ladrillos, sino de una roca muy fuerte y muy dura. De aquí es que aun hoy se conserva sola entre todos los edificios sagrados antiguos, habiendo sido los demás destruidos, ó por la guerra, ó por el tiempo. ¡O lugar sagrado! ¡O sitio bendecido! ¡O portal igual al cielo, más que el místico tabernáculo, mas santo que el *Sancta Sanctorum!* ¿Cuánto no deben honrarle los ángeles y los hombres, habiendo nacido en tí el Señor de los ángeles y de los hombres? *Conc. I. in Natal. Dom. n. III.*

Entra pues la régia Virgen en la descompuesta estrechez de tan pobre hospicio: entra en el domicilio sùcio por las pajas y estiércol de los animales, y habita gustosa en aquella morada abierta al frío y al viento. No hay allí ni silla, ni cama, ni mesa, ni fuego, ni mueble alguno, á excepcion del humilde pesebre para dar pasto á las bestias. ¿Son éstos, buen Jesús, los consuelos que preparas á tu Madre? ¿Son éstas las delicias, los magníficos palacios, las riquezas, los preparativos de los sirvientes? ¿Quién habrá que se queje de su adversa fortuna? ¿Quién se indignará por su mala suerte? ¿Quién no sufrirá con ánimo igual las contradicciones? La Madre de Dios las sufre con paciencia: la Señora del mundo, la Reyna de los Cielos tiene tan pobre hospedaje; ¿y se indignará un pobre gusanillo al recibir malos tratos? ¿y no dará gracias el pobre en su pobreza, viendo al Hijo de Dios en lugar tan despreciado, y conociéndose semejante á Dios en la pobreza? y al sucederle cosas

pesadas ¿no se gloriará en ellas, viendo que la Madre y el Hijo padecen por él cosas tan duras y ásperas? *Conc. I. in Natal. Dom. n. IV.*

4.

Nacimiento del Señor.

Llega por fin aquella hora sagrada, hora aurea, hora brillante, mas bendecida que todas las horas, como destinada desde un principio para consuelo del género humano: y «la noche estaba en medio de su carrera (Sap. 18.)», cuando hé aquí que el rostro de la Virgen se inmuta completamente: las mejillas se le coloran y su cara, ántes candida, se vuelve toda purpúrea, como si se vieran en ella blancas azucenas mezcladas con encarnadas rosas. Su alma beatísima toda se enfervoriza y se inflama con insólitos ardores, y su tierno pecho que está lleno de delicias no puede soportar los ímpetus de los gozos que lo inundan. ¡Oh Virgen bendita! ¿Son éstos acaso los dolores de tu sagrado parto? ¿Éstas las intolerables angustias y las contorciones que en él acostumbran á padecer las mujeres? Tu alma conoció de antemano los indicios del parto y llena del Espíritu de Dios, levantados los ojos y las manos al cielo con fervorosa devoción, y consagrándose toda á Dios con las rodillas en tierra, esperaba su beneplácito. *Ibid. n. IV.*

Estaba también allí San José pasmado por la

novedad del acontecimiento, y orando en silencio esperaba el resultado; cuando el hermoso infante desprendido del virginal vientre, palpitaba llorando en la desnuda tierra en su presencia; infante omnipotente, infante admirable «en el cual estan todos los tesoros de la sabiduria y ciencia de Dios (Colos. 2.), infante pequeño y Dios inmenso. Del mismo modo que el sol nace brillante del seno de la purpúrea aurora, ó que el rayo de luz penetra la cristalina ventana dejándola intacta, ó que la estrella despide su resplandor, ó que la rosa de la primavera produce su fragancia, así esta hermosa Doncella dió á luz al Salvador. Adora enseguida la Madre al Hijo que ha parido, le ofrece el devoto obsequio de su alma como á Dios, antes que, como á hijo suyo, le preste el servicio necesario de madre. ¡O parto estupendo! ¡ó parto admirable! ¡ó parto en fin tal cual conviene al Criador de todas cosas! Dios nace, la Virgen pare, el parto es sin dolor, la Virgen dá su leche, el Omnipotente es alimentado y envuelto en pañales, el Verbo enmudece, la alegría llora, y es llevado en brazos el que sostiene al orbe. José queda estupefacto á tal espectáculo, está allí tembloroso, teme, y se goza, se turba y se alegra y no se atreve á mirar el rostro de la Virgen. Vos, Virgen bienaventurada, dad la leche, alimentad á vuestro Dios; nutrid, ó Bendita, al pan de los ángeles con vuestro pecho lleno del cielo. Luego la Madre colocó en el pesebre al infante envuelto en pañales, porque no habia lugar para él en la hospederia. *In natal. Dom. Conc. I n. V.*

Afectos de la Virgen.

¡Quien podría explicar, ó Virgen, lo que pasa por vuestra mente? ¡Quien podrá descubrir los gozos de vuestro corazón al veros madre de vuestro Dios, y de vuestro Criador, y virgen al mismo tiempo, teniendo el gozo de madre sin menoscabo de la honra de la virginidad? ¡O Virgen Sagrada, quien manifestará la exuberancia de vuestros gozos en esta hora? ¡Quien comprenderá las inundantes olas de celestiales delicias y suavidades, en que vuestro pecho se halla sumergido en este parto? ¡O con que ardor y fervor os inflama, con que rayos y resplandores os ilustra el Sol de justicia al nacer de vuestro purísimo vientre! ¡Con que olas y torrentes de los divinos carismas que manan de aquella fuente perene y abismo de la divinidad que habita en vuestro seno, erais inundada! ¡O pecho virginal, mas fuerte que el acero y que el diamante, que impetus de espíritu sostienes, en que olas de delicias te remueves! Decidnos, ó Bienaventurada, ¿que sentia vuestro corazón al ver aquel Niño tan hermoso que yacia en tierra delante de vos y que habia nacido de un modo tan admirable? ¿Que, cuando os reconocisteis madre y virgen, virgen y madre de Dios? ¿que, cuando os visteis allí mismo sublimada y exaltada sobre todas las criaturas como

madre del Criador? Decidnos, os suplicamos, con cuales palabras le saludasteis, con que alegría, con que gozo, con que cántico en aquel momento os alegrasteis? Y lo que mas nos pasma es, que experimentando entonces unos ardores mas que seráficos en el pecho y ardiendo vuestro corazón todo en admirables ardores como que era el horno del Espíritu Santo, no estuviérais con todo arrebatada en éxtasis y enagenada de los sentidos. Seguramente esto fué un milagro grande, estupendo y sobremanera memorable. *Conc. in Expect. Partus. n. II.*

Y á la verdad una gota de dulzura, una chispa de espíritu arrebatada y absorbe del todo á los hombres mas fuertes y mas graves; ¿y la Virgen mas tierna y delicada no se arrobaria con tal ímpetu de espíritu? No fué esto por cierto efecto de la humana virtud sino de la divina; pues que el mismo Hijo que la impelia interiormente con tales movimientos, la fortalecia exteriormente para que pudiera prestar el oficio de Madre y servir al hijo de ella nacido. Y sino ¿que hubiera sucedido, si la Virgen estupefacta por el milagro del nuevo parto, hubiera sido arrebatada en éxtasis? El hijo de Dios desnudo y abandonado en tierra se habiera muerto entretanto de frío. Juzgo pues que no solo entonces, sino en todo otro tiempo, despues de haber concebido en su vientre al Hijo de Dios, toda su vida habia de ser un éxtasis continuo, á no haber sido por un grande milagro, á semejanza de su Hijo, por el cual quedó encerrada en la parte superior del

alma la abundancia de celestiales carismas, pues que, si hubiese redundado en el cuerpo, la hubiera privado de ejercer el oficio exterior y obligacion de madre. *Ibid. n. II.*

Su alegría fué pues inexplicable, pues nadie puede ponderar el gozo de su corazon, cuando se contempló madre de Dios y de su Criador, sin menoscabo de su ilibata y entera virginidad, y se vió con derecho superior á toda criatura, y señora del mundo, Reina de los angeles y abogada de los hombres; porque no ignoraba su dignidad cuando, alegrandose con espíritu profético en Dios su Salvador, exclamó: «Bienaventurada me llamarán todas las generaciones.» *Conc. II. in Natal. Dom. n. IV.*

6

Maravillas de este parto.

¿Que cosa no fué admirable en este parto? Admirable la Madre, admirable el Hijo, admirable el parto, admirable el tiempo, admirable el lugar, admirable el obsequio. La Madre es Virgen, Virgen y Madre de Dios: Madre que tiene un hijo y no conoce varon. El Hijo es un niño muy tierno y Dios eterno: niño de un dia y Verbo de Dios. El parto fué sin dolor, sin corrupcion, sin ansiedad. La hora del nacimiento que antes era obscura, se hizo mas clara que el medio dia, segun lo habia anunciado el profeta. «Y la noche se iluminará como el dia (Salm. 138.). «El lugar del Nacimiento se con-

virtió, de establó que era, en Paraiso, y la habitacion de las bestias se trocó en palacio de ángeles. ¡O lugar sacratísimo, lugar devotísimo, lugar destinado por Dios para un misterio tan grande desde el principio del mundo! ¿Cuanto mas sagrado eres que aquel magnífico templo de Salomon que encerraba tantas riquezas? ¿Cuanto mas precioso que aquel *Sancta Sanctorum* venerado por tantos siglos por los Patriarcas y profetas? Alégrate, Belen, y que se entone hoy por todas tus calles un festivo Aleluya. *In Expect. partus Conc. n. III.*

Tal es el espectáculo que presentó la Virgen Santísima, al cual nos convida la Iglesia. Espectáculo grande glorioso y el mayor de todos; prodigio el mas digno de ser contemplado, el mayor de todos los prodigios es nuestro gran Salvador hoy nacido. «Salid y ved» á Dios en el niño, al Eterno en el infante tierno, á la majestad de Dios, en el que llora. Ved al leon en el cordero, al gigante en el pequeño, á la omnipotencia de Dios encerrada en humano cuerpo: ved la comida que tiene hambre, la fortaleza que tiembla, y al que lleva al orbe, sostenido por las manos de una doncella. Dios cuelga del pecho, y el omnipotente está envuelto en pañales. *Conc. in Natal. Dom. n. IV.*

7.

Maria y José.

Despues de haber contemplado al Rey Salomon en pañales y reclinado en el pesebre, de haberle

adorado, y de haberos ofrecido en obsequio suyo con todo vuestro corazón, contemplad también á su esclarecidísima Madre penetrada de la mas inponderable alegría. Mirad con que devoción lo adora, con que reverencia lo trata, y con que solicita diligencia lo sirve. Ved como dá leche al que adora, y com adora al que dá leche. Vedla Virgen y parida porque permanece entera despues del parto, uniendo el gozo de madre á la honra de Virgen. Contemplad el parto admirable, estupendo, sagrado, digno de Dios y pasmaos con el profeta, diciendo: ¿«Quien ha oido ó ha visto jamás un tal prodigio (Ysai. 66.)?»

Ni despues de esto os desdeñeis de mirar al Santísimo Varon, José, que parece temblar en medio de tantos prodigios, y estar todo pasmado. Se pasma y goza al mismo tiempo: se admira y se alegra: está lleno de fervor, y apenas se atreve á contemplar la majestad del recién nacido niño. ¡O José dichosísimo! cuan verdadero reconoces lo que te dijo el ángel: «Lo que nació en ella, es del Espíritu Santo.» Mas has visto por cierto el prodigio del sagrado parto: lo has visto y has sido testigo de todas las maravillas que en aquel pobre portal se han obrado. *In Fest. Nat Dom Conc. II. n. VI.*

7

Los ángeles en el pesebre.

Asisten al nacimiento del Señor los príncipes

de los cielos, y como enjambres de abejas sobre el panal se aglomeran sobre el Niño, y entonan alternativamente admirables alabanzas. Es de creer que no quedó entonces en el cielo ningun ángel, ni aun de aquellos que no acostumbran á bajar á la tierra, que no bajase á ver este espectáculo y á adorar, como era justo, á su Príncipe recién nacido, para el cual habian sido criados, y prestarle obediencia y reverencia, segun dijo el Profeta. «Y que lo adoren todos sus ángeles (Salm. 96).» *Concio in Expect. n. IV.*

Lo contemplan pues los ángeles, lo consideran los celestes principados, lo miran los querubines y serafines, están allí todos los ciudadanos del cielo, y pasmados todos sobre manera á la vista de aquel prodigio, primero callan asombrados, mirándose mutuamente, y luego prorrumpen en admirables alabanzas y dulcísimos cánticos. «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad (Luc. 2).» *Ibid. XI.*

8.

Los Pastores.

Ved también como los Pastores adoran al divino Niño, y como, aunque rústicos, llenos del gozo del espíritu se alegran y entonan alabanzas á su Dios, á su Cristo. *Conc II. in Natal. Dom. n. VI.*

¡O, cuanto se alegró la Virgen con la devoción de sus corazones sencillos, y cuanto se gozó en sus alabanzas! Se gozaba, porque descubriéndolo Dios, empezaba á ser conocido por los hombres el misterio de su dignacion divina que para salud del mundo se habia obrado en su virginal seno. Se gozaba, porque ya percibia el mundo la fragancia de los celestiales bálsamos y corria ya la esposa, segun está escrito, (Cant. 2.) al olor de sus aromas. Se gozaba, porque era ya conocida de los hombres la alegría de los hijos de la celestial ciudad que ella en otro tiempo habia oido. Se gozaba y en silencio revolvía y consideraba en su interior «todas estas palabras, como dice el Evangelista, confiriéndolas en su corazon (Luc. 2).» Como prudentísima, como sapientísima, como verdaderamente celosa del honor de Dios y de nuestra comun utilidad, reservaba en el armario de su corazon todos estos misterios que habian de ser revelados en oportuno tiempo, y los comparaba con los oráculos de los Profetas. No hacía esto tanto para confirmar su fé, como para descubrirlos á los fieles segun se habian obrado, pues se cree con razon que despues de la muerte del Señor, aprendieron de sus lábios los apóstoles y discípulos muchas cosas que nos refieren los Evangelistas. *In Natal. Dom. Conc. I. n. X.*

XI.

CIRCUNCISION.

«Despues de haber pasado ocho dias para que el niño fuese circundado, fué llamado su nombre Jesús.» ¿Cuál niño? El que «en el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y todas las cosas fueron hechas por el mismo.» ¿Cuál niño? El que crió á los cielos, el que crió á los ángeles. ¿Cuál niño? Aquel por cuya voluntad todo es gobernado. Tal es el niño que se circuncida. ¿Y porqué se circuncida? ¿Qué supérfluo ó manchado hay en tí, ó buen Jesús, que haya de ser amputado? Tú no contrajiste, ni cometiste pecado. No lo cometiste, porque está escrito de tí: «No hizo pecado, ni se halló engaño en su boca. (1. Pet. v. 2).» Tampoco lo contrajiste, y ¿de qué parte debias contraerlo? Tienes padre, pero tu padre es Dios. Tienes madre, pero es Virgen. «Dios es luz y ninguna tiniebla hay en él. (1. Joan 7).» La Virgen es toda Imaculada, ni podia comunicar una mancha que no tenía. Tú eres Sumo Sacerdote y no debias ser manchado, no siéndolo ni el Padre, ni la Madre. ¿Qué necesidad pues tenia este Niño de la Circuncision? Virgen piadosa, y tú, José, ¿qué vais á hacer circuncidando al Niño? ¿Acaso temeis que caiga sobre él aquella maldicion: «el varon cuya carne no fué circuncidada,

será borrada su alma del pueblo (Gen. 17.)?»
¿No es el mismo, en quien han de ser bendici-
das todas las naciones? ¿Temeis acaso que sien-
do la Circuncision una señal, no teniéndola deje
de ser conocido por su Padre? Antes bien por
ella debe ser ménos conocido. *In Circum.*
Dom. n. III.

XII.

ADORACION DE LOS SANTOS REYES.

Habiendo visto de nuevo los Magos la es-
trella, al salir de Jerusalem, tuvieron un gran-
de gozo, viéndose dirigidos por ella hácia Belen.
Mas ¿quién podrá explicar su gozo y alegría,
su fervor y devocion, al pensar que en breve
gozarian del más grandioso espectáculo? An-
dan muy deprisa «como carbones encendidos»
y como serafines, y se acercan á la casa en
dónde estaba el niño Jesus, la cual, segun se
cree, estaba en las afueras de la ciudad.

Al aproximarse los Magos, la Virgen Santísi-
ma, habiendo oido el ruido de los caballos y dro-
medarios, por que no iban solos, sino con acom-
pañamiento régio, se puso á temer, y pensan-
do tal vez que Herodes, ó algun otro quisiera
hacerle algun daño, ocultó, segun se cree, al
Niño en el pesebre y lo cubrió con heno.

La estrella ¡cosa admirable! se detiene sobre
el techo, rueda, se revuelve, brilla, salta y con

su resplandor indica como con el dedo el lugar
en dónde está el Rey que buscan. Se pasman
ellos por la novedad, porque el techo no parecia
corresponder á la habitacion de un tan excelso
Principe, sino á una cueva á propósito para
ser habitada de bestias. De aquí es que ellos,
al acercarse allí, prosiguen su camino, mas la
estrella se queda. Vuelven atrás, y viendo la
estrella inmóvil junto al techo, moviéndose y
chispeando, piensan que es un pajar, ó establo.
Tratan sin embargo de seguir adelante; pero
al ver que la estrella no se mueve, bajan de
sus dromedarios y penetran dentro de la casa,
y encuentran una Doncella, sola, bella, de as-
pecto agraciado, de rostro hermosísimo, ver-
gonzosa, trémula, sentada en un rincon y toda
temerosa; Virgen muy agraciada, el mayor por-
tento de la belleza, cual nunca habia habido des-
de el principio semejante, cual no la habrá jamás
eternamente. Cual era el Hijo, tal la Madre.
El Hijo «el mas hermoso de los hombres
(Salm. 44.)»; así tambien la Madre. Se pasman
ellos al verla, se miran unos á otros, asom-
brados de tanta belleza, y la saludan con be-
nevolencia.

«¿Qué haces aquí, le preguntan, hermosa
Doncella? ¿Quién te ha traído aquí? ¿Porqué
causa permaneces en éste sitio? ¿Cómo estás
aquí sola, ó preciosa perla? La piedra riquísima
se oculta y se engasta en el oro, ¿y tú, her-
mosísima joya, te hospedas en un establo?
¿Quién eres? ¿De dónde has venido? ¿Hay al-

guien contigo? ¿Te ha conducido aquí alguno? Dinos, Señora; «¿tienes algun hijo?» ¡O dura palabra! ¡O espada! ¡O saeta que traspasa las entrañas de la Virgen! Calla ella, habiéndosele vuelto el rostro pálido, porque el corazón se ha atraído á sí toda la sangre. ¿Qué hará ahora la Virgen en tan suma ansiedad? Mentir no podía, y á descubrir al Niño no se atrevía. Calla pues; pero las reiteradas preguntas no le permiten guardar silencio. Instan los reyes con mayor urgencia; mas viendo en la palidez del rostro de la Virgen, su temor, le dicen: «No temas, Señora, porque somos gente pacífica, y no maquinan tus siervos ningun mal contra tí (Gen. 42.)»; pero si téneis un Niño, mostrádnoslo.»

Conociendo la Virgen que los Magos venian pacíficamente, descubre al Infante á sus miradas, tomándolo del pesebre. ¡O grande y estupendo milagro! Al verlo los magos se ponen á temblar, se turban con temor grande, se les levantan los cabellos, y caen por tierra como heridos por tanta majestad, y se postran con miedo á los piés de la Virgen. Mas ¿quién nos dice esto? El Profeta. «Los reyes de la tierra, dice, se han congregado y han convenido unánimemente. Ellos viéndolo así, se han admirado, se han conmovido, y el temor se ha apoderado de ellos (Salm. 47.)» Y tambien el Evangelista: «Entrando en la casa encontraron al Niño con María su Madre, y postrándose lo adoraron. (Mat. 2.)»

Mas decidnos, ó Magos, ¿Qué visteis en la Madre? ¿Qué visteis en el Hijo? ¿Qué en la Virgen, que en el Niño? No brillaba en sus miembros la purpura, ni en su cabeza la corona. No habia allí la pompa de los criados, no el temor de los ejércitos, no el aparato de gloriosas guerras. Con todo algo grande se ocultaba en el Niño para que quedasen aterrados y cayesen postrados. Veíase un leon en un cordero, un gigante en un tierno niño, el sol en una nubecilla, Dios mismo en humana carne. ¡O que alegría! Sus ojos de lince veian la eternidad detrás de nuestra naturaleza, y reconocian la fuente de la piedad dentro de un corazón pequeñito. Así como los pastores, viendo al Niño, tuvieron conocimiento del Verbo instruidos por Dios y no por los hombres, así tambien los Magos, purpurados príncipes, están postrados á los piés de la Virgen, y su régia grandeza se pasma delante de un Niño envuelto en pañales.

Y tu, ó Virgen, ¿que sientes en tu interior? ¿Que piensas? ¿que preocupa tu mente? ¿Que ves? Del mismo modo que una águila generosa vuela sobre sus tiernos y trémulos hijos, así la régia Virgen mira con cariño á los extranjeros reyes, á la multitud de nobles vestidos de seda postrados á sus piés. Yo juzgo que daría gracias á Dios por haberse dignado manifestar al mundo un misterio tan grande.

Más despues de haber permanecido algun tiempo postrados los Santos reyes, y depuesto

el temor que tenían, recobraron la confianza para hablar, adoraron humildemente al divino Niño, y se levantaron quedando de rodillas para ofrecerle los místicos regalos, oro, incienso y mirra. El oro como á Rey, el incienso como á Dios, y la mirra como á hombre mortal. Si solo hubiesen ofrecido oro, pensaríamos que pretendían socorrer la necesidad de su madre; pero como ofrecieron también incienso y mirra, se deduce claramente que eran místicos sus dones y que servían para protestación de su fé. «El Señor está en su templo santo: el Señor tiene su trono en el cielo (Salm. 10.):» y ellos adoran como Dios á un niño de leche que descansa en un humilde tugurio, envuelto en pobres pañales, en los brazos de su madre, y le ofrecen incienso. Allí no hay ni palacio, ni trono, ni silla regia, ni cortesanos; pero para ellos el establo es un palacio, el pesebre un trono y su corte un buey y un asno, y sin embargo como á Rey le ofrecen oro. ¿Como pues, vosotros, varones sabios, os habeis hecho ignorantes hasta el punto de adorar á un chiquillo de escaso mérito por su edad y por la pobreza de sus padres? Mucho veriais pues en la Madre, mucho en el Hijo: un Dios en un cuerpo tan pequeño era el que os intimidaba.

Lo que dijeron despues los Magos, y lo que hicieron, el Evangelista lo oculta; pero vosotros podeis contemplarlo. Habiendo pues ofrecido los sagrados dones de rodillas, se levantaron de su postración y recibieron al divino Niño en sus

brazos, lo besaron, llamaron dichosa á su Madre, lo pasaron de mano en mano con sumo gozo y reverencia. Pensad lo que vosotros hariais; pero ellos hicieron mucho más, porque eran más devotos. Todos lloraban de alegría y sus espíritus se encendían como carbones en el fuego. ¿Quién podrá explicar la devoción de estos príncipes, y el fervor de su alma? ¿Quién referir su contento y su gozo? ¿A quien compararemos estos leones? ¿A quien los haremos semejantes? Sí á los leones, son más fuertes: si á las águilas, son más veloces: si á los lince, son más perspicaces. Han venido tan aprisa del oriente, que como águilas á la presa, han atravesado en pocos dias inmensos espacios. Es de creer que hubieran ellos querido permanecer allí, ó llevarse consigo á la Virgen, y que la suplicarian acompañarla siempre, estar á su servicio y ser sus futuros vasallos; y que le ofrecerian en obsequio sus riquezas, sus subditos y sus reinas, creyéndose fueran muy felices si pudieran lograr obedecer y servir á una Señora tan excelsa, á la cual sacrificaban sus personas y sus intereses. Más aquella misma noche fueron avisados en sueños para que regresaran á su patria por un camino diferente del que habían venido, para no encontrarse de nuevo con Herodes. *In Epiphania Conc. I. n. VII. VIII. IX.—Conc. II. n. V.—Conc. III. n. V. VI. VII.*

XIII.

PURIFICACION.

«Habiendose cumplido el tiempo de la purificacion de María, segun la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalem, para presentarlo al Señor (Luc. 2).» Segun estas palabras van unidos dos misterios, el de la Purificacion de María y el de la Presentacion de Jesus.

En la ley de Moises se consignaron antiguamente dos disposiciones respecto á las recién paridas: la una universal, la otra particular. La universal mandaba que la muger se abstuviera despues del parto «de tocar ninguna cosa santa y de entrar en el santuario hasta haber cumplido los dias de su purificacion (Lev. 12.),» que eran cuarenta, habiendo nacido un niño, y ochenta si fuere niña: pasados los cuales debia presentarse la madre con su hijo al templo y ofrecer al Señor, siendo rica, un cordero y una tórtola, y siendo pobre, dos tortolas ó dos pichones.

Mas la disposicion especial era respecto á los primogénitos, pues el Señor se reservó los primogénitos de su pueblo para si, cuando hizo morir á los primogénitos de Egipto (Exod. 11. y 13.). Por esto la madre debia ofrecer al Señor su primogénito por manos del Sacerdote, al purificarse: si el primogénito era de la tribu de Levi permanecia para el Señor, y si de las otras

tribus, la madre lo redimia con cinco siclos y se lo llevaba. Siendo pues el niño Jesus el primogénito y unigénito de su madre, fué presentado por ella al Señor en cumplimiento de esta ley, á la cual la Virgen estaba obligada mas que las otras mujeres, porque para ella estaba especialmente establecida, mientras que respecto á la otra general, estaba de ella enteramente dispensada por dos razones. La primera, porque su parto fué purísimo y santísimo, habiendo dado á luz al Salvador, asi como la flor despide su fragancia, y no habiendo en ella nada que purificar. La segunda, por que la misma ley dispensaba á la Virgen, pues dice: «la mujer que pariese varon, despues de haber conocido al hombre, será inmunda:» y la Virgen no habia conocido á ninguno. La Virgen pues no estaba obligada á la purificacion, ni por el parto, ni por la ley. Sin embargo quiso sujetarse á ella y conformarse con las otras mujeres, ya para dar buen ejemplo, ya para evitar todo escándalo; del mismo modo que su hijo quiso sin necesidad cumplir la ley de la Circuncision para conformarse con los otros niños.

Habiendo pues dejado la Virgen el humilde portal de Belen, penetró en el templo del Señor para ofrecer el Sacrificio segun la ley, y presentar á Dios su primogénito. «Habia á la sazón en Jerusalem un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, el cual esperaba la consolacion de Israel y el Espíritu Santo moraba en él.» Y el mismo Espíritu Santo le habia reve-

lado que no habia de morir antes de haber visto al ungido del Señor. Asi es que como inspirado de él se fué al templo y, al entrar con el niño Jesus sus padres, se encontró con ellos. Mas ¡con que gozo y alegría latiria su corazon dentro de su pecho, como si se hallase poseido de un fervor el mas tierno, al fijar su vista en el divino Infante! Luego lo tomó en sus brazos como en triunfo, saltó su pecho de alegría y se hizo niño con aquel Niño: y besando sus pañales y llorando de ternura, prorumpió en admirables alabanzas: «Por fin, dice, has venido ya, deseado de todas las naciones, alegría de los siglos, expectacion de todos: gracias te doy, porque has visitado á tu pueblo, y lo has cumplido conforme lo habias prometido, y lo que oimos de nuestros padres, lo vemos ya con nuestros propios ojos. ¡O cuantos reyes y profetas desearon verte, como yo ahora te veo, y no te vieron! Gracias, Señor, por tan especial favor. Dejadme ahora morir en paz, porque mis ojos han visto ya al Salvador.»

Mientras que el santo Anciano declamaba de esta manera, hé aqui que se presenta la venerable Ana, hija de Fanuel, profetisa, movida por el mismo espíritu del Señor, y apresurándose hácia el Niño, llenaba el templo de alabanzas y encómios. «Venid, decia, Pontífices, venid, Sacerdotes, venid, pueblos, y postrados en tierra adorad á este Infante. El es el Mesías prometido en la ley, el Salvador del mundo anunciado de tantos Profetas, y suspirado y esperado de los patriarcas. Creedme es el mismo:

el Espíritu Santo me lo ha revelado.» Al oirlo todos se pasman, corren, se admiran y, como todos la tenian por Profetisa, dan crédito á sus palabras, á las cuales correspondia tambien la hermosura, la honestidad y la gracia de la Madre. Tales eran los encómios que ambos profetas daban al Niño, que sus padres no podian menos de admirarse segun dice el Evangelista. «Su padre y su madre se admiraban de aquellas cosas que se decian del Niño.»

Luego se formó una solemne procesion desde el templo al altar, procesion célebre sino por el número, por la dignidad de las personas. Precedian los dos ancianos Simeon y José; seguian la Virgen Madre con el Niño y Ana profetisa, y esta procesion la celebra hoy dia toda la iglesia Santa, con cirios encendidos en figura del Señor, porque asi como hay en un cirio tres cosas diferentes, el fuégo, la cera y la mecha, asi hay en Jesucristo tres substancias, la divinidad designada por el fuego, la carne por la cera y el alma por la mecha.

Mas asi que hubieron llegado al altar, la Virgen Santísima, puesta de rodillas, inflamada en amor mas que de Serafin, y teniendo á su Hijo en sus manos, lo ofreció al Señor como regalo y oferta aceptable á Dios, orando de este modo. «Recibe, Padre omnipotente, esta oblacion que yo tu esclava te presento por todo el mundo: recibe á nuestro comun Hijo, que es tuyo desde la eternidad y mio desde el tiempo. Te doy gracias, porque te has dignado elevarme de tal

modo, que sea madre de aquel, de quien eres padre. Recibe de manos de tu esclava este sacrosanto Sacrificio matutino, que mas tarde te será ofrecido desde los brazos de la cruz como vespertino. Atiende, Padre piadosísimo, á lo que ofrezco y por quien lo ofrezco. ¿Habrá podido ofenderos tanto el mundo, ó será tan grande su crimen que no pueda ser expiado con este tan excelente sacrificio?» Recibió desde el cielo el misericordiosísimo Padre con mirada apacible y rostro sereno á su dilectísimo Hijo que le era ofrecido, y los celestiales ejércitos se pasmaron al contemplarlo. Entregó pues Maria á su Hijo al Sacerdote, y el Sacerdote lo recibió y ofreció á Dios; pero no por él, sino por el mundo: ofreció tambien el místico sacrificio de los pichones ó tórtolas: el uno en holocausto y el otro por el pecado, segun estaba mandado en la ley, porque ambos eran figura de Cristo.

Enseguida la Madre redimió al Hijo con cinco siclos que entregó al Sacerdote, y compró con este precio para el mundo al que habia engendrado. ¡O compra singular! ¡ó admirable redencion! Si aquel Sacerdote hubiese sabido quien era aquel que vendia, no lo hubiese dado ni por todo el oro, ni por todas las perlas del mundo: á lo menos yo en su lugar no lo hubiera vendido. Pero ¿quien, gloria y alegria nuestra, hubiera tenido valor para contristaros, negándose á devolveros vuestro querido Hijo? Con cinco siclos pues fué comprado el

Redentor que con cinco llagas debia redimir al mundo.

Mas mientras se obran todos estos sacramentos en el altar, el venerable anciano Simeon se agita interiormente, pensando en lo que habia de obrar el Niño, y turbado su espíritu arroja de su corazon profundos suspiros, y derrama copiosas lágrimas, convertida ya su grande alegria en la mas profunda tristeza. La Virgen reconoce su turbacion, y desea saber el motivo, y Simeon le dice: «Mucho te alegras y con razon en ser la madre de este Niño, y eres por esto la mas bendita de las mujeres: pero vendrá un dia en que sentirás duplicados los dolores que no tuviste, cuando nació de ti. Ese Niño ha sido puesto para ruina y para salvacion de muchos. Muchos en él caerán y muchos caidos se levantarán. Ha sido puesto para señal de contradiccion de muchos, pues será contradicido de Sacerdotes, de Príncipes, de Reyes y de Emperadores, de pueblos, de naciones, de todo el mundo; pero él los pisará á todos; y tú, ó Virgen, padecerás tambien mucho en el alma, porque «la espada de su dolor la traspasará» mucho mas cruelmente que lo que el hierro atormenta á los cuerpos.»

Dicho esto, saludó á la Virgen y se retiró: y la Virgen con el Niño y S. José se fué á su Ciudad de Nazaret. *Concio. In Purificatione B. V.*

XIV.

HUIDA A EGIPTO.

Esperimentó la Virgen los trabajos del siglo, sus comociones, sus tempestades. Desde un principio tuvo que huir, siendo todavía recién parida, con su Hijo á Egipto, en medio de una oscura noche, acompañada solamente de un anciano, por vasto y áspero desierto de arena, sin camino fijo. Considera, como permanece en Egipto, como una extranjera entre bárbaros desconocidos, crueles idólatras, desterrada por siete años, viviendo y vistiéndose con su trabajo y sudor; como allí es vejada de la pobreza sin tener amigos, ni parientes, ni quien les socorra, sola con su hijo y S. José. ¡Cuanto sostuvo allí, cuanto padeció! Mira despues como regresó de Egipto temiendo siempre por su Hijo, alimentándole y sirviéndole ¡Que criada sirvió jamás á su señor con tanta liberalidad, diligencia, alegría, placer y asiduidad, como esta divina Virgen á su querido Hijo? *Conc. in proces. n. I. Conc. I. in Assumpt. n. V. et Conc. V. n. IX.*

XV.

INFANCIA DE JESÚS.

Considérese el afecto con que la Sma. Vir-

gen amó á su Hijo unigénito y soligénito: á su Hijo generoso y glorioso, cuya hermosura admiran el sol y la luna, cuya belleza y gloria cautiva las miradas de los espíritus celestiales: al Hijo «en el cual desean mirar los ángeles: (S. Petr. I.)» que sabia muy bien era su Dios y criador! Con que afecto arderia su corazon maternal al verlo entretenerse en su presencia, siendo de tres á cuatro años, al contemplar su graciosa sonrisa, al observar con ternura su belleza y su gracia, al mirarlo en sus brazos alimentado con la leche de su pecho, nutrido con su propia sustancia! ¡O corazon virginal, encendido con el fuego del amor! ¡O sagradas entrañas calientes como un horno y ardientes como un serafin! ¡O sagrado pecho, con que calor estás abrasado! ¡O cuerpo tiernísimo, como puedes tolerar tanto ardor! Nadie, Virgen Sma. puede explicar con palabras los excesos de ardor de vuestra alma; nadie puede comprenderlos con su mente. *Conc III in Nativ. B. V. M. n. X.*

XVI.

NIÑO PERDIDO.

«Al volverse José y Maria de Jerusalem, se quedó allí el niño Jesús (Luc. 2).» Nota dos cosas; como Jesús se ha perdido, como es encontrado. Respecto á lo primero, Jesús se perdió en la fiesta. Mientras su Madre estuvo en el

destierro de Egipto ,no se pierde; pero se pierde en una fiesta. Obsérvese como en las tribulaciones se guarda uno, y como en las prosperidades se pierde.... En cuanto á lo segundo, ¿como fué encontrado. El Salmo (118.) dice: «con todo mi corazon te he buscado.» y tambien: «he buscado á Dios con mis manos por la noche.»

«¿ despues de tres dias lo hallaron.» La Madre lo halló despues de tres dias de buscarlo. David despues del pecado, con tres silabas: *peccavi*. El justo puede buscar mucho tiempo al que desea con ardor. El pecador si no lo halla pronto desaparece. Despues de tres dias es hallado Jesús: los tres dias de la penitencia á saber, dolor, confesion y satisfaccion.

¿Que haria el Señor en aquellos tres dias? ¿En donde se hospedaria? ¿en donde comeria? ¿con quienes se quedó? ¿pedia limosna?

«Y le dijo su Madre: ¿Hijo, porque te has portado con nosotros de esta manera? «S. Bernardo dice; «Maria llama aqui con cierta audacia, Hijo suyo, al mismo Dios, al Señor de los ángeles. Estos no se atrevieron á tanto; porque les basta ya, y aun mas, tienen por mucho, el que siendo espíritus por su naturaleza, sean hechos y llamados por gracia ángeles, como dice David. «El que hace ángeles á sus espíritus (Salm. 103).» Mas Maria, sabiendo que es madre suya, llama con confianza hijo á aquella magestad que ellos sirven con reverencia.»

«Con dolor te buscábamos,» Justamente con dolor. Es grande pérdida la del Salvador. Se

dolia la Virgen, porque habia perdido todo el tesoro celestial de la Divinidad y magestad soberana. ¡O, cuantos hay que pierden á Jesús, y no tienen sentimiento por haberlo perdido! Pierden un ducado, y lo sienten: pierden la vida, y no se duelen.

«Y les estaba sujeto.» No hay duda que lo estaba á Maria y á José. S. Bernardo pregunta: «¿ Quien? ¿á quienes? Dios, á los hombres. Dios, digo, al cual están sujetos los ángeles, al cual los principados y potestades obedecen, era subdito de Maria: y no tan solo de Maria, sino tambien de José á causa de Maria.»

Maria, «su Madre conservaba todas estas cosas en su corazon.» Consultaba las Escrituras y las hallaba cumplidas en si misma. ¡Que dignidad! ¡Que excelencia! y no se enorgullece de ningun modo al ver obradas en si tan grandes maravillas. (*Concio in Dom. infra oct. Epiph.*) Bien al contrario, se ejercita antes bien en la virtud de la humildad esta Virgen regia, Señora del mundo, Madre del mismo Dios; pues no se desdeña de servir aun tambien al Santo artista, prepararle la comida y la mesa, y obedecerle en todo, como á un varon que era al propio tiempo su marido en su matrimonio vírginal. *Conc. II in Nativ. B. V. n. VI.*

XVII.

VIDA OCULTA.

Creció el Señor, llegó al décimo, al vigésimo y casi también al trigésimo año, y no se hablaba de él. ¡O que admiración causaba á los parientes de la Virgen el ver al Señor tan humilde, tan callado y tan inactivo, sin embargo de esperar de él tantas maravillas! Entre tanto la Virgen sola conocía los misterios, y cual águila con ojos de lince penetraba la virtud de Dios en su Hijo y podía decir; «Me habeis manifestado las cosas inciertas y ocultas de vuestra sabiduría. (Salm. 50.)» Y á la verdad en la misma conversacion con el Señor y en la eminencia de sus virtudes, admiraba más su excelsa virtud que los hombres terrenos no la admiraron en el poder que manifestaban sus milagros. ¿Quién podrá ponderar bastantemente la clemencia y la humildad de Dios? Durante diez y ocho años la sabiduría de Dios se consideraba como una necedad, y la virtud de Dios, como flaqueza, era de todos despreciada, y servía humildemente á un carpintero «el Rey de los Reyes y Señor de los que dominan. (Apoc. 19)» Por fin la historia de todo este tiempo se resume en estas palabras; «y les estaba sujeto. (Luc. 2.)» ¡O que alegría cuando alimentaba al Rey de los siglos! ¡O que mesa aquella tanto tiempo frecuentada por los tres: por el Rey de

los cielos, la Reina de los ángeles y el de ambos santísimo nutricio, San José! S. Anselmo dijo: «Veia la Virgen que el pan de los cielos padecía hambre con ella, que con ella era pobre, que con ella padecía indigencia» ¡O de cuanto gozo se llenaba! ¡O con que paciencia sufría el padecer necesidad en compañía del Señor de todas las cosas! *Octav. Epiph. n. II.*

Más ¿que suavidad y que gloria, al mismo tiempo, en esta conversacion? La Virgen tenía á Dios como maestro, socio y compañero en todas las cosas; sola lo posee, sola lo retiene consigo. ¡O feliz, sobre manera feliz, la que cerca de treinta años tiene á Dios rendido y obediente á sus órdenes! «Les estaba sujeto.» ¡Que dignidad, que dicha, tener autoridad sobre Dios en la tierra. Los otros no lo conocieron sino despues de haberlo crucificado. Por esto, ó Virgen bienaventurada, con razon todos los espíritus te alaban, porque de tal modo fuiste engrandecida por Dios, que mereciste tan extraordinaria gracia en su divino acatamiento. *In Assumpt. Conc. VI.*

Pero explicadnos, ó Virgen santísima, aquellos dulcísimos diálogos familiares, conversaciones y secretos coloquios, que teniais con vuestro Hijo, cuando os descubria los celestes arcanos, y vos le dabais en paga de su doctrina los mas tiernos osculos. ¿Que os decia? ¿que os enseñaba? ¿que le preguntabais? ¿que os respondia? Conociais muy bien quien era, y los tesoros de sabiduria divina que en el se ence-

rraban, y el abismo profundísimo de luz que se ocultaba entre las angustias de su corazón tierno, y conservabais en el vuestro todas sus palabras como oráculos del Omnipotente. ¡O feliz mujer que por tanto tiempo bebisteis el nectar de su divina sabiduría! ¿porque nos defraudasteis de tantas riquezas? ¿porque nos escondisteis tan preciosos tesoros? ¿porque nos ocultasteis unos diálogos tan dulces que hubieran servido para nuestro consuelo y erudición? Nada hubiera sido tan grato, tan dulce, tan útil como gozar de tan sabios y saludables coloquios; pero como no convenia hacer á todos manifiestas unas perlas tan preciosas, y unos sacramentos tan celestiales como inexplicables, no han sido hecho públicos. *Conc. III in Asumpt. n. VIII.*

Más, habiendo llegado el día determinado y dispuesto por el Señor para empezar el misterio de la redención, á fin de que la luz oculta debajo del celemin fuese colocada sobre el candelero para iluminar á todos los de la casa, según se cree piadosamente, se puso en oración aquel Cordero inocente, y de rodillas y tal vez también derramando lágrimas dijo al Padre: «Hé aquí, Padre mio, que ha llegado el tiempo de que yo manifieste vuestro nombre á los hombres: tiempo es que padezca murmuraciones y envidias muchas: clarificadme pues, Padre mio, en vos mismo con aquella claridad que tuve ántes que el mundo existiera. (Joan. 17.)» Y levantándose de la oración habló á su Madre, co-

mo es de creer, la consoló y le declaró el orden de la vida que habia de emprender. ¿Quién pensará que dulces coloquios tuviere con la Virgen y que misterios le revelare? Dada luego y recibida la bendición, emprende el Señor el camino para ir á el Bautista, y solo sin compañero, á pié y con fatiga, por casas estrañas se dirige á Juan que estaba en el desierto. *In Octav. Epiph. Conc. n. II.*

XVIII.

BAUTISMO DEL SEÑOR;

Se dirigió el Señor á las riberas del Jordan, en donde estaba San Juan para ser bautizado, y San Juan al conocerlo, ilustrado por su presencia, se postró á sus piés y le dijo: «Yo debo ser de vos bautizado y vos venis á mi (Marc. 3.)?» Vos no necesitais del bautismo, porque no teneis ningun pecado: y ¿de que parte lo tuvierais? En vuestra boca no hay engaño, porque sois la verdad misma. Teneis padre por cierto, pero vuestro padre es Dios, y vos sois igual á él, Dios de Dios. Teneis madre, pero es Virgen, y de ella no podiais contraer ningun pecado, porque fué concebida sin culpa alguna, y os concibió y parió sin detrimento de su virginidad. Un cordero sin mancha no puede tener mancha alguna. Y él Señor le respondió: «bautízame enseguida porque así nos conviene cumplir toda justicia.»

XIX.

LA VIRGEN EN LA VIDA PÚBLICA DEL SEÑOR.

La mas tierna de las vírgenes seguia al Señor á cualquier parte á donde fuese, y á cualquier lugar donde predicase, por los caminos y pueblos con mucho trabajo y detrimento del cuerpo: ni por un solo dia se ausentaba ordinariamente de su compañía. ¿Cuan grandes serian las ansiedades, cuidados y temores que padecia todos los dias por su Hijo? Temia siempre lo que no ignoraba le debía acontecer. ¡O que tormentos, que dolores tan grandes padeció hasta el fin! ¡O Virgen! ¿quien ha sufrido jamás por alguno lo que vos padecisteis por vuestro Hijo en esta vida? *Conc. I. Ass. n. V.*

XX.

LAS TRES VIDAS DE MARIA.

1.

Vida activa.

La Santísima Virgen siguió esta vida ejerciendo toda clase de oficios de piedad para con su Hijo. ¿No se vé acaso esta mujer divina que

sirvió con tanta solicitud y ansiedad al Señor, indicada con el nombre de Marta? ¡O Marta, Marta! jamás ha habido en el mundo otra Marta semejante. Y sino, obsérvese desde un principio con atencion el ministerio de esta Virgen. Primeramente considérese recien parida en un vil tugurio, en casa estraña, en pueblo ageno, sin criada, sin cama, sin hogar, sin servicio. Luego véase como tiene que huir á Egipto por la noche, en invierno, por desiertos sin camino y arenosos, acompañada solo de un anciano. En Egipto ¿cuántos trabajos, por seis años seguidos? Al regresar del destierro ¿cuántos temores? En la predicacion lo seguia por todas partes. ¡Cuántas ansiedades, cuidados y temores quotidianos! Ninguna esclava sirvió jamás á su Señor, como María á su Hijo con tanta liberalidad, diligencia, alegría, complacencia y asiduidad ¡O Marta, Marta! Fuiste Marta al hospedarlo en vuestro seno, Marta al nacer, Marta mientras vivió, Marta cuando murió.

2.

Vida contemplativa.

Si se ha visto en la Virgen la solicitud de Marta, véase tambien en ella el descanso de Maria. «Sentada, dice el Evangelio, junto á los piés del Señor, escuchaba su palabra (Luc. 10.)» Esto hizo la Virgen todo el tiempo de la vida de su Hijo. ¡O Dios piadosísimo!

¿Quién podrá explicar el fervor, la dulzura y el gozo de espíritu de esta divina Señora, en la misma solicitud de servir á su Hijo, y sentada junto á sus piés? ¿Con que fervor se inflamaba interiormente, y de que júbilo se llenaba su alma, cuando contemplaba con sus ojos al Dios de Sion y lo acariciaba con sus abrazos? De dia y de noche sostenia en su regazo al que sustenta al Orbe. ¡O con que rayos aquel Sol infinito, cubierto con la nube de la carne, comunicaba sus ardores á la purísima alma de la Vírgen, la hermooseaba y la daba el color de púrpura! ¡O que gracias comunicaba á su corazon desde sus brazos y de que nectar suavísimo la regalaba cuando le alimentaba con su leche! Cual nube resplandeciente, cuando iluminada del Sol, brilla con purpúreos colores, tal brillaba el alma de esta Vírgen iluminada por Dios. Y ¿qué diré de aquella tan larga conversacion con él ya niño, ya adolescente, ya jóven, ya varon? ¿Qué palabras, que coloquios, que respuestas, que misterios, que secretos, que oráculos? ¡O escuela feliz en la cual Dios y el Hijo es maestro, y la Madre y Vírgen discípula! En tan largo tiempo, en tan continuada enseñanza, en tan frecuente magisterio ¿que dejará de aprender? ¿que dejará de alcanzar?... Ea aqui pues aquella Maria, la mayor de todas las Marias, la mayor de todas las mujeres. *Conc. I in Assumpt. n. V. VI. 3.*

Vida mixta.

Ahora veremos á Maria en la Virgen. En la Vírgen gloriosa había dos partes, á saber es, la parte inferior y la superior, ó la parte corporal y la parte espiritual. Marta era la primera, Maria la segunda. Marta es la que vistió al Señor de carne, lo hospedó en el vientre y lo alimentó con leche. Marta es la que huyó con él á Egipto y la que permanecia en pié fija junto á la cruz del Señor. Pero esta tenia una hermana que se llamaba Maria. Maria es la que «conservaba todas las palabras de su Hijo meditándolas en su corazon». Maria es la que con purísimos ojos vé al Verbo bajo el velo de la carne y lo adora. Marta es la que dá leche al Hijo. Maria la que adora al mismo, como á su Dios. ¡O Vírgen dichosa toda dedicada al servicio de Dios y toda consagrada á Dios! Sirve y reverencia, dá leche y adora; viste y alaba. Toda sirviendo, como Marta; toda contemplando como Maria. En todo su ser, vida y obras estaba ocupada en Dios. Oye á Maria: «Mi alma engrandece al Señor.» Engrandeció al que la hizo grande. Se hizo grande en el cuerpo el que carecia de esta grandeza. Esta es la Marta que vistió á Dios de carne, que hizo corporeo al incorporeo, grande al pequeño, y visible al invisible. Todo esto pertenece á la parte inferior y cor-

poral de la Virgen. Mas oye lo que sigue: «Y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador.» Esta es Maria que se alegra en Dios y que alaba á Dios. Es esta espiritual, mientras que aquella era corporal: lo visto en el cuerpo, y me alegro en el espíritu. La primera es Marta, la segunda Maria que junto á los pies del Señor escuchaba su palabra.» *Conc. VI. n. Assumpt. n. IV.*

XXI.

COMBATE INTERIOR DE MARIA EN LA PASION DE SU HIJO.

Es cierto que en Maria habia dos amores, y que estos dos amores luchaban entre si en el campo de su corazon virginal. Conocia las Escrituras y las profecias, y sabia que el Hijo de Dios habia venido á la tierra para redimir al mundo, y que lo debia redimir con el suplicio de su muerte. De una parte queria la redencion del mundo porque amaba á los hombres, y de otra, como amaba á su Hijo, le repugnaba la pasion del Redentor. El amor al mundo hace que quiera que el mundo sea redimido; pero el amor al Hijo la retrae para que no quiera su pasion. Y con todo sabia por las Escrituras que el mundo habia de ser redimido por medio de la muerte de su Hijo; pero como madre, estando en pié junto á la cruz, se dolia del tormento y del suplicio de su Hijo, aunque

sabia que era necesario para la salvacion del género humano. Así pues, como Maria siente la pasion, como Maria quiere que el mundo quede redimido, por esto como su Hijo clama al Padre: «Padre mio, si es posible que este cáliz pase de mi (Mat. 26):» pero como sé que tu caliz es la medicina del mundo, hágase tu voluntad y no la mia. Y asi como en el Hijo la gloria de la parte superior no redundaba en la parte inferior para que pudiese padecer, asi en la Virgen la razon no influia en la carne, disponiéndolo asi Dios, para que pudiera dolerse y padecer con él, á fin de que, cuanto mas se entristeciere la Madre por el Hijo, tanto mas se doblare la pasion del Hijo con la tristeza de la Madre, para que fuese sumamente penosa su pasion y el genero humano le debiera cuanto se le puede deber. *Conc. VI. in Asumpt. n. V.*

XXII.

MARIA AL PIE DE LA CRUZ.

¿Que angustias, que dolores, que inquietudes, que amarguras no sufrió la Virgen al pié de la Cruz? *Conc. in Process. n. I.*

En aquel dia vió á su Hijo dilectísimo y hermosísimo despedazado, pálido, desnudo, llagado, ensangrentado y clavado en el patíbulo entre dos ladrones: y cuando lo vió tan atrozmente

desfigurado, se quedó sin sentido y sin vigor, sin que ninguna consideracion pudiera entonces mitigar un dolor tan acerbo, estando desamparada del todo la parte inferior de la superior.

Era pues un espectáculo admirable y doloroso al mismo tiempo el ver al Hijo que pendiente de la cruz se quejaba con amargura y clamaba á su Padre: «Dios mio, Dios mio ¿porque me has abandonado (Mat. 27.)?» y á la Madre afligidísima, casi exánime al pié de la cruz que clamaba tambien al Hijo: «¿No atiendes, amantísimo Hijo, á los acérrimos dolores que padece mi corazon? ¿No consideras como me estoy muriendo de tristeza á tus pies, destituida de todo consuelo? *Conc. I in Assumpt. n. VII.*

Conozco y veo, Madre mia, tu dolor, tu turbacion y tu amargura, y esa tu aflixion me atormenta mas que la cruz de que estoy colgado; ¿mas que te diré, Madre mia amantísima? Es necesaria la muerte que padezco: si, lo es por muchos motivos. Es necesario que uno muera para que todo el pueblo no perezca, para que todo el pueblo viva, para cumplir la voluntad de mi Padre, para que se cumplan las Escrituras y para la salvacion del mundo. Pero tu, Madre mia, no te creas que yo te abandone sin consuelo; porque esa tribulacion pasará y cesará pronto, y el gozo de la resurreccion permanecerá por todos los siglos. *Ibid. n. VIII.*

«Mujer, hé ahí á tu Hijo.» Imprimió el Señor con esta palabra en el corazon de la Virgen un

amor materno para con el discípulo amado, mas fuerte y mas encendido que el que la naturaleza dá á las madres. Asi mismo en las entrañas del Apostol fué comunicada, una reverencia filial para con la Virgen, mayor que la que naturalmente tienen los hijos para con sus madres. De aqui es, que asi como al decir: «Esto es mi cuerpo,» se convierte el pan en cuerpo del Señor, asi diciendo: «He ahí á tu hijo:» hizo por medio del amor un hijo de un pariente, no con todo por naturaleza sino por gracia, y de un modo mas elevado que pudiera hacerlo la ley ó la adopcion. «Y desde aquella hora el discípulo la tomó como suya,» alegrándose de que el Señor se la hubiese dejado por herencia. Te entrego, te doy esta estimadísima y preciosísima margarita que poseo: «hé ahí á tu madre.» *Conc. I. de S. Joan. n. IX.*

Mas por las dichas palabras, asi como por la gracia, nos hizo hijos adoptivos de su Padre, nos hizo tambien hijos de su Madre, en cuanto que por medio de ella alcanzamos la gracia; porque ella fué la que encontró la gracia que nos regenera para Dios, y Juan fué hecho el primogénito en esta regeneracion adoptiva de su madre. *In Natal. Dom. Conc. VI. n. V.*

XXIII.

DESPUES DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR.

Está escrito de la Virgen Santísima: «No se apagará en la noche su lámpara (Prov. 31.): «Y á la verdad, en aquella borrasca de la pasion de su bendito Hijo se obscurecieron mucho las lámparas de los apóstoles con el fuerte viento de la persecucion, mientras que la sola fé de la Virgen permanecio ardiendo y brillando siempre. Ni tampoco en toda la noche de la vida presente desde el principio de su concepcion hasta su muerte, en la cual le llegó el dia claro, se apagó tampoco la lámpara de su fé y de su gracia por ninguna nube ó tempestad, sino que estuvo siempre encendida y resplandeciente. *Conc. in Domín. SS. Trinitis. n. 1.*

Siendo ya tarde pues, y habiendo sido colocado el Señor en el sepulcro, la Santísima Virgen se volvió con Juan y las santas mujeres al cenáculo de aquel santo varon, cuyo nombre no nos declara el Evangelio, que era en verdad un verdadero discipulo del Señor, aunque desconocido; pues lo recibió en su casa á él, á su madre y á toda la familia cristiana en tiempo de tanta persecucion. Allí pues se congregaron en silencio, y teniendo las puertas cerradas por miedo á los judios, pues que habiendo muerto

el Señor, los apóstoles y discípulos iban allí tímidamente, uno despues de otro, con grande rubor, porque habian abandonado á su maestro, besaban la mano de la Virgen y recibian de ella la bendicion, agrupándose en su presencia sin atreverse á dirigirle sus miradas. Y allí permanecian juntos gimiendo y llorando, como dice expresamente S. Marcos, hasta que llegó la mañana de la Resurreccion. *Con. I. in Resurr. n. VII.—III. in id. n. I.—V. in id. n. III.*

XXIV.

RESURRECCION DEL SEÑOR.

I.

Porque los Santos Evangelistas nada dijeron de la Virgen, al hablar de la Resurreccion del Señor.

Grande queja tenemos de vosotros, Santísimos Evangelistas, historiadores de la verdad. Decid, os ruego, cuando hablais tan largamente de María Magdalena, y de María de Jacobo y de María Salomé; ¿en dónde os dejais á aquélla María, aquélla grande María, la más excelente Madre de los bienaventurados, la mas distinguida de las mujeres? ¿Pensais acaso que no se deleitaría más el pueblo de Dios, la Iglesia, oyendo no más una sola palabra de aquélla Sacratísima Madre del Redentor, que mil de los

otros cualquiera Santos? Explicadnos, os suplico, los consuelos de esta Madre, ¿qué palabras, que Sacramentos intervinieron entre el Hijo que resucitaba y la Madre que se gozaba? ¿qué hizo aquélla Madre que poco ántes habia visto á su Hijo acompañado de ladrones colgando de un madero, con el rostro pálido, con los miembros deshechos, al verlo luego rodeado de ángeles, hermoseedo de gloria, brillante más que las estrellas? ¡Oh, perdonadme! Si no fuera que escribísteis inspirados, me atreveria á acusaros de negligencia al callarnos estas cosas.

No hay pues duda alguna que se apareceria á su purísima Madre, el que se dignó aparecer á una mujer pecadora, y que no negaria su presencia á su Madre concediéndola á Pedro que le habia negado. Si pues callaron esto, fué á la verdad por alguna razon muy poderosa; pues ninguno de los cuatro Evangelistas dijo una palabra sóla de aquella piadosísima Madre, reteniendo sus lenguas el Espíritu Santo que hablaba en ellos para que callasen concordeamente en esto, así como en otras cosas hablaban tambien con igual acuerdo. ¿Por qué esto? El mismo Espíritu Santo se digne manifestárnoslo. ¿Acaso porque el testimonio de uno solo no se recibe en juicio? Pues se recibe ciertamente. ¿Acaso porque la lengua humana no podia explicar cuales eran aquellos gozos de María? Sienta esto el afecto, pondérela la devocion. (Conc. 1. n. 13)

Tristeza y consuelo de la Virgen esperando la resurreccion del Señor.

El mismo Espíritu Santo está preparado á escribir en el corazon piadoso lo que no podria consignarse en el papel. Y para sacar á lo ménos una gota de aquel gran rio, oid lo que nos sugiere el Espíritu respecto á aquel estado inefable de María. No fué aquella Virgen Sagrada como las otras mujeres ó los apóstoles, porque tuvo élla fé, conocimiento, certeza y noticia de los Sacramentos de la Resurreccion. Por esto, aun cuando fué en élla grande é increíble la tristeza de la pasion, fué con todo al mismo tiempo muy grande el consuelo de la reparacion. Como en un campo de batalla pugnaban en el corazon de la Virgen el amor del Hijo y el amor de la reparacion del mundo por medio de su muerte. Por esto sucedió que, como era en élla indudable la fé de la resurreccion de su Hijo, segun la conocia por las Escrituras que entendia muy bien, y por revelacion de su Hijo que sabia por experiencia que era Dios (pues que no lo habia concebido por obra de varon, ni sentido el peso de su preñez, ni concebido con concupiscencia, ni parido con dolor); conocia todas estas cosas aquella Virgen bienaventurada, que habia oido de la boca de su Hijo el consuelo de la resurreccion: sobre esto habia cantado ya el Salmo (XV.) *No*

permitirás que tu Santo vea la corrupcion.

Habia pues en el corazon de la Virgen aquel gran dolor de la pasion mezclado con la alegria y la esperanza de la resurreccion. Era vehemente la tristeza por la presente pasion del Hijo, pero con increíble consuelo de la imminente resurreccion. Mira si podrás comprender los movimientos de aquel sacratísimo corazon virginal, y reconoce que los grandes Sacramentos que en él se obraban, estan escondidos á nuestros ojos. ¿Quien pues podrá comprender de que manera aquella tristeza suma y aquel sumo consuelo eran moderados por el Espíritu en uno y mismo corazon? *De Resurr. Conc. L. n. 14.*

Sola entre todos la Virgen Madre llena de fé, llena de esperanza, consideraba interiormente el misterio, sola ponderaba tácitamente el suceso. Ni con todo comunicaba á los afligidos ánimos de los que la asistian su ciertísima esperanza, porque la tristeza no habia dejado en ellos lugar alguno de consuelo. ¿Quién podrá explicar, ó Virgen, vuestra mente y quién manifestar vuestros sentimientos? Pues se excitan en ella nuevos movimientos de alegría despues de aquel acérrimo dolor de la pasion, y la última de todas las tristezas, despues de la espada que traspassa sus entrañas: no de otra suerte que la inesperada luz brilla en el horizonte en una obscura noche, desaparece el miedo prevaleciendo la confianza, y abandona la tristeza los afligidos ánimos. *Con. V. n. IV. in Resurr. Dom.*

Suspiros de la Virgen por la Resurreccion.

Despues que el Señor hubo resucitado, visitó al punto, como era justo, á su Madre Virgen. No hay duda que Dios hiciera con la Virgen lo que hicieron los profetas con las madres de los difuntos que, al ser resucitados, se los presentaban enseguida. Esto hizo Elías, esto Eliseo y esto tambien Jesucristo con la viuda de Naim. Estaba la Virgen pues, aunque triste por la angustia de la pasion, cierta con todo por la confianza de la resurreccion. *Conc. IV n. 10. de Resurrect. Dom.*

Mas vino aquella noche sagrada, noche bienaventurada, noche más espléndida y más brillante que el dia, en cuyas alabanzas canta la Iglesia aquel himno: *Exultet jam angelica....* Y la Virgen, acordándose de las palabras de su Hijo que de él habia oido, y de las Escrituras que conocia muy bien, habiéndole revelado el Hijo su resurreccion, empieza á deponer las tristezas y dolores, tomar de nuevo ánimo y sentir nuevos deseos. ¡Oh corazon virginal! ¿Quién bastará á pensar lo que en estos dias presentias? ¿Qué se obró en tí? Toda aquella noche velando en la oracion, esperaba la luz de la mañana y toda inflamada por el Espíritu Santo como un Serafin clamaba asiduamente con el profeta: *levántate, gloria mia: levántate, salterio y cítara.* (Salm. 56.) «Levántate,

Hijo mio, Dios mio, amor mio»: no tardes mira á tu grey desolada, á tu familia doliente y triste: apresúrate, Hijo mio, para que te vean y queden consolados. *No se glorien sobre ti los que te aborrecen sin motivo.* Dá su merecido á tus enemigos y confunde á tus émulo: que sean avergonzados los que te despreciaron y movieron su cabeza contra tí. *Acuérdate de los oprobios que recibiste de aquellos con que necios te ofendian todo el dia.* (Salm. 73.) Acuérdate que nada queda para tus amigos, y que tus pequeñuelos han perdido hasta la esperanza. Esto diciendo, con plácidas lágrimas riega su rostro, al paso que interiormente se derrite toda en amor: con el calor brilla su purpúrea mejilla y arde encendida con el candor celestial del espíritu. De este modo toda fervorosa y llena de gozo, acercándose la aurora, esperaba la llegada de su Hijo y de su Dios. Mas nadie puede explicar las excitaciones celestiales y los encendidísimos deseos de su corazón, así como tampoco nadie puede explicar la altura y la profundidad de su mente.

Oye el Hijo los clamores de su piadosa Madre y ya no retarda su resurrección: oye desde el túmulo el cachorro los rugidos de la ardorosa leona y no difiere abandonar su prolongado sueño. Se dá prisa á tomar los miembros que la tempestad de la pasión habia manchado con sangre, y á levantar del sepulcro el postrado eadaver. Lo habia predicho el patriarca Jacob, cuando bajo el nombre de Judá,

habia anunciado á Cristo, pues al bendecir á sus hijos dijo al llegar á Judá: *Judá, tus hermanos te alabarán: tu mano en la cerviz de tus enemigos, te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de Leon Juda: subsiste á la presa, hijo mio: descansando te acostaste como leon y como leona; ¿quien lo despertará?* (Gen. 49.) ¿Quien, digo, sino su Madre gloriosa? Bellamente denuncia al Hijo que habia de ser resucitado con los clamores de su Madre, como acostumbran á serlo los muertos cachorros (1) con los rugidos de la leona; pues así como la leona vuelve á la vida con su rugido al cachorro, así la Virgen resucitó con su gemido á su Hijo difunto. Por esto Moises dice, y lo comenta S. Pablo: *No digas en tu corazón ¿quien subirá al cielo (Deut 30)? esto es, para deducir á Cristo: ó bien ¿quien bajará al abismo? esto es, á llamar á Cristo de entre los muertos?* (Rom. 10). Todo esto lo hizo esta Madre sagrada, pues con sus virtudes lo atrajo del cielo y luego con sus gemidos lo revocó del sepulcro. *Conc. III. n. II Concio IV. n. X. Conc. V. n. V. in Resurr. Dom.*

4.

Resurrección del Señor.

Ya llegaba el tercer dia, y brillaba la naciente

(1) Apenas se da fé á esto que refiere Gesnero en el libro 1. de Cuadrap.

aurora mas serena que todas las otras, cuando aquella alma unida al potente Verbo y acompañada del mas respetable senado de los Santos Padres, penetra en el sepulcro, en el cual estaba el cuerpo, y que por la parte de fuera rodeaban ejércitos de Angeles que el piadoso Padre habia enviado del cielo para que fueran testigos del milagro y celebraran el triunfo con dignas alabanzas. Yacia en la piedra el cuerpo llagado, ensangrentado y hasta entonces livido; el cuerpo sagrado formado no por obra humana sino por virtud del Espiritu Santo; el cuerpo limpisimo que ninguna mancha de pecado habia afeado; cuerpo digno del cielo y preferible á las mismas angélicas virtudes; á cuyo contacto se curaban los enfermos, á cuya voz resucitaban los muertos, á cuyas pisadas se sujetaba el mar, á cuya voluntad obedecian todas las criaturas. Mas el alma santa del Señor penetró en aquellas entrañas frias, y un calor redivivo inundó aquellos yertos miembros: luego la carne antes pálida brilla mas resplandeciente que el sol, los miembros deificos resplandecen con fulgores celestiales, las mejillas se vuelven hermosas por su candor mezclado con purpureos colores, y las heridas ocultas en el cuerpo fulgido brillan como carbunclos. Se levanta del sepulcro el cuerpo resucitado y sale del cerrado antro. Entonces ¡cuantos aplausos de todos! ¡cuantos canticos, cuantas alabanzas, cuantas armonias! Se pasman por el nuevo espectáculo los ejérci-

tos celestiales, y nadie hay que pueda describir su inmenso júbilo. *Conc. V. de Dom. Resurr. n. VI.*

5.

Aparicion del Señor á la Virgen.

Habia llegado ya el dia tercero de nuestra salud y el primero de nuestra gloria: aquella mañana esplendidísima, aquel fúlgido brillo por el nacimiento de dos soles habia llegado ya. La Virgen habia pasado toda la noche en contemplacion. ¡Oh cual seria el movimiento de su corazon! ¡Cual la alegría de su mente! ¡Cuales los éxtasis y los raptos! Y para que los sienta con mayor perfeccion, el mismo Espiritu Santo que la arrebatava, la fortificaba para que no se arrobase, para que pudiera sentir sobre la razon humana, y el rapto no impidiera el sentido. Ya aquella luz celestial estaba próxima. La Virgen conoce la hora, no por los momentos del reloj sino por el espíritu de su corazon. Su ánimo virginal arde, y como con rosas primaverales se adorna sobremanera su rostro santísimo, sucediéndose en su pecho afectos y gozosas excitaciones. Clama entre tanto, mientras el espíritu le permite hablar, con el Profeta: *levantate, gloria mia; levantate, salterio: levantate, gloria mia, amor mio, vida de los vivos: levantate, hijo mio, esposo mio, Dios mio.....*

Y mientras su virginal voz resonaba y estando toda absorta en Dios y con el mayor deseo de ver á su Hijo, oye la Virgen sagrada desde su oratorio la alegría de los ángeles, y gozosa espera verlo cuanto antes, cuando de repente toda la casa se llena de ángeles y almas santas con una luz inmensa, cantando con el mayor gozo: *Reina de los cielos, alegras...* Y su oratorio queda todo penetrado de brillantísimo fulgor. Al mismo tiempo entran en él coros de ángeles, turbas de patriarcas y ejércitos de profetas; miles de fragancias de odores celestiales se perciben, y celestiales cánticos resuenan con mirífica armonía en aquel recinto. La Virgen es saludada, venerada y alabada por todos con el mayor afecto.

De tan digno acompañamiento es precedido aquel capitán celestial, príncipe de todos, rutilante de luz, espléndido y hermoso, á cuya presencia el ánimo de la Virgen desfallece de amor, se arroba sin que pueda su tierno cuerpo sostener el peso de tanto gozo y se postra á sus pies; pero no se lo permite aquel de cuyo seno había tomado carne, sino que es levantada y abrazada, y entre los brazos de su amado y de su Criador duerme y descansa la hermosa Virgen: junta al divino rostro su virginal rostro y así *apoyada en su amado* recibe los divinos ósculos de su Hijo, y descansa detenidamente en sus brazos.

Mas calle aquí la lengua de la carne, y ve-

neremos solo con el silencio este suceso, porque es superior á nuestro entendimiento lo que allí aconteció. Supera á todo sentimiento el gozo, la dulzura y cuanto se obró entónces en el corazón de la Virgen. Y por esta razón no quiso el Espíritu Santo que nos hablaran de ello los evangelistas, así como fué prohibido á S. Juan el hablar de las voces de los siete truenos. (Apoc. 10.) ¡O corazón de la Virgen! ¡O que cosas tan grandes se obraron en tí estos días! ¡Que cambio tan repentino de tanto llanto á tanto gozo! ¡Que sientes al ver á tu Hijo inmortal, mas brillante que el sol, adorado de los ángeles y dominador de todos? ¡O Madre beatísima! ¡O criatura felicísima, cuya grandeza ni los mismos espíritus celestiales pueden expresar! ¡Que dignidad, que elevación, que majestad ser de este modo amada y venerada de Dios!

¡O feliz Virgen! ¡O feliz alma! ¡O feliz cuerpo que descansa en tal estrado! ¡Felices ojos que allí lo visteis! ¡O si se me hubiere permitido estar en un rincón de la casa y desde allí observarlo! Pero es mucho para tí, pecador indigno: mucho es para tí el ser testigo de tales gozos. ¡Cómo, profano, deseas presenciar tal escena? ¡Cómo, impuro y tenebroso, presumes estar presente á tanta pureza y á tanta luz, aun que sea con solo el deseo? Creería yo, y no me engaño que aquella alma virginal vió entónces principalmente no solo la carne resplandeciente de Cristo sino tambien el mismo Verbo con vision beatífica, y que con intuitu

bienaventurado vió interiormente á Dios oculto, y exteriormente la carne refulgente y organizada por Dios, al Hijo de Dios nacido de su seno, y á sí misma Madre de aquel cuyo Padre es Dios, que tenia con el Padre eterno un mismo Hijo, y que su gloria y dignidad estaba en el mismo Verbo de sí engendrado.

Mas esto ¿como podrá probarse? No por testimonio de la Escritura: pero oid una conjetura de mucho peso. No hay duda que ninguna de las gracias y perfecciones atribuidas á algun Santo, haya sido negada á la Madre de Dios. Vió Pablo la Divinidad, como casi todos confiesan. Vió Moisés, sino la Divinidad, un gran vestigio de ella. La vió Job. La vieron tambien tal vez Jerónimo y Agustin. Mucho mejor pues vió la Madre de Cristo á Dios en la vida mortal, y quizá muchas veces. Y como en ninguna vez parece tan oportuna esta vision como en esta, se puede afirmar devotamente, sin temeraria presuncion, que gozó entónces la Virgen de la vision beatífica tanto mas claramente que Pablo en el rapto, cuanto mas digna era la Madre que el Apóstol. Pero paso adelante, porque digo que estas cosas se veneran mejor con el silencio. ¡Feliz el alma que sabe participar del dolor de la Virgen y de su gozo! *In Resurr. Dom. Conc. I. n. 15 y 16.—Conc. III. n. 4.—Conc. IV. n. 10.*

Felicitan los Apóstoles á la Virgen por la Resurreccion del Señor.

Cuan grande fué la alegria de la familia de Cristo en el dia de su Resurreccion, cuan grande el gozo de que estuvo llena, ¿quien podrá explicarlo? Habiendo sido los apóstoles testigos de ella, fueron á la Virgen y encontrándola, la felicitaron y la hablaron de esta manera. ¡O Virgen la mas feliz! ¡O mujer tanto mas bendicida entre todas, en cuanto que sola engendraste para el mundo al Hijo de Dios y beatificaste al orbe todo con tu parto. ¡O Señora! hasta ahora te creíamos Madre del Santísimo Hombre Señor y Maestro nuestro, y como tal te venerábamos; mas desde hoy te reconocemos y veneraremos como Madre de nuestro Dios y Criador. ¡O bendita entre las mujeres, que mereciste tanta grandeza y dignidad! Todos somos hijos tuyos; y tú eres nuestra Señora: acuerdate de nosotros, pues pue te encomendamos, ó Virgen bendita, nuestras almas: recíbenos bajo tu amparo y dirige sola nuestras acciones. *«In Resurrec. Dom. Conc. III n. 11. Conc. V n. 12.*

XXV.

MARIA EN LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Despues de haber consumado el Señor la obra

de nuestra redencion, comprobado su resurreccion con muchos argumentos, y cumplido todas las cosas que su Padre le habia mandado, preparó su regreso al Cielo. Habiéndose pues aparecido muchas veces á los apóstoles, «se les apareció últimamente estando ellos descansando (Marc. 16.)» Tambien les mandó que no se apartasen de Jerusalem, sino que esperasen allí la promesa del Padre, y hasta que fuesen revestidos de la virtud de lo alto. Luego, dice S. Lucas (c. 24) «los llevó á fuera de la Ciudad, á Betania.» Mira como van con él los apóstoles, los discípulos las santas mujeres y la Virgen Santísima.

„Habiendo llegado despues al monte Olivete, los consuela de nuevo con un largo discurso, y como se hubiese en esto detenido algun tanto, se llena el aire todo de espíritus celestiales y toda la corte celestial con inmenso gozo aplaude el triunfo de su Rey «Se unieron los principes del cielo á los que salmodiaban en medio de las doncellas.» esto es, de las almas santas; porque aquel grande Jacob se vuelve á su patria acompañado de las turbas de los ángeles y de las almas del limbo. ¡O quien hubiera podido estar allí y contemplar tanta multitud que excedia al número de las arenas del mar y de las estrellas del cielo! «Allí tambien Benjamin, el jovencito, esto es, Juan, el discípulo amado, en su arrobamiento. Allí los principes de Judá, los príncipes de Zabulon, los príncipes de Nef-tali, (Salm. 67)» esto es los apóstoles, cuya

inefable alegría era superior á todo encomio.

Veia entre tanto el Señor Jesús á aquellas pocas ovejuelas y las contemplaba con cariño, y en especial dirigia sus miradas á aquella perla preciosísima, la Virgen sacrosanta su Madre, y cuando quiso elevarse, cada uno de los apóstoles fué á besarle su mano, y el Señor les correspondia con un abrazo. ¡O como aquel venerable anciano Pedro inundado de lágrimas adora las pisadas del Redentor! ¡O como aquel querido discípulo Juan besa sus piés! Por fin llega la última, la Virgen Madre y abraza á su Hijo, y su Hijo, como piadosamente se cree, la abraza tambien con admirable cariño, queriendo ella volar al cielo entre los brazos de su Unigénito. ¡O que alegría! ¡O que gozo mezclado con lágrimas! ¡O que devocion! ¿Que dijiste, Señor, á tu Madre, al separarte de ella? O Evangelistas, ¿porque lo habeis callado? Mucho deseamos todos conocer aquel último des-pido.

Tal vez, al suplicarle la Madre que se la llevase consigo, el Señor le respondería. «Madre mia, es necesaria vuestra presencia en la tierra, porque vos consolareis á esa mi familia en este mundo. Más yo, que estuve nueve meses en vuestro santísimo vientre, estaré siempre en vuestro corazon, y aunque me vaya, no me aparto por esto de vos. Esta carne que de vos recibí, será en breve colocada en el cielo, en donde os prepararé un trono á mi mismo lado.» Despues «habiendo elevado sus manos, como

dice S. Lucas, les bendijo (24.)» diciendo: «La bendición de mi Padre, y la mía, y la del Espíritu Santo sea sobre vosotros, hijos míos, y os proteja en toda necesidad, os conserve, os auxilie y os guarde.» Y empezó á elevarse sensible y paulatinamente.

Entonces empezaron los coros celestiales de los ángeles á tocar toda suerte de instrumentos músicos, pues que está escrito: «Subió el Señor en medio de demostraciones de júbilo: sí, el Señor á la voz de la trompeta (Salm. 46)» Resuena pues la música mezclada con el canto de los ángeles, tal vez también materialmente, como sucedió en la noche de su nacimiento. Y mientras subía, la Virgen Santísima y los apóstoles lo seguían con sus ojos, ya que no lo podían seguir con los cuerpos, y se llevaba consigo sus corazones y sus almas. Y cuando la vista no llegaba ya á verlo, todavía seguía acompañándolo su piedad. *In Ascen. Conc. I. n. VII.—Conc. IV. n. VI. y VII.*

XXVI.

PENTECOSTES.

En aquel día santo de Pentecostes, habiéndose reunido según costumbre muchísima gente en Jerusalén á causa de la solemnidad del día, y permaneciendo unánimemente en oración en el Cenáculo todos los Discípulos con la Santísima Virgen, cerca de las nueve de la mañana se hizo

en el cielo un grande sonido, y se oyó un ruido espantoso é insólito como de muchos truenos y como de cierto Espíritu vehemente que bajó sobre ellos, y llenó toda aquella casa en que estaban, de luz, claridad, fragancia y olor divino. Cuando el Señor se fué al cielo, les mandó «que no se apartasen de Jerusalén, sino que esperasen allí la virtud de lo alto (Act. I.),» la cual les comunicaría sabiduría y fortaleza. Aparecieron pues sobre ellos ciertas lenguas de fuego, que al descansar una por una sobre sus cabezas, se llenaban sus corazones del vivificante calor del Espíritu Santo. *Concio I. in Pentec. n. XI.*

Mas cuán grande fuera la infusión de amor que la Virgen entonces recibiera, ¿quien puede ponderarlo? La que fué concebida en gracia, aumentó siempre con buenas obras la gracia por primera vez recibida, sin perderla jamás con ningún pecado: la que en la encarnación del Verbo divino fué saludada llena de gracia, fué después más llena de ella por la sombra que le hizo el Espíritu Santo, para que todos recibieran por medio de su Hijo de su plenitud; después de todo esto, llenísima ya del Espíritu Santo, volvió de nuevo á recibirlo en el día de Pentecostés, mucho más especial y llenamente que los apóstoles todos, para que la gracia estuviese en ella abundante y sobreabundantemente, ya que le había sido infundida no por partes como á los otros, sino en toda su plenitud. *Conc. IV. in Assumpt. n. IV.*

XXVII.

DESPUES DE PENTECOSTÉS.

Pregunta San Anselmo la razon por la cual la Virgen permaneció en el mundo despues de la Ascension del Señor, y dice que esto fué para que fuera la maestra y consuelo de los discipulos en la ausencia de su Hijo; y á la verdad ella fué como la regente y gobernadora de la Iglesia. El Salmo setenta y uno dice: «Y habrá un firmamento en la tierra;» es decir, de la Iglesia. San Bernardo le dice: «Mas que todos los firmamentos sois vos, Señora, un firmamento mas firme, pues que recibisteis y concebisteis á aquel que no puede caber en los cielos, lo llevasteis y no os cansasteis.....» En este firmamento puso Dios el Sol y la luna, Cristo y la Iglesia. El Hijo es el fundamento y la Madre el firmamento que confirma los corazones en el fundamento. «Su fruto será exaltado sobre el Libano (Salm. 71)» esto es, sobre la naturaleza angélica; del cual fruto se dice: «Bendito es el fruto de tu vientre (Luc. 1.)» Y así como el firmamento comunica sus influencias á los demás, así la Virgen comunicaba sus gracias á la Iglesia. *In Ascens. Dom. c. IV n. I.*

En efecto era la Virgen una verdadera necesidad para la nueva Iglesia que ella estableció con su ministerio: era tambien el con-

suelo de todos los santos y fieles, que á ella acudian de todas partes, y á los cuales, como á tiernos pollitos, amparaba con su presencia. Así es que de todas las partes del mundo afluía á Jerusalem innumerable multitud de cristianos convertidos para ver aquel grande milagro del hombre, aquel divino y celestial oráculo, aquel sacrosanto tabernáculo, en que dignó encarnarse el Hijo de Dios, y la realidad excedía á la opinion, y la vista superaba las esperanzas de los que la visitaban. Era tan grande el concurso de gente que acudia á verla que los caminos estaban llenos de toda clase de personas. Pensad vosotros mismos lo que se haría ahora, si la tuviéramos en la tierra. ¿Quien no correría á ver tan grandioso espectáculo? Y por cierto los primitivos cristianos eran mucho mas fieles y fervorosos que nosotros habiendo sido como fundamentos de la Iglesia, como lo demuestra muy bien aquel inmenso mar de sangre que derramaron por Cristo en aquellos tiempos. Permaneció pues no solo por algunos dias, sino tambien por muchos años la Sma. Virgen en la tierra por especial providencia de Dios para que pudiera establecerse con su doctrina y ejemplos (Idem n. V.). Era ella la regla de la virtud, la forma de la santidad, la hermosura y modelo de toda honestidad. Con su vida y magisterio la Iglesia de Dios debia ser ilustrada en su principio sobre manera, y despues aumentarse con su mérito y fervor y prosperar hasta

el fin del siglo y por siglos eternos. *Conc. in Pentec. n. XV.* Y ¿á quien podia confiar mejor el Maestro celestial, al irse al cielo, que á Ella su escuela y cátedra, á causa de su singular y admirable erudicion, que por treinta años habia estado con él, oyendo sus palabras sentada á sus pies, y conservando todas sus espresiones en su corazon? Mas no la dejó en verdad para que apacentase á sus ovejas, como á Pedro, sino para que instruyera á sus discípulos con aquella sabiduria celestial que de él habia aprendido, por cuanto á causa de la agudeza de su ingenio, y del mucho tiempo que habia estado en la escuela del Señor, se consideraba como mas sabia y docta que todos. En este cargo estuvo la Virgen hasta su muerte, siendo la maestra de todos los apóstoles, de todos los discípulos y de todas las Iglesias, por la cual se canta de ella con razon que «sola destruyó todas las heregias.» *Conc. IIIi n. Assump. n. VII.*

Sin embargo habiendose ido el Señor á los cielos, nada se nos dice de la Virgen; sino que segun se cree, encerrada en el oratorio, recordaba en su mente todos los misterios que habia visto y oido; contemplando asiduamente como lo concibió, como lo dió á luz, lo que le dijo el profeta Simeon en el templo, lo que sufrió con él en Egipto, sus palabras, milagros, doctrina, conversacion, muerte, resurreccion, ascension y demas que ella sabia, y lo comunicaba á los discípulos. Tal fué la vida de la Virgen; tal el brevísimo compendio de su peregrinacion.

Por lo demas, de que delicias hubiese gozado en esta sublime y celestial vida, que inspiraciones del Espíritu Santo hubiese recibido ningun mortal ha podido comprender: sola conoció lo que, Dios irradiandole y haciendole sombra, mereció experimentar. Aun cuando pues no se diga de la Virgen en el Evangelio, sino que concibió por obra del Espíritu Santo, alimentó y parió al Hijo de Dios, por esta sola elevacion suya se nos ofrece una historia tan lata y tan inmensa que no bastaran volúmenes para explicarla, como se debiera; porque sus grandezas fneron mas sublimes de lo que la humana mente pueda comprender. De aquí es, que cuando se concluye hablar de ella, entonces se empieza, ó por decir mejor, ni aun se conoce haber empezado; y cuando no se hubiere dejado jamas de alabarla, es lo mismo que haberlo querido o hacer solamente. Los movimientos de tu corazon, ó Virgen, superan nuestras facultades, exceden nuestros conatos. Volaste mas alto de lo que nuestra mirada podia alcanzar. Tu vida no debió escribirse, sino meditarse; porque la pluma no puede llegar á donde llega el concepto. Y sino ¿quien podrá explicar los ardores y fervores mas que seráficos de tu corazon? que sentias al meditar y contemplar los grandes é innumerables misterios celebrados y obrados en ti misma? ¿quien podrá ponderar aquel fuego de ardentísima caridad, encendido en tus entrañas, con el cual amabas incesantemente á aquel que te habia hecho tan grande para poderte elegir para madre suya? *Conc. IV. in Assump. n. II.*

De esto puede conjeturarse cuan pesada seria para la Virgen despues de la Ascencion la ausencia de su Hijo, cuan dura é intolerable su peregrinacion en la tierra, con que ardientes deseos y lágrimas suspiraria salir de este mundo para irse al cielo y unirse con aquel que habia visto elevarse al empíreo con el más admirable triunfo, que sabia reinaba sobre todos los espíritus celestiales y que le tenia preparada la mayor gloria y alegría. Este deseo se avivaba sobre manera en su pecho, cuando veia aquellos santos varones y mujeres que moraban con ella, como manifestaban con abundantes lágrimas la pena que les causaba la ausencia de su maestro, y como no tanto con las palabras como con los afectos le preguntaban: «¿Dónde se ha ido tu amante, ó la más hermosa de las mujeres? (Cant. 5.)» ¿A dónde se ha ido y lo buscaremos contigo? Y con numerosos sollozos y suspiros, con inefables gemidos y clamores interpelaba su alma á los celestiales espíritus y les decia: «Yo os conjuro, hijas de Jerusalem, que si habeis visto al amado, le anunciéis que yo me desmayo de amor, que muero de amor, que toda me liquido de amor. Mitigad mis llamas, os ruego, templad mi incendio, «fortalecedme con flores, confortadme con manzanas, porque me desmayo de amor (Cat. 2):» ni mi fortaleza es la fortaleza de las piedras, ni mi carne es de bronce.» (Job. 6.) Por esto no dejó de pensar con razon, que durante todo el tiempo de su destierro fué necesario que los ángeles la sostuviesen con las

fragantes flores del paraiso, con purpúreas y olorosas manzanas, esto es, con lucidísimas revelaciones del cielo y con dulcísimas delicias para que pudiera llevar sus extáticos ímpetus de amor, para que no desfalleciera al sufrirlos, y que por lo tanto fué apacentada y confortada con aquellas cándidas rosas y primeraverales azucenas, «hasta que acabase el dia y se inclinasen las sombras. (Cant. 2.)» Tambien templaba sus ardores y le daba mucho consuelo la voluntad de su Hijo que ella deseaba tanto cumplir, por la cual permanecia en la tierra y de cuyo cumplimiento nunca se desvió ni por un momento. *Conc. III. in Asumpt. n. II.*

XXVIII.

LA VIRGEN CON S. JUAN.

De haber dado el Señor á S. Juan como hijo á la Virgen, puede deducirse cuan grande fuera la felicidad y gloria del Discípulo amado, al permanecer por tantos años despues de la Ascencion del Señor con ella, hablándole como hijo suyo y gozando familiarmente de su grata conversacion, al paso que se servia de su magisterio, y se instruia con su ejemplo y virtudes. ¡Oh verdaderamente egrégio Discípulo que despues del Señor mereció tener tal maestra! ¿Qué no aprenderia pues, qué no alcanzaria de ella? Todo lo que habia oido de la boca de su Hijo

en las familiares conversaciones que con él tenía, de buen grado lo comunicaría á su hijo Juan. De aquí es que se elevó éste sobre los otros evangelistas con la inteligencia de su espíritu; porque si una sólo salutacion de esta Virgen comunicó al Bautista tanta gracia, ¿cuál comunicaría al Evangelista su tan prolongada conversacion? Si fué mucho para Isabel permanecer con ella su prima por tres meses, ¿que sería para Juan habitar tantos años con ella en la misma casa? Bendijo Dios antiguamente á Gedeon, por haber recibido el arca del Señor en su casa, ¿cuanto más bendiciría á Juan que tuvo tantos años consigo á la Virgen Madre de Dios? *De Santo Joan. Ev. Conc. I. n. IX.*

XXIX.

LA ASUNCION.

1.

Introduccion.

No se ha de creer que carezca de misterio el que los sagrados Evangelistas que tan claramente refirieron los hechos del Señor, hicieran poca ó ninguna mencion de Nuestra Señora y de su tránsito á la otra vida. ¿Pensais que en su nacimiento é infancia no sucedieron cosas admirables? Asi tambien nadie dude

que en su muerte se mostraron grandes prodigios, acostumbrando el Señor á esclarecer con grandes milagros á sus santos despues de la muerte, en testimonio de la santidad de su vida ¿Porque motivo pues nada se nos dice respecto á las circunstancias de la muerte de la Madre del Señor? Mas sea cual fuere el motivo de esto, hay en las Escrituras tal escasez respecto á este misterio que la Santa Madre la Iglesia en la fiesta de la Asuncion nada ha encontrado en el Evangelio que decir sino lo que dice S. Lucas, como el Señor fué hospedado por Marta. ¿Que tiene que ver la Asuncion con el hospedaje? Pero si se atendiere al sentido mistico que se propone la Iglesia, se verá que nada en este Evangelio carece de Misterio, ni del objeto propuesto en el dia de la Asuncion. *In festo Assumpt Conc. VI. n. I Conc I n. I.*

2.

Muerte de Ntra. Señora.

Una triple festividad se venera en el dia de la Asuncion de la Virgen: el tránsito de la Virgen, por el cual migró de esta vida: su resurreccion, en la que fué vestida de la inmortal gloria, y su gloriosa Asuncion, en la cual voló felizmente en cuerpo y alma á los cielos. Y siendo ya de por si muy celebre cualquiera de ellas, ¿que solemnidad tan grande será el celebrarlas reunidas?

Vino pues aquel día tan amable y deseado en que pareció bien al Señor el llamar á la Virgen desde este destierro; y como se refiere, estando ella orando y suplicándole con lágrimas, S. Gabriel se le apareció y la habló de esta manera: «Gózate y alégrate, Virgen pura: tu oracion ha sido oída: tu deseo está ya cumplido: conforme lo has deseado, llegarás pronto al paraíso y segun lo has merecido serás coronada de gloria celestial.» ¡O cuanto se gozó con este anuncio, cuanto se alegró su espíritu en Dios su Salvador!

Estando pues congregados de todas partes los apóstoles y todos los santos que estaban entónces en Jerusalem presentes, y orando, segun refiere S. Dionisio en el libro de los Nombres divinos (c. 3. 6. 2.), puesta de rodillas y con los ojos fijos en el cielo, sin fiebre, sin enfermedad, sin ansiedad, sin dolor, antes bien con un gozo inmenso, entregó su espíritu beatísimo á su Hijo y dejó á la Iglesia las preciosísimas reliquias de su cuerpo. Más para poco tiempo, porque no era digna la tierra de poseer tan gran tesoro: no era decente que aquel sagrario del cual Dios habia tomado carne, se convirtiese en cenizas: ni era justo que la carne que no habia conocido la corrupcion, se convirtiese en polvo.

Más lo que sucedió en aquel beatísimo tránsito, cuales fueron las últimas palabras que al partir dijo, lo que encomendó á los Apóstoles, y lo que habló á las santas mujeres que estaban

allí presentes, cuales recomendaciones, súplicas ó alabanzas que al marcharse ella le dirigieran, lo ignoramos del todo: aun cuando en libros apócrifos se recuerden algunas cosas del tránsito de la Virgen, de las cuales muchas son inverosímiles, y por lo tanto las omitimos. *In Festo Assumpt. Conc. c. VI. 6. 7.*

3.

La Resurreccion.

El cuerpo de la Virgen pues yacia en el Sepulcro, cuando mirando el supremo Hijo desde la sede de la majestad, vió á la celestial perla oculta en el terreno polvo. ¿Que es esto? dijo: ¿no es mi cuerpo que brilla sobre todo resplandor, tomado de aquel cuerpo virginal? ¿No soy yo carne de su carne, y hueso de sus huesos? ¿Como pues con tan admirable claridad resplandeceré yo en el solio de mi grandeza y el cuerpo de mi Madre manará gusanos en el sepulcro? No lo permitiré, porque es deshonor mia lo que de injurioso tuviere el cuerpo materno. Ni es justo que este sujeto á la corrupcion lo que no estuvo sujeto á ninguna concupiscencia, y es indigno que se pudra en el sepulcro lo que no fué contaminado por el vicio, y que pruebe la mancha de la corrupcion lo que no tuvo mancha de crimen. Ea, pues, pronto, milicias celestiales: ea, id: *Entonad el Salmo, tocad el pandero, el Salterio armonioso*

con la cítara; tocad la trompeta en la Neomenia, en el día insigne de vuestra Solemnidad. (Salm. 80) ¿De la vuestra, digo? Mejor diré de la mía, pues que mía es la gloria de mi Madre.

Es enviada pues desde el cielo una gran multitud de celestes potestades y como abejas rodean el sepulcro de la Virgen volando al rededor y por encima de él, y se hace por todo el circuito una claridad inmensa. Convinieron también allí los apóstoles inspirados por el Espíritu Santo, como dice el Crisóstomo, y de este modo la Iglesia celestial se reúne con la Iglesia viadora. Desde allí resuenan cantares, se pronuncian alabanzas, y como por medio de coros la una Iglesia responde á la otra, esperando que la voz del amado resucite á la Esposa, y dicen al Señor: *suene tu voz* (Cant. 2).

Entonces el Verbo vivo de Dios clamó de repente desde su elevado solio, y dijo con alta voz: «Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía y ven, levántate, salterio mio y cítara, y ven. Ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ido y alejado. Ha pasado el clamor de los insultantes judíos, ha pasado la tempestad de las inundantes tribulaciones. «Las Flores han aparecido en nuestra tierra en mi humanidad que tomé de tu vientre: las viñas floreciendo,» esto es, las Iglesias han dado su olor como has visto, como has oído. «Muestrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos.» No es decente que se corrompa en el sepulcro el

cuerpo que no fué manchado por el vicio, ó que se convierta en polvo la carne que no conoció mancha de pecado. «Ven pues del Líbano, Esposa mía: vendel Líbano, ven: serás coronada de la cabeza de Amana de la cumbre de Sanir y de Hermon, de las cuevas de los leones, de los montes de los leopardos (Cant 4):» esto es, serás coronada con las rosas de todos los montes y colinas celestiales y con las flores de la primavera.

Entonces, apenas hubo resonado esta voz del Altísimo, como si la Virgen se hubiese despertado á este grito del amado, se esclama respondiendo á Ella con la mayor alegría: «La voz de mi amado: mi alma se ha como derritido, así que él ha hablado (Conc. 5.)» En seguida, aquella su alma bienaventurada encerrada de nuevo en los virginales miembros, salió la Virgen del sepulcro gloriosa é inmortal, mas resplandeciente que el sol, y mas candorosa que la luna; cual suele salir de su tálamo la regia esposa adornada de perlas, de oro, y de piedras preciosas en el día de su desposorio para ser presentada á las miradas de su esposo. Luego resuenan de todas partes instrumentos de celestial música: todos doblan las rodillas, y el divino tabernáculo llevado con la mayor veneración por angélicas manos se eleva sensiblemente por los aires, alegrándose los ángeles, y gozándose todas las potestades de la celestial Corte con increíble placer y honor.

Mas, ¿qué haceis vosotros, ó apóstoles? ¿Porque no clamais en pos de la que se marcha, diciendo: «Virgen prudentísima, á donde os vais, como una aurora muy brillante, hija de Sion, hermosa como la luna, elegida como el Sol? ¿Qué hermosos son tus pasos en los calzados, Hija del Principe! Vuélvete, vuélvete, Sulamitis: vuélvete, vuélvete para que te miremos. (Cant. 7. y 6).»

Pasmados los apóstoles y como fuera de sí, bañado con lágrimas el rostro, levantan su voz hácia la Virgen, y le dicen: «Hija de Jerusalem ¿á dónde te vas tan gloriosa y nos dejas? Te marchas en pos de las celestiales riquezas y nos dejas en las terrenas miserias: tú para reinar vas á penetrar en los celestes palacios, y nos dejas huérfanos en este valle de lágrimas: tú eres introducida en los angélicos coros, y nos abandonas entre las garras de los lobos. ¡O Virgen hermosa, todas nuestras tribulaciones, persecuciones y angustias que por tu Hijo padecemos de todo el mundo, nos eran tolerables en tu presencia. Tu siempre nos has sido consuelo para los tristes, descanso para los afligidos, y alivio para los que lloran.» La Virgen Santísima volvióse entónces á los Apóstoles y les dijo: *Consuèlate, consuèlate, pueblo mio* (Isai 40.). *In Festo Assumpt. Conc. II. 10 y 11.—Conc. V. P. I. n. 6 y 7.*

Ategría y admiracion de los ángeles.

Del gozo y alegría de los ángeles en la Asuncion de la Virgen y en su magnífica entrada en los Cielos todo cuanto pueda decirse es menos de lo que fué; porque si á cualquier alma, al salir del cuerpo y al penetrar en los reinos celestiales, se hace la mayor solemnidad por los ángeles y los que habitan en el Cielo, ¿qué deberá pensarse de la de la Madre del Rey de los Cielos? Y sí, como dice S. Jerónimo, en la muerte de algunos santos, una multitud de ángeles que se alegraban y cantaban fué oída en la tierra; cuanto más se ha de creer que sucedería en la Asuncion de la Virgen Madre de Dios? ¿Y si el Señor honra á los siervos, con cuanto mayor honor se dignará honrar á la Madre? Sin duda pues, como dice el mismo San Jerónimo, bajó el Hijo de Dios con toda su córte, y tomándola en sus propias manos, la colocó en los Cielos sobre las eminencias de los ángeles, pasmándose éstos y admirando su tan sublime dignidad.

En efecto, era ya llevada la Virgen por los aires, cuando de repente todo el resto de la celestial Córte se mueve del cielo y viene á su encuentro con su glorioso Hijo. Ahora piensa, si puedes, ó alma, cual fuere el exceso de gozo, cual la abundancia de alegría, cuando en presencia de todos los bienaventurados el Hijo

y la Madre se salen mutuamente al encuentro; cuando es recibida, abrazada y besada por el Hijo: cuando aquellos dos cuerpos mas refulgentes que la luz se saludan alternativamente. ¡O cuales palabras! ¡O cuales espresiones! Mejor es pensarlo que decirlo. Y sino, ¿quién podrá, ó Virgen, explicar, quien ponderar en este dia las delicias de tu corazon? ¿Qué sentias cuando mas hermosa que el Sol, y mas cándida que la luna, al salir del sepulcro eras recibida por los brazos de tu amado con complacientes ojos para gozar de sus abrazos y de sus ósculos, y ser llevada por sus manos hácia el cielo? ¿Cuando entre el gozo de los ángeles que cantaban y el placer de las almas santas recibes las dulces caricias del Hijo de Dios y tuyo amantísimo, y subes descansando en su seno glorioso á los celestiales reinos? Dinos, ó dichosa, lo que sentiste en tu corazon, cuando mas brillante que el astro de la noche fuisse recibida por los abrazos de tu querido Hijo: cuando te saludaron los miles de ángeles que te salieron al encuentro y te sublimaron con admirables alabanzas y cánticos:» Felices eran á la verdad, dice S. Bernardo, los besos impresos en los labios del que alimentabais con vuestra leche, pero mucho más dulces son los que hoy recibis del que está sentado en el celeste trono. *¿Que diré de tus delicias, ó María? Si el ojo no vió, ni la oreja oyó, ni penetró en el corazon del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (Isaias. 46.).*

¿Quien esplicará lo que tenia prevenido para aquella que lo engendró y que lo amó sin duda más que todos? «Esta abundancia de gozos y delicias en la Virgen es admirada por todos los ciudadanos del cielo, no ménos que su dignidad y admirable elevacion; pues que siendo para cualquiera de los otros, aunque estimados y santos, el mayor honor y dignacion ser llevados á la gloria por manos de ángeles ó de arcángeles; esta poderosa Reina no entra triunfando en la superior ciudad por manos de ángel ó de arcángel, ni aun tampoco de querubin ó de serafin, con pompa y solemnidad increíble, sino en los brazos del Hijo de Dios, del príncipe del cielo, su amado.

Volvámonos ahora á los ángeles y miremos lo que hacen al verla, como cantan y aplauden su triunfo. Salomon Secretario de la Virgen lo previó en espíritu y nos lo describió. La Virgen toda gozosa habia llegado ya cerca del cielo llevada en manos de su poderoso Hijo, cuando innumerable multitud de ángeles le salió al encuentro, admirando todos su hermosura y su gloria, su grandeza, su dignidad y su resplandor, como pasmados del inmenso honor que el supremo Criador le tributaba. Y mirándose unos á otros, se hacen tres preguntas entre ellos, no por ignorancia sino por admiracion; del mismo modo que en la Ascension del Hijo describe Isaias otras tres preguntas que se hicieron; porque así Isaias escribió el triunfo del Rey de la gloria, así Salomon refirió el de la Virgen

Madre de Dios. Ni podía ser la Virgen mejor alabada de los ángeles que siendo de ellos admirada; porque así como en las cosas fáciles de comprender la admiración es señal de ignorancia; así en las incomprendibles es señal de sabiduría. Los hombres prudentes en país extranjero de nada dan muestras de admirarse por no parecer ignorantes. La admiración es una verdadera alabanza.

Se preguntaban pues los primeros ángeles entre sí: *¿Quién es esa que sube por el desierto, como una varita de humo de aromas de mirra, de incienso y de todo polvo de perfume (Cant. 3.)?* Otros decían: *¿Quién es esa que avanza como la aurora que se levanta hermosa como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército puesto en batalla? (Cant. 6.)* Otros también: *¿Quién es esta que sube por el desierto, llena de delicias, apoyada sobre su amado (Cant. 8.)?* La Virgen les responde con admirable benignidad: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles. (Cant. 2.) Yo muro y mis pechos como torres desde que delante de él he sido hecha como la que halla la paz. (Cant. 8.)* Pero no se responde fácilmente á esta pregunta, ni se acaba la cuestión tan pronto. ¿Quién, ó ángeles, os responderá, quien podrá deciros, *quien es esa?* No yo, aunque tuviera cien lenguas, ó cien bocas, ó la voz de hierro, bastara para deciros: *quien es esa.* Esta es aquella zarza que ardiendo sin consumirse tenía en medio al Señor.

Esta el vellon de Gedeon húmedo en la tierra seca, en el cual el rocío del cielo penetró plácidamente. Esta la escalera del cielo, por la cual suben y bajan los ángeles y en cuyo medio está el Señor. Esta la puerta oriental cerrada, por la cual solo el príncipe entra y sale. Esta la vara de Aaron florida sin obra de hombre, sobre cuya flor descansó el Espíritu del Señor. Esta la *Mujer vestida del Sol y con la luna debajo sus pies*, cuyo parto acecha la culebra antigua. *¿Quién es esa?* Es el templo de Dios, el sagrario del Espíritu Santo, el tálamo del Hijo de Dios, el domicilio de la Sma. Trinidad, la púrpura del Rey: es el propiciatorio, el arca, la urna, el maná, el arca del testamento, la tiara de oro del pontífice en la cual está esculpido el nombre de Dios. ¿Ángeles, quien os dirá, *quien es esa?* Es la Madre de Dios, la Esposa de Dios, la Hija de Dios, el paraíso de Dios, la reina del cielo, la columna del mundo, la puerta del paraíso, por la cual Dios entró en el mundo para que el reo entrara despues en el cielo: por ella Dios se hizo hombre para que fuera el hombre redimido, el diablo vencido y el infierno despojado. Los profetas la anunciaron, los patriarcas la presignaron, los vaticínios la cumplieron. El cielo la venera, el mundo la honra, el infierno la teme, los ángeles la veneran, los hombres la suplican. Ella es á la que todas las generaciones de los siglos ensalzan, y á la que llaman bienaventurada los que son, los que fueron y los nacidos de los nacidos y los que nacerán de ellos. Tal es

nuestra Amada, carísimos: tal es nuestra Hermana. ¿Pero porque nosotros os la predicamos? Decidnos antes bien, *quien es esa*, vosotros que gozais de la vista de su hermosura, de su belleza, de su resplandor y claridad. A vosotros os es mejor conocido *quien es esa*.

De esta manera la sagrada Virgen, llevada por las manos de su unigénito Hijo, es presentada á la presencia del Padre omnipotente y colocada á su derecha en un trono sobre los querubines. *Conc. II. 11. Conc. V. 8.*

Mas parece novedad que los ángéles se admiren tanto al considerar la elevacion de la Virgen, y podemos nosotros hacerles aquella misma pregunta que hicieron á los varones de Galilea que eran testigos de la Ascension del Señor, *quid admiramini?* y decirles: «Soldados de la patria celestial, ¿porque os admirais de la Madre, porque de la Esposa del mismo Dios? Os admirabais de que nosotros nos admirásemos del Hijo, y ahora nos admiramos de que vosotros os admireis de la Madre. ¿Es acaso nuevo el que la madre siga al hijo? ¿no siguen las madres á los hijos aun entre espadas y lanzas? Aun tambien en los brutos se ve que la madre sigue al hijo que le ha sido arrebatado con violencia. Si en donde él está, debe estar tambien su ministro; ¿cuanto mas no debe estar allí su Madre? No os admireis pues de que le siga, sino de que haya tar dado tanto. El ladron fué al punto desde el patíbulo al paraiso: la Madre estuvo doce años en este destierro despues de la Ascension de su Hi-

jo. Esto debe admirarse. Esa Madre que sufrió tantos dolores junto á la cruz, despues padeció por el deseo de ver al Hijo. ¿Por que admirais la gloria de la que sube? Admirad antes bien su dignidad de Madre, pues que si os parece á vosotros que es grande en su elevacion, parezcaos aun mayor en el parto. *Sube apoyada sobre su amado* porque es su propio Hijo, y llena de delicias la que concibió en su vientre la gloria del mundo.

Decidnos pues ¿porque os admirais? No es justo que reciba la paga por la leche que le dió? ¿No es justo que la que padeció por el Hijo, reciba la recompensa del Hijo? Ella huyó con él á Egipto, ella alimentó á su Dios con el trabajo de sus manos: ella fué traspasada de dolor junto á la cruz: si el Hijo fué herido en el cuerpo, ella lo fué en el corazon, y en su corazon tenia reunidas sus llagas que estaban esparcidas por todo el cuerpo del Hijo. La lanza no arrebató el alma del cuerpo del Hijo, pero traspasó el alma de su Madre. Ella es su madre y su martir, su genitrix y su esposa, ¿No es justo pues que reciba la corona de la gloria de aquel, de cuya pasion la espada traspasó su alma? ¿No se sentará á su derecha en el cielo, la que no se apartó de su lado en el sepulcro? ¿No estará con él al reinar, habiendo estado con él al padecer? Mucho me admiro, ó ángeles, de que vosotros tanto os admireis.

Pero direis tal vez: es por cierto digno de

admiracion ver á la carne floja, á la carne heno y hierba, colocada sobre todos los espíritus. ¿Quién pues no se pasma al ver á la carne formada del polvo de la tierra elevarse sobre la cumbre del cielo, sobre las mismas estrellas, sobre los mismos ángeles? ¿Quién no admira tanta excelencia en una mujer? San Agustin dice: «¡Oh ángeles! no os admireis de que la carne se eleve sobre el espíritu porque el Supremo Espíritu se hizo carne. Mas debeis admiraros que Dios que es sobre todas las cosas, háyase rebajado á tomar carne; que la carne que era inferior á todo, sea ahora elevada sobre todo. Admiraos antes bien de que Dios baje, no de que la carne suba, porque el Verbo que se hizo carne puso junto á si á la misma carne. *In festo Assumpt. Conc. VII. 1. 2.*

5

Figuras bíblicas de la Asuncion de Nuestra Señora.

Varias figuras relativas á este misterio de la Virgen se encuentran en la Escritura. Fuélo primeramente aquella deduccion del arca con acompañamiento de toda clase de instrumentos músicos por el rey David á su propia casa (2 Reg. 6.). El rey saltaba de gozo en su presencia y sola la hija de Saul enfadada y orgullosa se consumia de envidia: por esto permaneció estéril sin hijos, sin fruto.

Otra figura cuando Salomon, levantándose de su trono, se fué al encuentro de su madre, á la cual colocó en él á su derecha (2 Reg 6).

Tambien lo fué la traslacion del arca del Señor al templo que Salomon le habia edificado, siendo acompañada de los levitas y cantores con los armoniosos acordes de la mas variada música, (3. Reg. 8.) los cuales figuraban á los angélicos coros que hacian música en la Asuncion de la Virgen. Asi pues con ovacion y alegria de toda la celestial corte, llevada por manos de aquel santísimo y poderosísimo Salomon, fué introducida el arca Deifera en el celeste templo no maufacto, y estendiendo sobre ella los querubines sus alas y cubriéndola con ellas, fué colocada en la gloria del paraíso.

Aquella *nubecilla pequeña, como vestigio de hombre que subia del mar.* (3. Reg. 18.) la simbolizaba tambien. La Virgen era como nubecilla pequeña por la humildad, aunque por otra parte era grande, pues contuvo á Dios en su gremio, y era mas capaz que el cielo. *Como pisada de hombre;* la Virgen fué toda su vida la verdadera efigie é imágen de la humanidad de Cristo. *Subia del mar de las tribulaciones* y persecuciones cuyas olas, movimientos y tempestades habia experimentado. *Y se hizo una grande lluvia,* pues cayó de esta nube, al elevarse, una lluvia de abundantes dones que sederramó sobre la Iglesia y qué fecundizó á todas las almas. *Conc. V. in fest. Ass. p. I. n. 9.*

6.

Maria subió al Cielo en cuerpo y alma.

Tres son las suertes de los que mueren en el Señor: buena, mejor y óptima. La buena es propia de aquellos que al morir no ván desde luego al Cielo sino que son detenidos en el purgatorio. La mejor la alcanzan los que luego despues de rotos los lazos del cuerpo vuelan hacia Dios, purificados ya con las tribulaciones de esta vida. Sola la divina Madre obtuvo la óptima suerte, pues que á ella sola fué concedido el ser llevada al cielo en cuerpo y alma luego de haber muerto. Esto convenia respecto á Dios, respecto á ella y respecto á nosotros. Respecto á Dios, porque siendo justísimo no permitiria que se corrompiera en el sepulcro el cuerpo en que no hubo corrupcion de pecado. Respecto á la Virgen, porque era decente que la Madre de Dios alcanzase esta gracia á diferencia de los otros Santos, pues no estaba bien que el vientre que habia sido sagrario del Verbo, se pudriera en la tierra. Tambien convenia mucho mas respecto á nosotros para edificar la fé, levantar la esperanza é inflamar la caridad, que la Virgen se fuera al cielo en cuerpo y alma. Así como para dar firmeza á la fé de la resurreccion quiso el Señor que otros cuerpos de los Santos resucitáran, vinieran á la ciudad santa y se aparecieran á mu-

chos» (Math. 27.); así tambien para confirmarnos en nuestra asuncion á los Cielos convenia que algun hombre puro subiera con Cristo á los Cielos, para que no se creyera que esto era privilegio esclusivo de Cristo, á causa de su divinidad, del cual no pudieran participar los puros mortales. Por esto pues quiere el Señor tener por compañera de su gloria á la Virgen que, aunque Madre de Dios, no era Dios sino simplemente mortal, para que cualquiera pueda aspirar al cielo sabiendo que tiene allí á uno de sus semejantes. Y esto era lo que el Salmógrafo entona diciendo: *Levántate, Señor, para tu descanso, tu y el arca de tu santificacion.* Tú, pero no tú solo, sino tú y el arca de tu santificacion. Arca deífica, arca dorada por dentro y por fuera, la Virgen Madre de Dios; pues como *no está bien que el hombre esté solo* (Gen. 2.), se le dió al hombre una ayuda en la tierra semejante á el; que se dé pues tambien en el cielo al hombre Cristo una ayuda á el semejante. Que esté presente la Reina á la derecha del que está sentado en el trono, habiendo estado en pié junto á la cruz cuando tanto padecia. *In Fest. Ass. Conc. V. n. 9. 10.*

7.

La Virgen forma coro especial en el cielo.

Las almas santas son incluidas en el cielo entre los coros de los ángeles, porque si bien

hay diferencia entre ellos en la naturaleza, por mérito y beneficio del Redentor la gracia les es igual. En el Apocalipsis se lee (c. 21.): *la medida del hombre que es la del ángel.*

Mas la Virgen Santísima es la única de la cual sin titubear y sin escrúpulo la Iglesia toda clama abiertamente: «La Santa Madre de Dios ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles:» sola ella ha merecido ser llamada y ser Reina de los cielos y Señora de los ángeles.

Pero no consta del todo como haya sido preferida á todos los coros angélicos. Si sea mayor que ellos, de modo que sea la primera del supremo coro, como se dice de Lucifer, que fuera el primer serafin; ó si al contrario, no contada en ningun coro, sea á todos preferida, ó forme por sí sola un coro y una gerarquía.

Algunos afirman lo primero por estas razones: 1.^a porque segun Ezequiel los lados de la ciudad son iguales (Ezech. 43.); y el un lado es la naturaleza angélica, y el otro es la naturaleza humana: por lo tanto no hay coro angélico sin alma, ni alma alguna sin coro. 2.^a Porque como se dice en el Deuteronomio (c. 32.) *Constituyó los términos de los pueblos segun el número de los hijos de Israel*, esto es, de los Ángeles. 3.^a Porque como se lee en Judit (c. 13): *Veniste al socorro de nuestra ruina en presencia de nuestro Dios.* Y en el Salmo 109 *Llenará las ruinas.* Luego no hay alma en donde no hay ruina, y como toda ruina fué en

algun coro; luego.. 4.^a Porque la criatura intelectual representa á la naturaleza increada; y como en esta hay tres personas, y no pueden ser cuatro; luego entre los espíritus angélicos sólo hay tres gerarquías y no puede haber una cuarta para la Virgen. Aplica una ó dos de estas razones.

Pero no obstante todas ellas, por cuanto favorece más á la dignidad de la Virgen la proposicion contraria que parece seguir tambien S. Buenaventura, digo que la Virgen forma coro por sí sola. En ella se halla *la perfeccion de los caminos de Dios.* (Job. 4.) Esto es, de las criaturas: se ha añadido al número nono imperfecto el coro décimo, para que fuese del todo perfecto el número décimo de las criaturas intelectuales. Esto se prueba con las más poderosas razones. 1.^a En el Salmo 44 se lee: *Está la Reina á su derecha.* El Hijo está *sentado á la derecha* del Padre (Salm. 109) Así como en la derecha del Padre sólo está el Hijo, así en la derecha del Hijo sólo reside la Madre. Hay pues un trono propio de la Virgen sobre todos y fuera de todos los coros angélicos. 2.^a Se prueba por aquella autoridad de los Cantares. (c. 6.) *Son sesenta las reinas y ochenta las concubinas, y las doncellas no tienen número. Una sola es mi paloma, mi perfecta, una sola es,* como si dijera claramente: «No debe contarse élla entre las reinas, es decir, entre los ángeles; ni entre las concubinas, esto es, entre las almas bienaventuradas;

ni entre las jovencitas, es á saber, entre las almas justas que crecen en la Iglesia; ni ha de ser enumerada en ningun orden de bienaventurados ó de justos; sino que es sóla, única, y por sí digna de ser venerada y reverenciada.»

3.^a Se prueba por la razon. Los coros de los ángeles se distinguen ó por la dignidad, ó por el oficio, ó por la gracia y gloria. Si por la dignidad, cuanto más digna es la Madre del rey que el siervo del rey, tanto mayor debe ser la Virgen que los ángeles. Y si nó ¿á quién de los ángeles ha dicho el Señor jamás: «Tú eres mi madre: tú me has engendrado hoy?» Este argumento se toma de otro semejante en el cual prueba el apóstol que Cristo tuvo mayor gloria y dignidad que Moisés. (Hebr. 3.) Sí por el oficio; porque á saber es, los ángeles guardan á una alma sóla, los arcángeles á una ciudad ó provincia; las virtudes obran milagros; las potestades refrenan y apartan á los demonios etc. Todos estos oficios se hallan más perfectamente en la Virgen sola que en todos ellos; pues que élla no á un alma sóla, ó provincia, sino que protege y guarda á la Iglesia toda, ahuyenta á los demonios, estirpa las heregias, es más perspicaz que los querubines, más ardiente que los serafines, más capáz que los tronos para retener á Dios. No es pues élla de ningun coro, sino que es todos los coros. Y si se considera su gracia, ó su gloria, no hay duda que excede sobre manera en bienaventuranza al más elevado serafin que no

supera el uno al otro coro, mas aun de lo que el supremo espíritu excede al del ínfimo coro de los ángeles y de los espíritus. A los demás se les dió la gloria por partes, mientras que á élla le fué comunicada toda la plenitud. De aquí es que élla vuela más alto que la inteligencia, penetra más profundamente el abismo de la Divinidad, se une más estrechamente con el lazo del amor, y gusta más especialmente el deleite de la suavidad celestial. Así es que Ezequiel la compara á una *grande águila*, que con su vista penetra más que todas las puras criaturas hasta la inaccesible luz del Sol divino; *de grandes alas*, bajo las cuales protege toda la Iglesia del Señor; *con tan prolongados miembros* que llega desde el ínfimo pecador hasta el supremo angel, hasta el mismo Señor de los ángeles: *llena de las plumas* de todas las virtudes, y adornada con *la variedad* de toda clase de dones y gracias, *la cual vino al Libano* del cielo y *tomó la médula* del cedro de la divinidad, cuyos arcanos penetró y cuyas riquezas y gracias alcanzó más que cualquier otro. *In fest. Assumpt. Conc. V. n. 1. 2. 3. 4.*

8.

Coronacion de la Virgen.

Serás coronada, le decia el Señor en los Cantares, *de la cabeza de Amaná, de la cumbre de Sanir y Hermon, de las cuevas de los*

leones, de los montes de los leopardos. De estos cinco montes deben recogerse las rosas y las flores para la corona de la Virgen, los cuales significan las cinco clases de bienaventurados, y todo lo que hay en ellos de más excelente sirve para formarla. *Amana* significa la naturaleza, angélica, y el supremo monte *Sanir y Hermon* denotan las dos clases de Santos del antiguo testamento, á saber, los patriarcas y profetas. *Los leones y los leopardos* indican á los dos géneros de Santos de la ley de gracia; pues todos los santos de la nueva ley gozan del cielo ó por su sangre, ó por su virtud. Llamamos en el Evangelio leones á aquellos que fueron fuertes en la batalla por la efusion de su sangre y que descansan en las cuevas de la gloria, es decir, en las moradas de las cuales dice el Señor: *hay muchas mansiones en la casa de mi Padre* (Juan 14.). Los leopardos son los que adornados por sus varias virtudes y hermosura son contados en la milicia de la corte celestial, y van adornados con el doble vestido de las virtudes adquiridas é infusas. Todo cuanto hay de gloria pues, de luz, y de gracia en todos los Angeles, Patriarcas y Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores, y Vírgenes, todo fué conferido á la Virgen, y su única corona supera las coronas de todos los otros y contiene la variedad del resplandor.

Tambien fueron puestas en su cabeza cinco aureolas; á saber, la de la pureza con las Vírgenes, la de la fortaleza con los mártires, la de

la sabiduría con los doctores, la de la inocencia con los Angeles, y la de Madre de Dios sin que nadie participara de ella, y esto significan quizá las doce estrellas que hay en su corona segun el Apocalipsis (c. 12.), que son las doce singulares y eximias excelencias sobre todos los demás que en ella resplandecen. *Conc. V. n. 5. in fest. Assumpt.*

9.

Exaltacion de la Virgen.

Lo que de ningun santo puede creerse, la Iglesia lo canta de la Virgen. *Has sido exaltada sobre los coros de los ángeles, en los celestiales reinos.* Asi como se elevó en esta vida sobre todos en sabiduría y devocion, asi llevada al cielo fué sublimada sobre todos en gloria y honor; pues que *subió sobre los querubines, voló sobre las alas de los vientos.* ¿En donde habia de ser colocada el arca Deifera sino sobre los mismos querubines? ¿Que gloria, que majestad ser preferida á todos los principados y potestades del cielo, ser de todos reverenciada, y presidir como Reina y Señora de los cielos á toda la corte celestial? Tal fué vuestra herencia, ó bienaventurada Virgen, tal vuestro honor, tal vuestra gloria.

Ni podia ser de otra manera: porque si está escrito: «en donde estuvieres tu, allí estará tambien tu ministro,» ¿cuanto mas justo

es, que en donde estuvieres tu, se halle tambien tu Madre? Y si colocas á tus ministros contigo sobre las doce tribus de Israel, ó Señor, ¿en cuanto mas alto trono debe sentarse contigo, la que por espacio de nueve meses fué tu trono en su cuerpo, y en cuyo corazon descansaste siempre, sin que te removiera de él ni el mas leve pecado, ni la mas pequeña lijereza? ¡O con cuanto honor venerará á su Madre aquel que manda honrar á los padres con la promesa de la vida! *Conc. III. 8. Conc. V. 5.*

XXX.

DIGNIDAD.

La dignidad de Maria consiste en ser ella Madre del mismo Dios, de modo que tiene con Dios un mismo Hijo, al cual puede decir con el Padre eterno: «tú eres mi Hijo (Hebr. 1),» siendo Madre de aquel mismo del cual Dios es el Padre. De aqui es que si en el cielo el Hijo está sentado á la derecha del Padre, la Madre está sentada á la derecha del Hijo y mutuamente miran á su comun Hijo en medio de los dos. El Padre vé en el Hijo la persona que engendró *ab eterno*, y la Madre vé en ella la naturaleza humana que tomó en sus entrañas en el tiempo. El Padre se complace en el Hijo, y la Madre se goza en el Hijo. El Padre dice al Hijo:» an-

tes del lucero yo te he engendrado (Salm. 109):» y la Madre dice al mismo: yo siendo Virgen te he concebido en mi vientre. Se pasma de su gloria, que ella misma no alcanza á comprender; y al paso que se ve madre del mismo Dios, se ve per ella constituida con pleno derecho Señora y Reina de todas las criaturas. *Conc. II. In Nativ. B. V. M. n. IX.*

¡Qué dignidad es esta pues tan inponderable! En efecto el ser Madre del Infinito y del Omnipotente encierra cierta infinidad, y por lo tanto es una dignidad como infinita. Y el caso es que Maria fué digna de ella. Cuando Dios elige á alguno para Apóstol ó Profeta, lo hace un digno apóstol ó idóneo profeta; así pues al elegir á la Virgen la hizo Madre suya idónea; de modo que cuando concibió al Hijo de Dios, era ya idónea para ser Madre suya. ¿Y qué grandeza, que excelencia y perfeccion no convino que la Virgen tuviera para ser digna Madre de Dios? Aquí debe callar toda lengua porque la grandeza de la Virgen supera á todo cuanto se pueda decir ó imaginar, y aun tal vez tambien á lo que ella misma pueda esplicar y comprender. «Ha hecho para mí, dijo, grandes cosas el que es Omnipotente (Luc. 1.).» Más ¿cuan grande fué lo que obró Dios en ella? Ignoro si ella misma comprendió su grandeza: y por esto es mejor venerarla con silencio que pretender explicarla. «Para tí el silencio y la alabanza.» Se lee en la version caldea del Salmo (64) en dónde decimos: «Te se debe, ó Dios, el himno en Sion:»

porque todo silencio es alabanza: y cuando concluye el hombre de alabarla, entonces empieza, ó por decir mejor, aun no ha empezado. *Conc. III. in Nativ. B. V. M. n. II. y III.*

XXXI.

NOBLEZA.

Nuestro Señor quiso que su Madre fuese ilustre no solo entre los ángeles, sino tambien entre los hombres. Aun cuando pues se hubiere elegido una Madre que era pobre y humilde de una parte, de otra era por su linage segun la carne sumamente distinguida, noble y generosa mucho mas que que cualquiera otra ilustre mujer. Así es que desde la antigüedad por muchos siglos y larga ascendencia trajo su origen de patriarcas, de Reyes y de Sacerdotes. Mírese pues si en todo el mundo puede encontrarse otra que pueda gloriarse de tan distinguida nobleza. Examínense los principios de las historias y no se hallará ninguna que tenga un principio tan grandioso, como este «Libro de la generacion de Jesucristo.» Que genealogia de Alejandro ó César se halla tan ilustre en todos los siglos. No porque le importe mucho al Señor la nobleza, porque no es el esclarecido por la genealogia, sino que esta lo es por el Señor.

Nobilísima pues é ilustrísima fué la Virgen

María segun su linaje, cual convenia lo fuese la Madre del mismo Dios. No era decente que fuese rústica ó vulgar, para que no resultase en su Hijo ninguna nota de oscuridad y bajeza. Y si bien es verdad que no se halla entre los hombres la variedad de linajes, sin embargo es cierto que alguna reciben los hijos de sus padres por la generacion.

Convenia por lo tanto que aquél, que habia de ser Rey y Sacerdote en el pueblo de Dios, descendiese de Reyes y de Sacerdotes para que aun tambien segun la carne no pareciese usurpar el reino y el sacerdocio, sino que le convenia con el mejor derecho. No debe extrañarse que la genealogía sea llevada hasta José y no hasta la Virgen, porque el Evangelista siguió la costumbre de las Escrituras, en las cuales se lleva la generacion por la línea de los hombres y no por la de las mujeres, y como María y José eran parientes el llevar la genealogía hasta José, era lo mismo que llevarla hasta la Virgen. Este parentesco era en aquel tiempo conocido de todos los que recibieron la fé del Señor en la Judea, y por esta razon el Evangelista no habló de él. *Conc. in Nat. B. V. n. II. n. V. Conc. in id III. n. VII.*

XXXII.

IMPECABILIDAD.

Una de las principales excelencias que tuvo

la Santísima Virgen, es no haber pecado y no haber sido jamás tentada. y ¿quién podrá decir yo he nacido sin pecado y he sido siempre limpio de toda iniquidad, sino esta Virgen prudentísima, animado templo del mismo Dios? (*Conc. II. in. Dom. Pass. n. 1.*) Las otras almas, aunque santas sintieron alguna inclinacion al pecado, pero la Santísima Virgen jamás la experimentó. El profeta (Salm. 45.) se admiraba de que no hubiese guerra en la tierra, y Ricardo de San Víctor dice que esto debe entenderse de la tierra Virgen, de la cual nació la verdad. ¡Qué prodigio no fué este tan grande! Una criatura tan circunspecta que en todas sus acciones observa todas las circunstancias, provee á todas las cosas y ninguna descuida, es un milagro dignísimo de la mayor admiracion, siendo sumamente fácil el pecar venialmente.

Añádase á esto lo que dice San Agustin, que María no solo no pecó, pero ni aun tampoco pensó en pecar, ni aun tampoco pudo pecar, no habiendo sido jamás movida por el más leve impulso ni ligera tentacion á pensar el más ligero pecado. Y esto le provino de aquellas palabras: «El Señor la ayudará (Salm. 45.) con su rostro», esto es, la rodeó siempre con su presencia y con su gracia. Teniendo á Dios hijo en el centro de su corazon, jamás se apartó de él por el pecado mortal, ni jamás se inmutó por el pecado venial. Nada pensó la Virgen pura, nada hizo que pudiera ofender á los ojos de la Magestad divina de quien era dirigida, aun en las cosas mas pequeñas.

Pero dirá tal vez alguno: ¿no hubiera sido mayor gloria para la Virgen el ser combatida para ser vencedora? En donde no hay combate no hay victoria, y en donde no hay victoria, no hay corona ni gloria. A esto responde Alberto Magno. Cuando la guerra no se hace á causa del gran poder que tiene el guerrero, entonces la victoria mas brillante consiste en no ser impugnado. Esto se vé en el ejemplo de dos príncipes, al uno de los cuales nadie se atreve atacar porque es muy poderoso, mientras que al otro se le ataca, aunque se haya de quedar derrotado. Así como la excelencia del águila consiste en que ninguna otra ave se atreve á atacarla, aunque sea el mismo gavilan; así tambien la de la Sma. Virgen, contra la cual ningun demonio se atreve, antes bien tiembla y huye solo al oír su nombre. *Conc. III. in. Domum. I. Quadrag. n. I.*

El mismo S. Agustin dice que este prodigio lo obró la caridad: *Fecit hoc charitas*: porque la plenitud no dejó en María ninguna debilidad espiritual ó imperfeccion; sino que antes bien la consolidó en el bien, de modo que no podia resbalarse en ella el menor defecto, ni nada que pudiera excusarse. En los otros Santos era mucho el no poder ser vencidos por los vicios, pero era mucho mas en la Virgen el no haber podido ser ni combatida por vicio alguno. Se exige de los otros Santos que el pecado no reine en un cuerpo mortal; pero á la Virgen le fué concedido, que no la manchase ni tocasse

la culpa mas leve. ¡Obra admirable! No hay esplendor, ni brillo, ni gracia que no resplandezca en esta gloriosísima Virgen. *In Concep. Con. n. VI, y XII.*

XXXIII.

CONFIANZA EN LA VIRGEN.

Todos los santos ruegan por la Iglesia, pero la Virgen Santísima y Madre de Dios sola ofrece mayor motivo de confianza que la innumerable multitud de los santos. Y á la verdad «en ti estan los ojos de todo Israel (III Reg. 1.)» de toda la Iglesia. Ella tiene la mayor alianza con nosotros, y al mismo tiempo tiene experiencia de todos nuestros males y tribulaciones. San Agustin dice: «mucho me gozo y mucho me atrevo, y el mucho gozo me dá grande atrevimiento. Diré cosas admirables, pero son verdaderas: una prodigiosa necesidad nos une á tí, y á tí á nosotros, porque es á saber, á causa de nosotros eres tú lo que eres, y nosotros somos por causa tuya lo que somos. Si el pecado no hubiera existido, la redencion no hubiera sido necesaria; y si no hubiera sido necesaria la redencion, tampoco lo hubiera sido que tu parieses al Redentor. Y sino ¿para que lo hubieras parido, sino hubiese habido ningun pecador? y ¿para que hubiera llevado el nombre

de Salvador, si no hubiere habido necesidad de salud?» Mas cuantas tribulaciones padeció ¿quien podrá ponderarlas? Apenas parida tiene que huir desterrada á Egipto por un vasto y aspero desierto, en donde como extranjera permaneció siete años. Despues de la predicacion del Señor toleró muchos trabajos, angustias é inquietudes, y al pié de la cruz dolores sin cuento, para poder decir: *non ignora mali, miseris succurrere disco*: con la mayor confianza pues acudamos á la Santa Madre del Santo de los Santos. *Conc. in Proces. n. 1.*

XXXIV.

PROTECCION.

Acostumbran los niños al verse dañados ó asustados recurrir al momento á sus madres, esconderse debajo de su manto é implorar su amparo y socorro. Nosotros en este mundo somos niños pequeños, á quienes todo espanta y consterna, y muchas veces tememos sin que haya motivo para temer. Si pues alguna tribulacion, ó turbacion, ó temor nos aflige refugiémonos al instante en la Sma, Virgen, que es nuestro único socorro, nuestra única proteccion y todo nuestro consuelo; porque «á tí, Virgen clamamos, á ti suspiramos desterrados hijos de Eva, gimiendo y llorando. Ea pues, vuelve á nosotros esos tus ojos miseri-

cordiosos, ó abogada nuestra» pues todos buscamos tu favor é imploramos tu auxilio. «Tú eres nuestro refugio en la tribulacion que nos rodea; tú nuestra alegría, libranos de los males que nos amenazan (Sal. 31.). «Ya que nos refugiamos en tí como niños pequeños y tímidos, «muestrate ser nuestra madre y reciba por tí nuestras súplicas el que por nosotros quiso ser hijo tuyo.» Si tú nos desprecias, ¿quién nos amparará? Si nos rechazas, ¿quién nos defenderá? *Conc in Rogat. n. I.*

¡O como atiende la Virgen Santísima al socorro de nuestras necesidades! De esto se halla una figura en el libro segundo de los Reyes (cap. 14.) en aquella mujer que envió Joab á David para que intercediese por su hijo el reo Absalon. Díjole: «Finge que lloras y ponte un vestido de luto.» Esto hace la Virgen en favor de los pecadores. Finge, ó Virgen, que lloras. Ya no tienes ahora porque llorar: á tu Hijo ya no se le hiere, ni se le azota, ni se le crucifica: pasaron ya sus dolores y sus sufrimientos. Tu dichosísima también reinas en el gozo del cielo; pero, ó Señora nuestra, finge que lloras por nosotros en presencia del Rey que está sentado en su trono para que alcances el perdón para el reo. Nuestra Señora de tal modo mira á los pecadores que fija en ellos sus ojos en cualquier parte en que se hallen, y no solo se compadece de los pecadores, sino también de los que no lo son, porque de todos en general tiene sumo cuidado, ya en las cosas ad-

versas, ya en las prósperas; en aquellas para que no decaigamos de ánimo, y en estas para que no nos engriemos. Teniendo pues, como protectora, á la gloriosa Virgen, acudamos á su amparo, y ya que en todo el mundo ofrece ayuda á los miserables, encomendémonos á su intercesion é imploremos su patrocinio *Conc. de Dom. nos tr. n. VI.*

Y si ella es la guardiana de los justos y el refugio de los pecadores, á Ella recurriremos en todas las borrascas, y lluvias, y adversidades: á ella en la peste, en la guerra, en el hambre y en toda tribulacion. Ella será nuestra proteccion y refugio, nuestro único remedio, y socorro y asilo. Asi como los polluelos, al ver volar sobre ellos al gavilan, se esconden debajo de las alas de la gallina, asi nosotros nos escondemos, Señora, bajo el amparo de tus alas. No conocemos otro refugio que el de tu proteccion: tú sola eres la única esperanza nuestra en que confiamos; tú sola nuestra patrona á quien acudimos. *In Nativ B. V. Conc. III. n. VI.*

XXXV.

MODO DE ALABARLA.

No hay que fatigarse en representarnos á la Virgen en cada una de sus virtudes, en ponderar y engrandecer en particular sus dones, gra-

cias y excelencias; pues para exaltar su inmensa grandeza basta decir que María es aquella «de la cual nació Jesús, que sellama Cristo (Mart. 1.)» Este breve elogio la circunscribe perfectamente y nos explica toda su historia. Esto solo exalta más á la Virgen, la engrandece, la describe y la manifiesta más que si se escribieran mil libros en alabanza suya: «de la cual nació Jesús.» Jesús es el Hijo de Dios, «el replandor del Padre y el candor de la luz eterna (Sap. 7.)» la hermosura y la gloria del mundo «á quien los ángeles desean mirar (II Pet. 1.)» y todo el orbe imitar. Bastando esto solo para enaltecer y alabar á María, no se necesita de historia más larga. Por esto, poco nos habla el Evangelio de ella, ya que lo dicho es suficiente recomendacion. Y sino, ¿que se podrá decir de la Virgen? ¿que fué humilde, pura, santa adornada de virtudes y llena de gracia? ¿Acaso la Madre de Dios habia de ser soberbia, iracunda é impura? ¿que gloria, que belleza, que virtud, que gracia no convenia que tuviera la Madre de Dios? «Hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la fundó (Salm. 8.) «Cual no se la fabricaría el supremo Artifice que habia de nacer de ella? «Solo el decir que la Virgen fué Madre de Dios, dice San Auselmo, excede todas las grandezas que puedan imaginarse despues de la de Dios.» De aqui es que si Tulio, Homero, Demóstenes, Virgilio y los más excelentes retóricos, se propusieran alabarla en todas sus partes, de muy lejos no llegarán á la cumbre de sus excelen-

cias. María, dice S. Fulberto, es aquella mujer coronada de doce estrellas, que está propuesta á todos los santos para modelo, como la que está revestida de todas las gracias y adornada de todas las virtudes, reuniendo en sí ella sola todos los dones de la naturaleza y de todas las criaturas. *Conc. III. in Nativ. B. V. M. n. V.*

XXXIV.

SEMEJANZA ENTRE JESUS Y MARIA.

Los hijos suelen ser semejantes á sus padres y recibir unas cualidades de su padre y otras de su madre, y se forma de los dos en el hijo una tercera mezcla ó semejanza. Más Nuestro Señor que todo era de la Madre en la humana naturaleza porque en la tierra no tenia padre, fué todo muy semejante á su Madre, en la figura y en el rostro, segun nos aseguran los que vieron sus verdaderos retratos, diciendo que jamás ha habido un hijo más semejante á su madre en el aspecto y costumbres, en las palabras y porte, como Jesus y Maria. Si María pues fué humilde, mansa, benigna, pobre, purísima, prudentísima, piadosísima, modesta y sobria; Jesus fué tambien humilde, manso, benigno, pobre, purísimo y prudentísimo, piadosísimo, modesto y sobrio En una palabra la Madre no fué sino una verdadera imagen del Hijo,

en todas las cosas, y asimismo el Hijo una figura la mas expresa de su Madre. Todos los otros santos trabajaron segun sus fuerzas en asemejarse á Jesucristo, en copiarlo en si y en imitarlo, ya que en esto consiste toda nuestra perfeccion; pero ninguno lo logró perfectamente sino solo en parte; el uno en la humildad, el otro en la castidad, el otro en la mansedumbre: su Madre sola lo imitó con toda perfeccion, copiando en si todas sus gracias y virtudes, si bien en el Hijo los colores eran mas perfectos á causa de su divinidad. San Jerónimo nos lo dice: «Toda la plenitud de gracias que Jesucristo tenia, la tuvo tambien su Madre, si bien no de la misma manera.

Fué pues la Vírgen una perfecta sombra del Hijo, y el Hijo fué sumamente semejante á su Madre, de modo que, asi como en el cielo cual es el Padre, tal es el Hijo, asi tambien en la tierra cual es la Madre, tal es el Hijo. Si pues las costumbres y cualidades de la madre se comunican en el hijo, ¿cual debió ser aquella Madre, de la cual habia de proceder y nacer aquella celestial forma é idea del mundo, aquel espejo tersísimo en quien todos desearan mirar, aquella hermosura de virtudes que todos debieran imitar? Si San Juan Bautista, porque debia ser solamente testimonio de Jesucristo, fué tan perfecto; la Vírgen Madre que lo habia engendrado semejante á sí, transfundir en él sus costumbres y su vida, debia ser superior á la mas inponderable perfeccion. *Conc. III. in Nativ. B. V. M. n. IV.*

XXXVII.

EXCELENCIAS DE LA VÍRGEN.

Son sobre toda ponderacion las que le fueron concedidas por Dios como á su verdadera Madre. Y sino, ¿cual convenia que Dios no le concediese? ¿cual no le podia conceder? ¿cual no le queria conceder? Si pues convenia, podia y queria concedérselas todas; luego todas le fueron concedidas. Maria es la urna en que se escondia el maná, el Santo de los Santos sacratísimo, el tabernáculo santísimo. ¿que podrá decirse de Vos, ó Vírgen Santísima? ¿A quién podrá ser comparada, á quien asemejada la Vírgen hija de Sion? Si á la feraz y fructífera tierra hermoçada con la variedad de sus plantas y de sus flores, Vos sois mas fecunda. Si al cielo adornado de estrellas, Vos estais mas adornada por vuestras virtudes y sois mas capaz que él, pues que pudo contenerse en vuestro seno Aquel que no cabia en los cielos. Si á las santísimas mujeres del antiguo Testamento, jamás se ha visto, ni jamás se verá otra que os haya sido semejante. Si á las potestades angélicas, Vos, Madre de Dios, sois exaltada en los celestiales reinos mas que todos los coros de los ángeles. ¿A quién podremos compararos? Mi elegida es sola, es una sola, es única en su clase y no puede tener igual,

porque todo cuanto está unido á Dios, si no está hipostáticamente unido á él, os es inferior. Dios solo os es superior, y todo lo demás os está sujeto. ¿A quién podreis ser comparada? El sapientísimo Salomon, como no podia ponderar vuestras innumerables virtudes por una sola comparacion, se sirve de várias, y por medio de ellas os nos describe. Asi es que os llama *Cedro*, por vuestra elevacion; *Palma*, por vuestra gloria; *Olivo*, por el aceite de vuestra misericordia; *Plátano*, por vuestra belleza; *Bálsamo*, por la fragancia é incorrupcion de vuestras virtudes; *Mirra*, por vuestra preservacion. Sois, Señora, la mas perfecta y cabal, la mas excelsa y excelente de todas las criaturas. *Conc. III. in Annunt. n. I.*

XXXVIII.

VIRGEN Y MADRE.

Oyes, Vírgen, que has de ser Madre de Dios, y aun dudas preguntando: «Como se hará esto,» Ángel de Dios? Que se haga como se quiera, tu serás Madre de Dios sin dejar de ser Vírgen. Este misterio lo tienes anunciado por los profetas. Atiende: asi como la zarza ardia y no se consumia, la maternidad no destruirá tu virginidad. Serás vestida y circundada del Sol, y tu virginidad no padecerá detrimento. Lo vestirás de carne y el se vestirá de hermosura: lo

vestirás con el cuerpo y tu serás vestida de Dios. Lo coronarás con la diadema de nuestra mortalidad, y él se coronará con la diadema de la gloria. Serás Vírgen, pero fecunda: serás madre, pero incorrupta: tendrás los gozos de madre con el honor de la virginidad. En ti sola estarán asociadas la virginidad y la maternidad. ¿No sabes como el rocío del cielo bajó en el Vellon de Gedeon sin dividirlo? Acuérdate pues que está escrito; «Como la lluvia en el velloncino bajará (Salm. 71.)» el Señor en tu vientre. ¿Que prefiguraba aquella puerta de Ezequiel que estaba cerrada, y por la cual no habia de pasar varon, porque el Señor entra y sale por ella, sino que el claustro de tu virginidad no sería jamás abierto? No temas, pues, ó Vírgen, por tu virginal pureza, porque no conocerás varon: «el Espíritu Santo bajará sobre ti, y la virtud del Altísimo te hará sombra.» *In Annunt. Conc. III. N. III. IV.*

XXXIX

MARIA FUNDADORA DE LA VIRGINIDAD.

María es la verdadera fundadora de la vida y profesion virginal, la primera que empezó á guardarla, que la enseñó á los hombres, encontrando el secreto de vivir en carne como un angel. Antes de ella la virginidad perpétua era un oprobio, pues la ley maldecia á la esteril.

Por esto Jefe lloró, ántes de morir, su virginidad, lamentándose de morir Vírgen, es decir, porqué moria sin dejar hijos. Tales ejemplos tenias, ó Vírgen, en la ley antigua. ¿En donde pues aprendiste, ó leiste que la pureza virginal era agradable á Dios, para consagrarte la primera de todas con perpétuo voto? Sin ejemplo la abrazaste, y sin ejemplo la confirmaste con voto: y de tal modo estabas firme en ella que no diste consentimiento á las palabras del angel sin haberte asegurado antes que tu virginidad permanecería sin detrimento. *Conc. II. in Nativ B. M. n. VI.*

Tú, Vírgen régia, pues tienes el primado entre las Vírgenes, tú eres su primera capitana y Maestra, tú el modelo de la virginidad, tú la primera inventora, instituidora y fundadora de esta religion sagrada. No es S. Agustín, ni San Benito, ni S. Francisco, ni Sto. Domingo, ni algun otro de los Santos Padres el autor de conservar la pureza, sino que es la Vírgen Sagrada, la Madre de Dios la primera que encontró este camino y lo enseñó á los hijos de Adán; la primera que hizo voto de ella, que nos la enseñó y que nos provocó á ella con su ejemplo. *In Annunt. B. V. M. Conc. I. n. VI.*

XL.

MARIA ABOGADA.

Aunque «tengamos al Hijo abogado para

con el Padre (I. Joan. 2.),» nos es necesario que la Madre sea abogada para con el Hijo; porque no solo es Dios ofendido por nuestros pecados al violar sus divinos preceptos, sino que tambien lo es el Hijo de Dios, cuya sangre pecando conculcamos volviendo de nuevo á crucificarlo. Asi como pues es preciso que el Hijo interceda para con el Padre, así lo es que la Madre interceda con el Hijo. Por esto dice S. Bernardo: «el Hijo muestra al Padre su costado abierto y sus llagas, y la Madre muestra al Hijo su seno y sus pechos.» Es Maria por lo tanto una abogada idónea porque es purísima; idónea porque es aceptabilísima; idónea porque es piadosísima, cuales tres cualidades se requieren para ser verdadera Abogada nuestra. *Conc III In Nativ. B. V. n. VIII.*

XLI.

HERMOSURA.

La Santísima Virgen María estuvo adornada con las perlas de todas las virtudes y brilló igualmente por la doble belleza del alma y del cuerpo. (*Conc. in Natal. Dom. VIII. n. IV*) Verdaderamente hermosa y dos veces hermosa fué por cierto. Hermosa en el rostro, pero mas hermosa en la fé, hermosa en el alma, hermosa en el gozo interior, hermosa en el ministerio exterior: hermosa al ser concebida, hermosa

cuando concibió: hermosa en el destierro de Egipto, hermosa en el reino de los cielos. Mas su hermosura interior no puede comprenderse, y por esto es mucho mejor alabarla con el silencio. En los Cantares se dice: «Sin lo que está oculto interiormente (cap. 4.)» Como si dijera: Tu belleza exterior, hermana mia, puede ser contemplada de los hombres; pero la interior solo es conocida por Dios, que la enriqueció con tantos dones. Solo Dios conoce los secretos de tu mente, la grandeza de tus gozos, los éxtasis de tu amor, y las inefables riquezas de tus virtudes que se dignó acumular en ti con gracia especial. *Conc. III, in Assumpt. B. V. n. VI. VII.*

XLII.

OJOS.

¿Cual seria la hermosura de aquellos ojos y la belleza de aquel rostro que con una sola mirada hirió al Rey de la majestad? «Has herido, le dice, mi corazón, hermana mia, esposa, con uno de tus ojos y con un cabello de tu cuello (Cant. 4.)» Y como si no pudiera sostener su graciosa mirada, se exclama herido: «aparta tus ojos de mi, porque me hicieron volar (Cant. 6.)» ¿Y de donde le obligan á volar, sino del seno del Padre al vientre de la Virgen Madre? Tambien le dice: «Tus ojos son

de palomas (Can. 4), manifestandose como cogido de ellos y complacido en ellos cuantas veces observa la hermosura de sus ojos y pondera la belleza de su rostro. Se dice que son como los de las palomas, porque asi como estas aves cuando comen no fijan los ojos en tierra, sino que apenas ven el grano los levantan al cielo; así los de Maria, los cuales, pasando rapidamente por las cosas de este mundo, se fijan unicamente en las del cielo, pues que de tal manera se aplicaba al servicio de su Hijo y de su esposo José, que no se apartaba jamás de una santa contemplacion. *Conc. III. in Assumpt. B. V. n. VI. VII.*

Nótese tambien que la Virgen Nuestra Señora miraba con uno de sus dos ojos á Dios y con el otro al pecador, y si con el uno hiere á Dios, con el otro mira favorablemente á los hombres, para venir con la mayor frecuencia al socorro de nuestras necesidades. *Conc. de Dom. Nostra. n. VI.*

XLIII.

VIRTUDES DE LA VIRGEN.

El Señor formó á la Virgen de marfil y de oro purísimo, es decir, la crió purísima é inmaculada, y le comunicó las virtudes de todos los órdenes de la Iglesia, esto es, de los patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, már-

tires, confesores, vírgenes y anacoretas. *Conc. in Concept. n. 1.* De aquí es que, así como el sol excede por su claridad inmensa á todos los astros del cielo, así María supera, después de su Hijo, á todas las criaturas racionales por el resplandor y hermosura de su virtud y de su gracia. *Ibid. n. VII.* Por esto también fué Ella la que atrajo con sus oraciones al Hijo de Dios del cielo á la tierra, habiendo invadido el Empireo, como dice S. Bernardo, con sus méritos y virtudes, é inclinado á su amor el ánimo del celestial Profeta que hospedó nueve meses en sus virginales entrañas. *Conc. in Expet. IX.* Si, el Padre eterno fabricó para su divino Hijo un palacio especial, una casa de oro, la Virgen Santísima que adornó de todas las virtudes como de muebles los más preciosos. *Conc. in Concep. XI.* Es María un libro de pureza escrito interior y exteriormente con el dedo de Dios, en el cual debemos leer la santidad, la pureza, la prudencia, la caridad, la mansedumbre, la humildad, y la plenitud plenísima de todas las virtudes, para que podamos correr en pos de ella á la fragancia de los aromas de su Hijo. *Conc. II. in, Annunt. IX.* De tal modo por fin estaba la Virgen Santísima adornada de virtudes, que las virtudes eran sus vestidos. «Está la Reina á tu derecha, dice el Salmo, con un vestido adornado de oro y engalanada con variedad de adornos.» Sobre esta variedad, dice S. Gerónimo, que los demás recibieron las virtudes por partes, pero en María se halla la

fortaleza de los mártires, la pureza de las vírgenes, la dignidad de los apóstoles, la santidad de los confesores, y la ilustración de los doctores, porque de todas estas virtudes se revistió la Virgen como de un vestido, mientras que con todas ellas resplandecen y brillan todos los Santos juntos. *Conc. V. p. I. n. X. in Assumpt. B. V.* Es decir, que cada santo brilló con una virtud particular, aunque estuviese adornado de las otras, al paso que en María estaban especialmente todas las virtudes de los otros, y de todas, como de estrellas brillantísimas, estaba adornada. «Vive el Señor, que de todas estarás vestida como del más precioso adorno (Isai. 49.)» *In festo omn. SS. Conc. IV. n. I.*

XLIV.

FÉ.

«Bienaventura porque has creído.» Muchas virtudes podía alabar Santa Isabel en la Virgen, pero solo eligió á la fé, porque había resplandecido mucho en ella en la Encarnación del Verbo. Y para que se vea cuán grande fué la fé en la Santísima Virgen, y con cuánta razón Isabel la alabe, obsérvese cuanto fué celebrado Abraán por su fé, diciendo de él la Escritura: «Creió Abraán á Dios, y esto le sirvió para su justificación.» *In Visitat. Conc. n. II.*

Por mucho pues que se diga en alabanza de

la fé de la Virgen, todo será inferior á lo que se merece, pues dejó con ella pasmado al mismo ángel, al dar desde luego credito no á cosas comunes y acostumbradas sino á misterios inauditos y estupendos que superan toda facultad y exceden toda inteligencia. Creyó que Dios se haria mortal, que un hombre Dios nacería de una Virgen: que la Virgen concebiría sin obra de varon, que pariría á Dios y que quedaría Virgen. ¿Son estas cosas que deban creerse con tanta facilidad? ¡O fé admirable! ¡O estupenda credulidad! Y siendo estos misterios tan asombrosos, no pide ejemplo, ni busca milagro, ni exige razon, ni requiere testimonio, ni se excusa con la dificultad, ni pide señal del cielo, ni prueba de la tierra. Creyó que una anciana habia de parir, y lo que es infinitamente más, que una Virgen pariría y que pariría á su Criador. Ni se rió como Sara detrás de la puerta del tabernáculo, y aun cuando jamás se habian oido palabras tales y tan maravillosas, dió fé al ángel que se las decia, aunque no se las probaba.

Compárese ahora esta fé de María con toda la fé de los antiguos patriarcas, que el apostol encomia tanto en aquel catálogo que nos ofrece en su carta á los Hebreos (c. 11.), y se verá que la fé de todos ellos comparada con la de la Virgen, es lo que una estrella respecto al Sol, una piedrecita respecto á un monte, una gota de agua respecto al oceano. La fé de Abraan se pondera allí más que la de todos los

otros, ¿más que es, comparada con la de María? Abraan cree que una esteril debe parir, María que una Virgen: Abraan cree que la esteril concebirá de varon:, María sin varon: Abraan cree que nacerá un hombre segun el orden de la naturaleza; María contra todo modo y costumbre de la naturaleza. Abraan cree que Dios puede resucitar al hijo que sacrifica, María que Dios puede nacer y morir para que se cumplan todas las promesas. Véase pues la diferencia de la una y de la otra fé, y cuanto más admirable sea la de la Santísima Virgen. *Conc. I. de Annunt. n. VII. Conc. III. idem. n. III.*

XLV.

AMOR DE DIOS.

De tres maneras es el amor para con Dios: natural, adquirido é infuso. Por el natural se ama naturalmente á Dios como á Supremo bien, del cual dependen todas las cosas: el adquirido proviene de la contemplacion de las criaturas y de los beneficios, grandeza, excelencia y bondad de Dios: el infuso, Dios lo dá, como y cuando quiere, á sus fieles, y éste se llama caridad segun aquello del Apóstol: «la caridad de Dios ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado (Rom. 5.).»

En éste triple amor la Virgen Santísima su-

peró á todos los Santos y elegidos de Dios; pues respecto al amor adquirido, conversando asiduamente con Dios, y notando continuamente en él nuevos indicios de su amor divino para con ella, recibia nuevos incentivos para corresponderle, con los cuales todos los dias se encendia y ardía más su corazón. En efecto, treinta y tres años estuvo con él dia y noche sin separarse de su lado, lo crió en la infancia, lo alimentó en la niñez, lo educó en la juventud y siempre con nunca desmentida fidelidad lo sirvió hasta la muerte, tratando con él todos los secretos de su corazón. ¿Qué incendio de amor pues no se encenderia en su pecho con tan frecuentes coloquios y conversaciones en una tan prolongada cohabitacion?

Aparece tambien que fué muy grande el amor divino que le fué infundido en que, concebida en gracia, siempre la fué aumentando con obras buenas sin pederla jamás. Saludada llena de gracia por el ángel en la Concepcion del Verbo divino, fué luego sobrellenada por la obumbracion del Espíritu Santo para que todos participen de su plenitud por medio de su Hijo. Despues, en el dia de Pentecostés, estando ya llenísima del Espíritu Santo, lo recibió de nuevo mas ámplia y plenamente que todo el Colegio Apostólico para que estuviese en ella abundante y sobreabundantemente, ya que no como á los otros, por partes sino en toda plenitud, le fué infundida la gracia. Y no siendo el amor infuso otra cosa que la misma gracia, ó un

apéndice de ella, en la que estuvo la plenitud de la gracia, ¿qué peso de amor infuso no habria tambien? Y ¿cuánto no se inflamaria en los resplandores y ardores divinos aquella, en cuyo vientre, como en una nubecilla, estuvo escondido por nueve meses el ardentísimo Sol de la divinidad? Es inponderable el amor que ardia en sus virginales entrañas.

En cuanto al amor natural por fin, además de aquel amor universal y comun á todas las criaturas para con el Criador, tuvo ella para con Dios un amor peculiar, propio de ella sola y mayor que todos los otros amores, á ningun otro concedido ni en la tierra ni en el cielo, cual fué el de Madre. Y sino ¿quién entre los ángeles ó entre los hombres ha podido decir á Dios: «Hijo mio eres tú: hoy te he engendrado» fuera de ella? El amor de madre para con sus hijos así como es el mas natural, es tambien el mas fuerte, de modo que aunque el hijo sea torpe ó abominable para los otros, la madre lo ama impulsada é instigada por la naturaleza. ¿Cuánto pues no amaria la Virgen á su único Hijo que era además el más bello, hermoso, sábio, obediente, lleno de todos los dones y gracias, excelente en virtud y sabiduria, y el más perfecto en toda clase de bienes que puedan desearse, y que era al mismo tiempo su Dios y su Criador? Además era su hijo todo suyo, todo de sus entrañas, pues no tenia padre en la tierra. El solo para ella sola, y ella sola para él solo. Su caridad es sobre toda

comparacion. *Conc. in Dom. XV. post Pent. n. I.—Con. IV. in Assumpt. n. III. y IV.*

XLVI.

FORTALEZA.

¿Cual mujer al parecer debió anunciar el Señor cuando dijo á la culebra: «Enemistades pondré entre ti y la mujer (Gen. 3.)?» Y para que no se dude que hablase de la Sma. Virgen Maria, óigase lo que sigue: «Ella quebrantará tu cabeza». Esta victoria fué reservada á Maria, pues sin duda alguna ella fué la que desmenuzó su cabeza envenenada, la que redujo á la nada todas las sugestiones del diablo tanto de parte de la lascivia de la carne como de la soberbia de la mente. Y que otra Salomon buscaba cuando decia: «¿Quien hallará á la mujer fuerte?» como aquel sabio conocia la flaqueza de su sexo, la fragilidad de su cuerpo, lo resbaladizo de su mente, porque con todo habia leido que Dios la habia prometido y conocia que era conveniente que aquel que habia vencido á una mujer, fuese vencido por otra, admirándose sobre manera preguntaba: ¿quien hallará á la mujer fuerte? Como si quisiera decir con esto, si es verdad que de la mano de la mujer depende nuestra comun salvacion, la restauracion de la inocencia y la victoria del enemigo, es suma-

mente necesario que se provea Dios de una mujer fuerte, capaz de llevar á cabo una empresa tan grandiosa. Y para que no se crea que sea imposible el hallarla, añade profetizando: «De lejos y de los confines de la tierra su precio.» Esto es desde la mas remota antigüedad, desde un principio, desde antes de los siglos fué pronunciado que existiria. *Conc. in present. n. VI.*

XLVII.

CONTEMPLACION.

¿Que otra cosa fué la vida de Maria sino una contemplacion continua, un fervor perpetuo de devocion y un incendio de Espiritu jamás interrumpido? No se lee que la Sma. Virgen obrase en vida muchos milagros y prodigios, ó emprendiese largos viajes para la propagacion del Evangelio, ó hiciese copiosas limosnas, si bien no tenia medios para hacerlas, que curase enfermos, redimiese cautivos, edificase magnificos templos, ó dotase con riquezas los monasterios. «Toda la gloria de la hija del Rey está en su interior,» en su fervoroso corazon, «en bordes dorados;» esto es, en purísimos pensamientos, en ardentísimos deseos, en toda clase de virtudes, y en la variedad de ellas, segun se lee en los Cantáres: «¿Qué verás en la Sunamitis sino coros de escuadrones?»

sino escuadrones de virtudes? Y esto no porque le faltasen las obras exteriores de caridad, que eran en ella tanto mas excelentes y especiales, cuanto mas lo era la persona de Dios á quien servia, que los siervos del Señor. Pero sin que estas ocupaciones le impidieran el ejercicio de la contemplacion, segun de ella está escrito: «Yo duermo y mi corazon vela (Cant. 5.)» Exteriormente duermo ocupada en los oficios de piedad, pero interiormente velo ocupada siempre en la oracion. Desde que esta águila perspicaz fijó sus sublimes ojos en el clarísimo resplandor de la divinidad, jamás los volvió para mirar la tierra, absorta siempre en la grandeza de los misterios que se obraron en ella, y sumergida con toda su mente en aquel inmenso piélago de la divina claridad, como arrobada en un continuo éxtasis, segun dice el Evangelio: «Conservaba todas estas palabras meditando en su corazon.» Si á nosotros, aunque tibios y perezosos, nos sucede, que la contemplacion de los divinos misterios nos afecta y arrebatada, ¿qué sucederia á la Virgen que los habia visto con su mente y los habia experimentado en su cuerpo? Nosotros desfallecemos solo al pensar en ellos; ¿cómo podria ella sostener su inmenso peso, su celestial gusto, su divino ardor? ¿Cómo podia olvidar á Dios que habia un tiempo llevado en su vientre, y despues en sus brazos y en su pecho? ¿Por ventura una madre puede olvidar al hijo de sus entrañas, y á un hijo tal y tan grande? Por lo

demás, ningun mortal puede conocer los sublimes y celestiales goces que en esta vida le comunicára el Espiritu Santo. Ella sola podrá comprenderlos en algun modo, ya que sola pudo experimentarlos, irradiándola el Espiritu Santo y haciéndole sombra al mismo tiempo. *Conc. IV in Assumpt. I. II.*

XLVIII.

HUMILDAD.

Apesar de haber sido la Virgen tan eminente bajo todos los conceptos, ni la mas imperceptible huella de soberbia pudo notarse en ella, Muy al contrario, cuanto mas elevada estuvo en dignidad y en gracia, tanto mas humilde se vió en si misma. Prodigiosa fué por cierto tan admirable humildad en presencia de tan elevada virtud. Que el pecador oprimido por el peso de sus pecados se humille hasta la nada, esto no es tanto humildad como verdad; mientras que es «gracia sobre toda gracia (Eccl. 26.)» hermosura sobre toda hermosura, la humildad en la virtud. De aquí es que en los Cantares se le dice: «Hé aqui que eres hermosa (Cant. 1.)» Es doblada hermosura la pureza en la humildad y la humildad en la pureza, No es de admirar que los Santos, aun lo mas eminentes, hayan sido humildes, porque todos han tenido que humillarse. Pero en vos, ó María, ¿porqué la humildad y tan

grande humildad? No hubo en vos la mas leve mancha de ninguna clase; sino que fuisteis toda heróica, resplandeciente, candida, pura, nivea y sobre toda ponderacion ilustre. Esta si que es verdaderamente humildad, rebajarse á si misma en la sublime cumbre de las virtudes y reputarse pequeña á los propios ojos en medio de la más elevada dignidad. Admirable, estupendo y glorioso prodigio para todos los siglos el ver unida tanta grandeza con tanta humildad, sin engreirse en lo más mínimo con tanta elevacion. *Concio. I. in Annunt. n. VIII.*

XLIV.

MODESTIA.

La modestia de la Virgen resplandece en presencia del Arcángel S. Gabriel, pues al oír su embajada que le expresó con muchas palabras, guardó ella el mayor silencio. No hay modestia tan digna en una Virgen como la del silencio. Así es que María no interrumpe al Angel mientras habla, no violenta su respuesta, sino pronta á escuchar, tardía en hablar, oye ántes con calma y despues responde con prudencia. Le deja que hable largamente, cuanto quiere, mientras que ella es sobre manera breve en su respuesta: ni rompe el silencio hasta que conoce que se trata de la pureza, cuya solicitud sola la obliga á hablar. «¿Como se

podrá hacer esto, si yo no conozco varon (Luc. I.)?» *Conc. I. in. Annunt. B. V. n. V.*

L.

PRUDENCIA.

La Santísima Virgen dió prueba de su admirable prudencia, cuando en la embajada del Arcángel, «pensaba cual seria aquella salutacion» que le traia. Pensaba, digo, como prudentísima, discretísima y sapientísima, para no ser en caso engañada con alguna ilusion, y ponderaba la palabra del Arcángel con el sutil exámen de su inteligencia, para no creer facilmente y ser engañada, ó retardar el consentimiento y hacerse culpada. No creyó facilmente María al angel que le hablaba, porque la Madre Eva habia creido ligeramente á la culebra. ¡Que diferencia entre una y otra mujer! Si la cabeza de Eva no hubiese sido ligera, hubiera podido ver en la figura misma de la serpiente el engaño que le proponia. María, aunque le hablaba un angel, y la saludaba llena de gracia, asegurándole que el Señor estaba con ella, como prudentísima, no le dá fácil asenso, apesar de su hermoso aspecto y santo lenguaje, sino que «pensaba cual seria aquella salutacion.» *In Annunt. Conc. I. n. III.*

Otra prueba de esta virtud dió tambien, cuando, pensando S. José dejarla por verla en

cinta é ignorar el misterio, no le comunicó la Virgen el secreto, sino que, como prudentísima, esperó el remedio del Señor. *Conc. in Visitat Postilla n. III.*

Sabia el dia de la Resurreccion que el Señor habia resucitado ya, y sin embargo como Virgen prudentísima, nada dijo á las mujeres al ver que, pasado el Sábado, se preparaban para ir al sepulcro, porque conocia que no creían todavia en la Resurreccion. *Con. III. in Resurr. n. IV.*

LI.

PUDICICIA.

Al turbarse la Virgen en el primer aspecto del angel, y al volverse pálido su rostro por el temor, dió prueba de su pudor y verecundia. No hay cosa más tímida y pávida que una virgen casta, porque conoce que guarda en un vaso de barro un precioso tesoro. Maria pues se averguenza en la presencia de un ángel, para que las vírgenes aprendan á huir la compañía de los hombres. *Con. I. in Annunt. n. III.*

LII.

SILENCIO.

La Santísima Virgen, Madre de Dios Señora del

mundo y Reina de los cielos y de la tierra, habiéndose celebrado en su purísimo vientre por virtud divina un misterio el mas inefable, lo guardó secreto del tal modo que nadie lo conoció por ella. Siempre se calló y lo tuvo oculto hasta que lo descubrió el mismo Dios á su prima Santa Isabel. Y entonces fué cuando ella llena de espíritu rompió el silencio y, dando libertad á su lengua, entonó aquel admirable cántico: «Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se ha alegrado en Dios mi Salvador.» Desahogado de este modo su espíritu oprimido del peso de tanto silencio, descansó entonces: y el misterio quedó revelado, revelándolo el Espíritu Santo. Despues volvió á callar y tener escondido su secreto, aún á su mismo esposo San José, apesar de saber que este reconocia los señales de su virginal preñez, y lo mucho que padecia por no poder explicárselo, hasta que el ángel le reveló el misterio para que depusiese toda sospecha. Imitemos el silencio de la Virgen Santísima, imitemos su humildad. *Conc. I. in Assumpt. n. IX.*

LIII.

VIRGINIDAD.

María es verdaderamente una Virgen singular y única, pues respeto á ella ninguna le es semejante, y en cuya comparacion toda vir-

ginidad parece corrupcion, pues basta para las otras el ser enteras en el cuerpo, el ser intactas en la carne; les basta si vencen, si no succumben. María es toda vírgen y de todos modos: vírgen en la carne, vírgen en la mente, vírgen en el cuerpo y en el alma; vírgen en la vista y en el tacto; vírgen en el pensamiento y en el afecto; vírgen en la obra, en el espíritu, en el sentido, vírgen plenísima, vírgen purísima, vírgen intacta de cuerpo, de alma, de entendimiento y de corazon, no solo de toda concupiscencia, sino tambien de toda mancha de pecado y de todo contacto de vicio: vírgen sagrada, limpia é inmaculada, que sobre las otras tenia esto de propio, que (por decirlo así) virginizaba á los que la miraban. Habia pues en ella, para usar de la palabra del profeta (Zach. 9.), una virginidad que producía vírgenes. Cosa admirable y gracia estupenda es por cierto el tener una belleza sobre toda ponderacion, un rostro sobre manera hermoso y no solo no provocar á los que la miraban, sino hacerlos antes bien mas honestos y santos. Diré en una palabra lo que pienso sobre esta Vírgen dignísima. Entiendo que su cuerpo de carne era como de plata ó de cristal; tan lejos estaba de su mente y de cuerpo toda sensacion ó mancha libidinosa. Tal es la pureza de María, tal su virginidad, y por esto agradó al Altísimo de modo que fué mas estimada ella sola que todas las otras, y que por esto fué elegida para ser Madre de Dios. *Conc. I. in fest. Annunt. n. VI.*

LIV.

OBRAS DE MISERICORDIA.

La Santísima Vírgen ejercitó para con su divino Hijo todas las obras de misericordia. Para que se vea mas difusamente expliquemos cada una de ellas en particular.

Primeramente lo recibió peregrino y le dió hospitalidad: si, á aquel mismo que se llama peregrino por boca del Profeta (Salmo 38.) y al cual los discípulos que iban á Emaus le dijeron: «¿Tú solo eres peregrino en Jerusalem (Duc. 24.)?» Y á este celestial viajero, esta mujer le dió un vestido estrecho, pobre y ligero, pero limpio y purísimo, esto es, tejió para él una tela riquísima y mundísima, es decir, aquella carne sacrosanta que el Espíritu Santo, artífice sapientísimo, tomó de su virginal sangre en sus entrañas castísimas. Asimismo lo alimentó famélico con la leche abundante de su pecho: si, al mismo pan del cielo alimentó, al pan de los angeles sació con su pecho lleno del cielo.

Y no solo esto, sino que tambien lo redimió siendo cautivo, y le dió su humanidad para que la diera como precio de redencion del género humano. Visitóle tambien enfermo estando reclinado en el estrecho lecho de la cruz; «pues estaba en pié junto á la cruz su Madre» toda

pálida y llorosa: y tambien le dió sepultura despues de fallecido. Todas las obras de piedad pues cumplió esta divina Madre con su amantísimo Hijo, sin desistir jamás en prestarle toda clase de obsequios. *Conc. I. in Assump. B. V. M. n. III. IV. V.*

LV.

FIGURAS DE MARIA

EVA.—Eva en el estado de inocencia fué hermosa, honesta, inocente, sabia; Maria Virgen humilde y mortal. Aquella nos dió la muerte, esta la vida: aquella criatura de Dios, esta madre de Dios: aquella ruina del mundo, esta remedio: aquella formada sin pecado de una costilla, esta concebida sin pecado. *Conc. in Concept. n. II.*

DALILA.—Sansón quedó prendado de la hermosura de Dalila, y engañado, fué entregado á la muerte. Así el Sansón fuerte, el Dios de las venganzas, atraído por la hermosura de la Virgen, se hizo hombre de ella y fué crucificado por los judíos. *Conc. in Concept. VII.*

ESTER.—La ley general prohibia entrar en el aposento de Asuero. Vino Ester y entró, porque el Rey alargó el cetro y la tocó. El cetro real es la Cruz de Cristo, esto es, la virtud de la Cruz desde Adán el primer pecador hasta el último que ha de haber. A los

que toca la Cruz, los libra del contagio de la muerte; más la Virgen en el momento mismo de su animacion tocó el cetro, y fué preservada de la culpa original. *Conc. in Concept. n. X.*

JUDIT.—Como Judit, cuando dió la muerte á Holofernes, causó asombro á todos los que la vieron, porque admiraron su grande belleza, así la Virgen, vencido el demonio, cuya cabeza aplastó en su Concepcion, fué «asombro para todos, porque todos admiraron extremadamente su hermosura.» *Conc. in Cruc. n. VII.*

MUJER FUERTE.—Maria fué la mujer fuerte anunciada por Salomón, que vendría de lejos, esto es, de muy ántes, y de los últimos confines, es decir, fué desde el principio y ántes de los siglos prenunciada que seria. *Conc. in Present. B. V. n. VI.*

REBECA.—La Virgen Santísima, como Rebeca «Doncella muy honesta y Virgen hermosísima, y no conocida por ningun varón, habia bajado á la fuente y llenado su cántaro (Gen. 24.)» Habia bajado con la humildad, y agrado con la virginidad, y llenado su cántaro, de modo que el ángel, al saludarla, le dijo: «Dios te salve, llena de gracia.» Y de tal modo estaba llena que pudo beber de su agua toda la naturaleza racional. Bebió el nuncio, bebieron encorvados los camellos y quedaron saciados los ángeles y los hombres. *Conc. II. in Annunt. n. XI.*

SARA.—Maria no se rió como Sara detrás de la puerta, sino que dió crédito al ángel en

lo que le decia, aunque sin probárselo. *In Annunt. Conc. III. n. 3.*

SULAMITA.—«¿Qué vereis en la Sulamita sino coros de escuadrones,» ó un escuadron de coros? Están escondidos en ella los coros de las gracias, los escuadrones de las virtudes, los órdenes de los méritos. Cualquiera otra alma es ya grande si llega ser escuadron de Dios; pero en la Virgen están escondidos los coros de los escuadrones y se esconden en ella coligadas todas las virtudes y gracias. *Conc. V in Assumpt. p. I. n. X.*

SUNAMITA.—Como otra Sunamitis preparó la Virgen para el Sumo Profeta, para el Señor de los profetas, una mesa, un candelero, un lecho. El lecho en el vientre, la mesa en el pecho, el candelero en el entendimiento. Descansó en su lecho, fué alimentado en su pecho, fué creído por su entendimiento. *Conc. I. in. Assumpt. n. II.*

THECUITIS.—Aquella mujer de Tecua que envió Joab á David para que le suplicase por su hijo Absalon, figura á la Santísima Virgen. «Finje, le dijo, que lloras y ponte un vestido de duelo.» Esto hace la Virgen en favor de los pecadores. Finje, que lloras por nosotros en presencia del Rey que está sentado en el trono para que alcances el perdon para el reo. *Conc. de Dom. nostra n. VI.*

ABIGAIL.—Abigail, esto es, la alegría de nuestro padre, segun se interpretaba. La alegría pues de nuestro padre Adan, la alegría de Jerusa-

len, hermosísima y prudente salió al encuentro de Dios y le ofreció el regalo, esto es, su mismo divino Hijo, oculto en pañales. *In Purificat. Conc. II. n. 5.*

LVI.

ALEGORÍAS BÍBLICAS DE LA VÍRGEN.

ABEJA.—Mucho se parecen la abeja y la Virgen, pues la abeja produce solo por el calor del sol, es pudicisima y produce los frutos mas dulces. *Conc. II. S. Doroteo VII.*

ABISMO.—Es la Virgen un abismo profundo de misterios y de virtudes; y nadie podrá penetrar ni los misterios que en ella se cumplieron, ni las virtudes que Dios le concedió. *Conc. V. in Annunt. n. IV.*

AGUILA.—Águila es la Virgen porque penetra con su vista la luz inaccesible del Sol, mas que todas las otras puras criaturas; y asi como el águila es la reina de las aves, asi la Virgen es la Señora de los espíritus. Esta águila en su elevado vuelo mira á los pecadores para arrebatarlos al cielo con las uñas de su caridad; protege *con sus grandes alas* á toda la iglesia, llegando *con sus largos miembros* desde el infimo pecador hasta el mismo Señor de los ángeles, sin que nadie deje de participar de su largueza, y *está llena de las plumas* de todas las virtudes y *de la variedad*

de todos los dones y gracias del cielo (Ezeq. 17.) Esta águila vino al Libano de la claridad desde el Libano de la pureza, y volando muy alto tomó el meollo del cedro, porque mas que todas las criaturas penetró en los arcanos, riquezas y glorias de la divinidad, siendo tal su bienaventuranza en el cielo que la gloria de todos los otros Santos parece superficial. *Conc. V. in Assumpt. n. IV.*

ALTAR.—Rogad conmigo al Señor para que me envíe un Serafin que purifique mis labios con un carbon encendido tomado del sagrado altar de la Virgen. *Conc. IV in Natal. Domini n. 1.*

ARA.—Maria es aquella Ara encendida en la cual estuvo escondido por nueve meses el sacrificio del mundo. *Ibid.*

ARCA DE DIOS.—que estaba llena del mayor de todos los tesoros. *Conc. V. in Annt. n. IV.*

ARCA DE NOÉ.—en la cual se salvó el género humano. *Conc. III in Annunt. n. I.*

ARCA DEL TESTAMENTO.—dorada por dentro y por fuera. *Conc. III in Annunt. n. I.*

AURORA.—Maria lo fué; colorada por la caridad y candida por la pureza. (*In Assumpt. Conc. V. n. VIII.*) El Sol de justicia al nacer de ella la hermoseó con colores purpúreos y la ilustró con rayos resplandecientes. *Conc. IV. in Natal Dom. n. 1.*

AZUCENA.—Asi como la azucena produce olor sin lesion suya, así la Virgen bienaven-

turada parió al Redentor sin ninguna corrupcion. *Conc. VIII in Natal. Dom. n. V.*

BÁLSAMO.—Maria lo es por la fragancia é incorrupcion de sus virtudes. *Conc. III in Annunt. n. 1.*

CABALLERIA de Salomon.—Jesucristo, verdadero Salomon, tiene en el cielo una admirable caballería, esto es la milicia de los ángeles: tiene tambien en la tierra otra caballeria en los carros de Faraon, cual es la de los Santos que en cuerpos rebeldes batallaron fuertemente. A toda esta caballeria es comparada la Virgen, pues descendiente de la carne y linaje de Adan, pero sin pecado, es asemejada á toda la caballeria de los Santos, porque ella sola tuvo todas las gracias de todos. Por esto se dice de ella que es «terrible como un ejército bien ordenado.» *Conc. V. in Annunt n. IV.*

CANAL.—Unánimes adoremos todos la fuente de la vida de cuya plenitud nos llenamos, nos rociamos y somos fecundados con la mayor abundancia por medio de la Canal que es su Madre Santísima. *Part. 1 Conc. V in Assumpt. B. V. M. n. X.*

CASA.—El Padre Eterno fabricó para su Hijo un domicilio especial, una Casa de oro, la Sma. Virgen, y la adornó de todas las virtudes como de muebles los mas preciosos. *Conc. in Concept. XI.*

CASTILLO.—No puede haber un castillo mas fuerte, mas firme y mas hermoso que la Vir-

gen sacratísima, cuya alma fué tan fortalecida por Dios que jamás se apartó de él, ni en palabra, ni en obra, ni en pensamiento alguno. *Conc. I in Assumpt. n. II.*

CARMELO.—La Virgen es la hermosura del Carmelo, porque toda la plenitud de los Espíritus celestiales y de las almas santas, y todos los dones, gracias y privilegios concedidos á los ángeles y á los hombres están en ella amontonados y reunidos. *Conc. IV in Annunt. n. III.*

CEDRO.—María es llamada Cedro por su elevacion. *Conc. III. in Annunt. n. I.*

CIELO.—*Conc. V. in Assumpt. n. VIII.*

CONCHA.—Como la concha se llenó el vientre de la Virgen con el rocío del cielo. *In Præsent. Conc. n. II,*

CUELLO.—La Virgen en el cuerpo místico de la Iglesia es el cuello, y Cristo la cabeza. *Conc. de Domina nostra n. IV.*

ESCALERA.—La Virgen es la escalera de Jacob, de la cual el un extremo descansa en la tierra, y el otro penetra en el cielo, uniendo la tierra con el cielo, mezclando los del cielo con los de la tierra: y por la cual los ángeles bajan á los hombres, y los hombres angélicos suben á los ángeles. *Conc. V. in Assumpt. n. VIII.*

ESCUDO.—Es como un escudo para todos los que la invocan. *Conc. in Dom. XV. post Pentec, n. I.*

ESFERA.—La Virgen es una Esfera cuyo centro es Dios. *Conc. in Præs. B. V. n. III.*

ESPEJO.—La Virgen se llama Espejo sin mancha, porque así como se requiere en el espejo el cristal y el plomo para que se represente en él la imágen, así en la Virgen hubo el cristal de la pureza y el plomo de la humildad: por esto la imágen de Dios Padre apareció en ella en carne. *In Concep. Conc. n. IV.*

ESTRELLA DEL MAR.—Es la Virgen María. *Conc. in Præsent. n. IV.*

FIRMAMENTO.—María es un firmamento más firme que todos los firmamentos, pues cogió y concibió á aquel que no puede caber en los cielos. En este firmamento puso Dios el sol y la luna, esto es, Cristo y la Iglesia. Además: el cielo estrellado se llama firmamento á diferencia de los otros cielos; así la Virgen respecto á los otros Santos es como el firmamento: y así como la influencia del firmamento se comunica á los otros cielos, así de la Virgen desciende la influencia de las gracias á toda la Iglesia, *Conc. IV. in Ascens. Dom. n. I.*

FUENTE.—Si se consideran las virtudes y gracias de la Virgen como comunicativas y públicas, es ella una fuente abundante. También es fuente el vientre de la Virgen, en el cual se contenía aquella agua viva que manaba para la vida eterna; pues que el celestial rocío encerrado en el, la convirtió en una fuente y no en una fuente cualquiera, sino, como dice su Esposo en los Cantares, en una «Fuente de huertos

y pozo de aguas vivas.» *Conc. II. in Annunt. n. X.*

FUENTE DEL PARAISO.—De esta fuente manan cuatro rios para regar toda la superficie de la tierra, es decir, de la Iglesia; pues que dá agua á cada uno de los estados de los fieles para extinguir su sed. El primer rio es el de las gracias para los justos: el segundo es el rio de las lágrimas para los pecadores: el tercero es el rio de los consuelos para los tristes: el cuarto es el rio de las doctrinas para los ignorantes. «Todos los que teneis sed, venid á las aguas (Isai. 55.)» Venid á la fuente de la gracia, á la fuente de la alegría, á la fuente de la suavidad, á la fuente de la misericordia: llenad los vasos de vuestras almas, porque no se disminuirá por ello la fuente. *Ibid. n. XI.*

FUENTE SELLADA.—Y muy sellada es esta fuente; porque es muy secreto é inaccesible el misterio de la Encarnacion del Verbo que se obró en ella. Sellada, dice S. Gerónimo, con el sello de la Santísima Trinidad, estando en ella escondido el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la bondad y caridad del Espíritu Santo, pues que toda la Trinidad obró este misterio. Los sellos con que fué sellada son siete. El matrimonio sin coabitacion, la fecundidad sin varon, la generacion sin concupiscencia, el parto sin dolor, la maternidad sin corrupcion, el preñado sin gravámen, la purificacion sin mancha. *Ibidem. n. X.*

GLORIA DEL LÍBANO.—La gloria del Líbano

consiste en haber proporcionado este monte la madera para el templo de Salomon, por esto la gloria del Líbano, ó Virgen, es tuya, porque de tu purísima sangre fué formado aquel templo del cuerpo del Señor por mano del Espíritu Santo. *Con. IV. in. Annunt. n. III.*

HIDRIA.—Lo fué el alma Sacratísima de la Virgen, á la cual el arcangel saludó «llena de gracia.» Tambien lo fué su vientre santísimo, mas capaz que el cielo, mas ancho que el universo. Llena la una de gracia, la otra debia llenarse tambien: «hé aqui, le dijo, concebirás en el vientre y parirás un Hijo:» ¡O agua que sale para la vida eterna, el Verbo de Dios! *Conc. IV. in Annunt. n. II.* Y ¿quien no bebe agua de este vaso? De ella bebe el Angel gloria, el justo gracia, el pecador perdon, el triste alegría, el cautivo indulgencia: todos beben de ella, y no disminuye. Hasta el Omnipotente bebe de ella y como embriagado de amor y olvidado de la majestad, corre hácia la amada y como el hijo del unicornio es cogido en el seno de la Virgen, y atado con los lazos de la humana carne. *Conc. II. in Annunt. n. XI.*

HUERTO.—En las grandes posesiones que Dios tiene, la Virgen es respecto á los otros Santos lo que un huerto respecto á los otros campos, siendo ella muy propiamente el huerto del Señor, que tiene en él sus delicias tanto por la amenidad de los frutos como por la hermosura y fragancia de las flores. *Conc. V. in Assumpt. n. II.*

HUERTO DE PLACER.—Fué criada la Virgen para el recreo del Señor, «como un huerto de placer.» Los otros se engrandecen para la utilidad de la familia, mas Dios crió é hizo admirable á la Virgen para su propio consuelo, formando en ella un delicioso huerto para si. *Ibid. n. III.*

HUERTO CERRADO.—Al cual no penetró jamás la mano del pecador para quitarle las flores. *Cerrado* con el muro de la preservacion contra el pecado, para que no penetrase en él, y con el de la confirmacion en gracia para que no pudiese pecar jamás. *Cerrado* para que ningun entendimiento humano pudiese comprender las innumerables riquezas de gracia y de gloria que Dios depositó en la Virgen. Dos veces *Cerrado* á causa del abismo de los misterios y á causa del abismo de las virtudes que contenia. *Ibidem III. IV.*

LÁMPARA.—De la Virgen está escrito: «no se apagará en la noche su lámpara:» pues como lámpara inextinguible brilló toda la noche de la presente vida, sin que por ninguna nube ó tempestad quedase apagada la luz de su fé y de su gracia. *Conc. I. n. Dom. SS. Trinitatis. n. I.*

LEY.—José, hijo de David, aquel Dios que escribió cosas admirables en su ley, hizo cosas maravillosas en su esposa. Lo que has leído en los libros, míralo en Maria con tus propios ojos. Ella es por cierto la ley. Aquel pues que escribió sin pluma palabras en las tablas, sin pluma tambien escribió el Verbo eterno con el dedo de

Dios, con el Espíritu Santo, en la Virgen sin obra de varon. *Conc. V. in Annunt. n. IV.*

LEONA.—Dicen los naturalistas que la leona pare sus cachorros como muertos y que al tercer dia con sus rugidos los dispierta: así nuestro Señor, al tercer dia de haber muerto, fué resucitado por los rugidos ó suspiros de su Madre Virgen. *Conc. IV. in Resurrect. n. VI.*

LUNA.—La Virgen brillando por doquier, como la luna, con sus virtudes, iluminaba con su resplandor á toda la Iglesia. *Conc. I. in Annunt. n. VI.* Siendo blanca la luna tiene en el medio cierta oscuridad; así la Virgen toda brillante alrededor en esta vida mortal, no tuvo á ménos el ser oscurecida con el color de nuestras penalidades, para que cuanto ménos brille por esta parte á los ojos terrenos, tanto más ilustre y exclarecida aparece á las superiores miradas de los ángeles. *Conc. in Concept. n. 4.*

LUZ.—Pueden verificarse en la Virgen estas palabras: «Yo hice que en los cielos naciese una luz indeficiente. (Ecc. 24.)» Tres son las condiciones de la luz. La primera, el ser la primera de las criaturas. La Santísima Virgen es la primera en la dignidad. La segunda, es el ser la más hermosa de todas las criaturas corporales: sin élla nada hay hermoso; todo es tético. «Quítese el sol, dice S. Bernardo, y todo será tinieblas: quítese Maria, y todo será tristeza y ofuscacion de espíritu.» La tercera condicion, es el ser universal, que lo ocupa todo. Así la Virgen no fué hecha ni en peso ni en medi-

da: dió para todos, llenó todas las cosas. Y así como el Sol de Justicia Cristo Dios hace nacer su luz sobre los buenos y malos, así la Virgen, cual luz indeficiente, hace brillar los rayos de su misericordia, se muestra á todos sin diferencia accesible y clemente, y se compadece con el mayor afecto de las necesidades de todos. *In B. V. n. VI. VII. VIII.*

MIRRA.—Lo es la Virgen por haber sido preservada. *III. Ann. n. 1.*

MONTE.—¿Qué monte hay que sea más alto que la Virgen sagrada? Ella fué exaltada sobre la cumbre de los montes, es decir, de los ángeles... De tí, pues, monte pinguísimo, destile la dulzura de la misericordia para los afligidos. *III. Dom. III. Adv. n. I.*

MURO.—Los muros son para defenderse de las acometidas de los enemigos. Que la tierra tiemble, que el demonio se enoje, María nos libra de todos los enemigos y nos defiende. Hé aquí como María es un muro, *Præsent. n. III.*

NAVE.—En la Virgen se encuentran provisiones para todas las gentes y naciones. «Es como la nave del mercader que trae su pan de léjos.» *Dom. IV. Quadrag. n. III. in Postille.*

NUBECILLA.—El Sol ardentísimo de la Divinidad estuvo escondido corporalmente nueve meses en su vientre como en una nubecilla. ¡Oh con qué resplandores y ardores la inflamaria! *Conc. III. in Assumpt. n. III.* Era nubecilla por la humildad, pues que era una nube muy grande la que encerraba á Dios en su se-

no. Era más capáz que el cielo esta nube. Nube, digo, lijera; nube sin pecado, formada de carne pasible, pero que se elevaba por el ardor del sol, esto es, del amor de Dios, y habitaba en el cielo por medio de la contemplacion. *II. Assump. n. IX.*

OLIVO.—Por el aceite de la misericordia. *III. n. Annunt. n. I.*

OVEJA.—Se oculta el leon en la oveja, Dios en la Virgen. *Ass. V. P. I. n. X.*

PALMA.—Por la gloria. *Ibiden.*

PANDORA.—En las ficciones de los Poetas se lee que cierta Pandora fué objeto de admiracion por su belleza para los mismos que la formaron: ésta nuestra Pandora fué objeto de admiracion y de amor para el mismo Dios, á quien agradó por su pureza, virginidad, humildad y toda clase de virtudes. *I. in Annunt. n. I.*

PARAISO.—En el cual Dios quiso ser visto por el hombre, por primera vez. *Conc. II. in Annunt. n. VII.* Paraíso de Dios, porque produjiste, para el mundo el árbol de la vida, del cual el que comiere, vivirá eternamente. *Conc. II. in Annunt. n. III.* Paraíso de Delicias, en el cual se pasea Dios al medio dia en el ardor de la caridad: y en el cual fué colocado el segundo Adan del cielo para trabajar en él y guardarlo. *Ibid. III. IV.*

PERGAMINO.—En el purísimo pergamino de la Virgen fué escrito el Verbo eterno sin nota

ni mancha de pecado. II. *in Nativ. B. V. M. n. VII.*

PERLA.—La Virgen fué al nacer una perla, porque su nacimiento fué con resplandor y no tuvo necesidad de ser trabajada y polida. Las perlas son las cosas de mayor valia. ¿Quién podrá decirnos el precio de esta perla? El valor de una perla depende de cuatro cosas: de su grandeza, de su brillo, de su redondez y de su peso. María fué grande: «encerraste en tu seno á Aquel que no puede caber en los cielos.» Fué resplandeciente: «Eres hermosa, amiga mia, y mancha no hay en ti.» Fué redonda: los otros santos eran de figura angular, porqué se distinguian más en unas virtudes que en otras; pero María fué toda redonda, porqué fué perfecta en todas las virtudes, en grado heroico. Su peso fué tal, que puesta la Virgen sola en una balanza pesa más que todos los coros de los ángeles y que todos los Santos, de modo que si fuese posible que una de las dos balanzas se perdiese, Dios preferiría la ruina de todas las otras criaturas, á la de la Virgen sola. *Concio in Præsent. III. IV.*

PIEDRA PRECIOSA.—La Virgen lo fué por la naturaleza en su nacimiento. *Ibid. n. III.*

PIELES DE SALOMON.—La Virgen fué hermosa como las pieles de Salomon, porque nadie imitó tanto las virtudes que Jesucristo practicó en esta vida, como ella, las cuales eran figuradas por las pieles de aquel monarca. *Conc. III. in Annunt. n. I.*

PLATANO.—La Virgen lo fué por su hermosura. *Ibid.*

PROPICIATORIO.—*Conc. V. in Assumpt. n. X.*

PUERTA DEL CIELO.—La Virgen Santísima es puerta del cielo, puerta de la celestial Jerusalem. *Conc. in Præsent. n. IV.*

PUERTA DEL CIELO Y PUERTA DEL MUNDO.—Por ella Dios entra en el mundo y el justo en el cielo, habiendo sido hecha la Madre de Dios puerta para todos. *Conc. V. in Annunt. n. V.* Puerta del mundo para Dios, puerta del cielo para el mundo. *Conc. in Dom. XV. n. I.*

PUERTA CERRADA.—Porque María fué siempre pura; virgen en el parto y virgen despues del parto: ha sido puerta cerrada para aquel que despues de su resurreccion entró en el cenáculo estando las puertas cerradas. *Ibidem.*

PUERTA ORIENTAL de Ezequiel, siempre cerrada é iluminada, cubriendo en sí y descubriendo en sí el Sancta-Sanctorum; por la cual el Sol de justicia y Pontífice nuestro segun el orden de Melquisedech solo entra y sale. *Ibid.*

PUERTA DE MISERICORDIA.—Lo es, porque como madre nos lleva á su Hijo, para que el Hijo nos lleve al Padre. *In Præsent. Conc. n. IV.*

PÚRPURA.—María es la púrpura del Rey de la cual fué teñido aquel vestido sin mancha y sin arruga de la humanidad de Cristo. *In Concept. Conc. n. IV.*

SANTA-SANCTORUM.—María fué como el Sancta-Sanctorum reservadísimo. *Conc. III. in Annunt. n. I.*

SARON.—Es un monte humilde en que hay muchas hierbas odoríferas y significa á la Iglesia. En María pues está la hermosura de Saron, esto es, las virtudes de todos los santos de la Iglesia. *Conc. IV. in Annunt. n. III.*

SOL.—Fué elegida como aquel Sol, criador del Sol, lo fué entre millares. *In Concep. n. VIII.*

SOLIO.—María es aquel sólio en el cual el profeta nos dice, que vió sentado al Señor. *Conc. IV. in Annunt. n. I.*

TABERNÁCULO.—Es el que el Altísimo santificó. *In B. V. n. III.*

TÁLAMO.—La Santísima Trinidad eligió para sí á la Virgen para que fuese su sagrado Tálamo. *In Ann. n. IV.*

TEMPLO.—Es Maria aquel virginal templo que Dios llenó con su majestad, con sus virtudes, gracias y dones en un grado tan eminente que no se hallan virtudes más superiores á las suyas, que las de aquel que está sentado en el trono. *In. Annunt. n. I.* Eva fué el primer templo, María el segundo: pero es mayor la gloria de este último que la del primero pues, que Eva nos mató y María nos dió la vida. Aquella es criatura de Dios, y esta Madre de Dios. *In B. V. n. II.*

TIARA.—Fué figurada aquella Virgen por aquella tiara del Pontífice que era de oro purísimo y se ponía sobre todos los ornamentos en su frente: en la cual estaba gravado «Lo Santo del Señor.» Esta Virgen toda de oro,

toda divina, es colocada sobre todos los vestidos, sobre las doce piedras, sobre la túnica talar, el racional y el humeral en la frente del Pontífice. es decir, sobre todos los apóstoles, Mártires, Doctores, Patriarcas y Profetas señalados por aquellos. *In Nat. B. V. M. n. VII.*

TIERRA.—Comparada la Virgen con la tierra fértil adornada de plantas, de rosas, y de flores, es todavía más fecunda. *In Annunt. n. I.* Es la tierra virginal de la cual dice el Salmo: «La verdad ha nacido de la tierra (Salm. 84.),» esto es, de la Santísima Virgen Maria. *In Annunt. n. I.*

TORRE.—El alma de la Virgen fué una torre muy fuerte que no pudo ser expugnada por ningun fraude del demonio; torre fundada sobre la firme piedra con inmovil fundamento en los montes santos. *In Ass. B. V. n. II.*

TORRE DE DAVID.—En verdad lo fué de aquél David, que postró en el monte calvario al orgulloso Goliat con cinco piedras tomadas del torrente, esto es, con sus cinco llagas y con el báculo de la cruz. *Conc. I. in Assumpt. n. II.*

TRONO.—Las otras almas son sillas, más la Virgen es un trono real, figurado por el trono de Salomon. *Conc. IV. in Assump. B. V. n. I.* El trono del pacífico Salomon, nuestro Señor Jesucristo, es la Virgen, á la cual hizo de marfil y oro purísimo, porque la crió purísima é inmaculada. Los seis grados figuran las vir-

tudes de todos los grados de la Iglesia que la Virgen tuvo: y los dos pequeños brazos su creacion y preservacion de pecado. *Conc. in Concep. n. I.*

TÚNICA.—Purpúrea en la lana y en la misma lana, y purpúrea sin tintura. Nosotros somos como los paños que son teñidos; mas la Virgen teñida de un principio por la gracia, de tal modo quedó de ella empapada que jamás perdió aquel color. *Conc. in Concep. n. IV.*

VARA.—En la cual no hubo ni el nudo del pecado original, ni la corteza del pecado venial. Muy bien se compara la corteza al pecado venial, y el nudo al pecado original; porque la corteza se quita facilmente de una vara, mientras que el nudo aunque se quite, queda sin embargo fijo en ella: del mismo modo pues se puede borrar el pecado venial, mientras que el original queda en la naturaleza y en sus efectos, aunque se quite respecto á la culpa. *Conc. in Concep. n. IV.*

VARA DE MOISÈS.—Que dividió en partes el mar rojo, que hace salir agua de la piedra para nosotros todos los dias, y que devora las culebras de nuestros pecados, y las culebras de las herejias. *Ibidem.*

VARA DE AARON.—Esta es la vara que concibió sin humor, es decir, sin semilla de varon. *Ibidem.* Que brotó sin humedad al concebir sin concupiscencia la celestial Flor. *Conc. V. in Assump. n. X.*

VELLON.—Es el vellon de Gedeon en la era

seca del siglo, sin division, esto es, sin corrupcion, empapándose todo del celestial rocío, esto es, del divino Verbo. *V. Assumpt. n. X.*

VID.—Asi como Jesucristo se interpreta en figura racimo, así la Virgen es llamada figuradamente con razon, vid, ó viña. El Eclesiástico dice: «Yo como la vid he dado fruto.» La vid comparada con los otros árboles, aunque tiene ménos cuerpo, produce mas fruto. La Virgen entre los Santos es menor por la humildad, pero su fruto es mayor. Su fruto, esto es, su divino Hijo, será exaltado sobre el Líbano, es decir, sobre todos los coros de los ángeles. ¡Oh Virgen, vid frondosa y fecunda, cuan lejos estienes tus sarmientos protejiendo y defendiendo á todos, con tu sombra! En el cielo y en la tierra haces participar á todos de tu fruto, dando alegría á los ángeles, perdon á los pecadores y gracia á los justos. *In festo S. Crucis n. I.*

URNA.—Es aquella Urna que contenia el dulcísimo maná del Cielo. *V. in Assumpt. n. X.*

ZARZA.—En la zarza que vió Moisés sin quemarse reconocemos, Santa Madre de Dios, conservada tu virginidad. Tú, Virgen dichosa, eres aquella zarza que ardia sin consumirse, pues aquella sombra era figura tuya, indicando tu sagrada virginidad no violada con el parto. *II. in Natal. Dom. n. II.*

LVII.

TÍTULOS QUE EL SANTO DÁ Á LA SMA. VÍRGEN.

ABOGADA—Le pedimos que como á tal vuelva á nosotros sus ojos misericordiosos. *Rogat. n. 1.*

ABOGADA.—para con el Hijo. III *in Nativ. n. VIII.*

ABOGADA DE PECADORES.—II *in Dom. II. post. Epiph. n. 1.*

ABOGADA DE LOS REOS.—II *in Dom. Pass. n. 1.*

ALEGRIA DE LOS ÁNGELES.—V. *in Assumpt. n. X.*

AMPARO—nuestro único. *in rogat n. 1.*

APOYO—de nuestro género. V. *in Assumpt. V. n. X.*

APLASTADORA DEL DEMONIO.—*in Assumpt. V. n. X.*

ARCA—Deifera, llena del mayor tesoro. *in Ann. n. VII.*

AUREOLA—De aromas formada por el celestial perfumero, reverdeciendo deliciosamente con las hermosas flores de todas las virtudes. *Annunt. n. III.*

ARMARIO—bellísimo de todas las gracias y riquísimo de manjares espirituales. *In Dom. IV. Quadr. in Postilla.*

ARMAMENTO—de los fuertes, porque en la Virgen están todas las virtudes de los Santos. *In Dom, XV. post Pent.*

AUXILIADORA—de los hombres. IV. *in Annunt. n. 2.*

BEATÍSIMA—V. *in Annunt. n. XI.*

BENDITA—por todos los siglos. V. *in Assump. n. X.*

BIEN COMUN. IV *in Annun. n. IV.*

CAMINO—por el cual el Hijo de Dios vino al mundo y por el cual el hombre va á Dios. Camino hermoso, camino puro, é inmaculado. IV *in Dom. II. Adv. n. VIII.*

CAPITANA—de las Virgenes. I. *in Annunt. n. VI.*

CARROZA—del verdadero Salomon. II. *in Annunt. n. VII.*

CASA—de la divina Sabiduría, fabricada sin ninguna forma de pecado. *Nativ. B. V. III. n. VI.*

CIELO—más adornado de Virtudes que el cielo de estrellas, y más capáz que el mismo cielo III. *in Annunt. n. I.*

COCHE—triunfal del Rey eterno. II. *in Annunt. n. VII.*

COLUMNA—del mundo. V. *in Assumpt. n. X.*

CONFESORA—en la Santidad VI. *in Annunt. n. X.*

CONSOLADORA—nuestra. V. *Ann. n. XI*

CONSUELO—universal. *Ibidem.*

CONSUELO—de los Discípulos en la ausencia del Hijo. V. *in Ascens. Dom. n. I.*

CORONA—de los hombres. V. *in Assumpt.* n. XI.

CORONA—nuestra. *Ibidem.*

CIENCIA—de las santas ciencias, porque así como el Sol precede con el brillo de su luz eximia á todos los luceros del cielo, así la Virgen supera á todas las criaturas racionales con el resplandor de su virtud y de su ciencia. *in Præsent.* n. IV.

DADORA—de la vida. V. *in Assumpt.* n. X.

DECHADO—de virtud. IV. *in Annunt.* n. III.

DESPOJADORA—del infierno. V. *in Assumpt.* n. X.

DESTRUCTORA—de la muerte. *Ibid.*

DESTRUCTORA—de las herejías. V. *in Assumpt.* n. III.

DISCÍPULA—del Salvador, que no por una hora, ni por un dia, ni por un año, sino por treinta años sentada á sus piés, escuchó sus palabras y las meditó en su corazón. III. *in Assumpt.* n. VII.

DONCELLA—hermosa de estirpe régia. *In Præsent.* n. V.

EJEMPLO—de religion. V. *in Annunt.* III.

EMPERATRIZ—de todas las criaturas II. *in Annunt.* n. VII.

ESPERANZA—única que reside en la derecha del Hijo. V. *in Assumpt.* n. X.

ESPOSA—de Dios. *Ibid.*

ESPOSA Y HERMANA DE CRISTO.—Esposa por la gracia y hermana por la naturaleza. *In Annunt.* n. VI.

FIRMAMENTO—que confirma los corazones en el fundamento. V. *in Ascens.* n. I.

FIRMEZA—de todas las virtudes. I. *Omn. SS.* n. 1.

FLOR—de las vírgenes. II. *in Annunt.* n. VII.

FORTALEZA—de los mártires. IV. *in Annunt.* n. III.

FUENTE—de gracia, de alegría, de suavidad de misericordia. V. *in Annunt.* XI.

FUNDAMENTO—de la Iglesia, habiendo sido fundada tanto la militante como la triunfante sobre la Sma. Virgen. IV. *in Annunt.* n. 1.

GLORIA—de las mujeres. V. *in Assumpt.* n. XI.

GLORIA—de las vírgenes. II. *in Annunt.* n. VI.

GLORIA—de nuestro linaje. IV. *in Annunt.* n. IV.

GOBERNADORA—de la Iglesia que presidió con el encargo de regirla. IV. *in Ascens.* 1.

GUARDIANA—de la Iglesia como quien la protege y guarda siempre. V. *in Ass.* n. III.

HABITACION—de la Divinidad. II. *in Annunt.* n. VII.

HERMANA—de Dios. V. *in Assumpt.* n. VIII.

HIJA—De Dios. *Ibidem.*

HIJA—De Adán. *in n.* 1.

HIJA—Del Rey. II. *in Nativ. B.* V. n. VIII.

HONRA—De toda la Iglesia. *Ibidem.*

HUERTO—De delicias. *Ibidem.*

IMPUGNADORA—De los demonios. IV, *in Annunt. n. III.*

INVENTORA—de la geacia con la cual somos reengendrados para Dios. VI *in Natali Domini n. V.*

LÁMPARA—brillantísima que nos alegró cuando ardiendo en resplandor divino apareció inmaculada en el vientre de su Madre. *in Concept. n. VIII.*

LUGAR—de paz, habiendo sido formada en la paz. *in B. V. n. III.*

LUZ—de los doctores. IV *in Annunt. n. III.*

MADRE—de Dios. *in Præsent. n. V.*

MADRE—del Criador II *in Annunt. n. VII.*

MADRE—de nuestro Señor. III *in Nat. B. V. n. VIII.*

MADRE—de la salud, IV *in Annunt. n. IV.*

MADRE—de la virginidad. I. *in Annunt. n. VI.*

MADRE—de los pecadores. *in Dom. II. post. Epiph. n. 1.*

MADRE—de los bienaventurados. I *in Resurr. n. XIII.*

MADRE—Virgen II. *in Dom. Pass. n. II.*

MAESTRA—de los Discípulos en la ausencia de su Hijo. IV. *in Ascens. n. 1.*

MAESTRA—de todos los apóstoles y discípulos de Cristo y de todas las iglesias, por lo cual se canta con razon que ella sola destruye todas las herejias. III. *in Assumpt. n. VII.*

MAESTRA—de la virginidad como la primera que la inventó, instituyó y fundó. I. *in Annunt. n. VI.*

MÁRTIR—en la Pasion. IV. *in Ann. n. IV.*

MEDIANERA—nuestra. *Ibidem.*

MICRÓSCOMOS—de la iglesia, pues reúne en sí la perfeccion de los Santos y de toda la iglesia. III. *in Nativ. n. VIII.*

MODELO—de todos los buenos I. *Omn SS n I.*

MUJER—incomparable. I, *in Ann. n. 1.*

NORMA—de santidad. IV *in Annunt. n. III.*

ORIGEN—de la paz. *Ibid n. IV.*

PARAISO—de Dios. V *in Assumpt. n. VIII.*

PATRONA—De la iglesia universal. *In Præsent. n. 1.*

PATRONA—Nuestra única, en la cual tenemos todos los ojos fijos. III. *In Nativ. B. M. V. n. VI.*

PRESIDENTE—De la iglesia. IV. *In Ascens. n. 1.*

PRIMERA—De todas las criaturas. III. *In Nativ. B. M. V. n. VI.*

PRIMICIERA—De todos los Santos. IV. *Omn. SS. n. I.*

PROFETA—En los pronósticos. IV. *In Ann. n. IV.*

PROPUGNÁCULO—De la Iglesia. I. *In Assumpt. n. I.*

PROTECTORA—Nuestra. III. *In Nativ. B. V. n. VI.*

PROTECTORA—Universal de la Iglesia. V. *In Assumpt. n. III.*

PUREZA—De las Vírgenes. *Ibidem.*

PURÍSIMA—Sin la menor mala inclinacion. III. *In Nat. B. V. n. VIII.*

- REDENTORA—Del mundo. V. *In Annunt. n. VIII.*
- REFUGIO—Único de los pecadores. *In Assumpt. n. I.*
- REFUGIO—Universal. V. *In Annunt. n. XI.*
- REGENTE—De la Iglesia. IV. *In Ascens. D. n. I.*
- REINA—Del cielo. II. *In Annunt. n. VII.*
- REINA—De las gracias. *In Dom. II. post. Pent. n. I.*
- RELIQUIARIO—Del Espíritu Santo. III. *In Nativ. B. V. n. VI.*
- REMEDIO—Del mundo. *In B. V. n. II.*
- REMEDIO—Único nuestro. III. *In Nat. B. V. n. VI.*
- BIEN—En toda clase de tesoros. I. *Omn. SS. n. I.*
- REPARADORA—De la vida. IV. *In Annunt. n. IV.*
- SACRARIO—De toda la Trinidad. II. *In Annunt. n. V.*
- SACRARIO—Del Espíritu Santo. *Ibid. n. VII.*
- SALUD—De los enfermos, V. *In Ass. n. X.*
- SALUD—Segura. IV. *In Annunt. n. IV.*
- SANTIDAD—De los Apóstoles. IV. *In Annunt. n. III.*
- SANTUARIO—De Dios. *In Nat. B. V. n. VII.*
- SEÑORA—De los ángeles que la veneran con la mayor reverencia. *In Præs. n. V.*
- SEÑORA—Del mundo. II. *In Annunt. n. VII.*
- SEÑORA—Nuestra. IV. *In Annunt. n. IV.*
- SOLAZ—En las tribulaciones. *In Rogat. n. I.*

- SUMARIO—Abreviado y completo de todas las gracias. IV. *in Annunt. n. III.*
- TEMPLO—Animado de Dios excelso. II. *in Dom. Pass. n. I.*
- VÍRGEN—En la pureza. *in Annunt. n. IV.*
- VÍRGEN—Prudentísima. II. *in Dom. Pass. n. I.*
- VÍRGEN—Pura, única, singular, con la cual ninguna otra puede compararse, y en cuya comparación toda otra virginidad parece corrupción. I. *in Annunt. B. V. n. VI.*
- VÍRGEN—Excelentísima. III. *in Dom. I. Quadr. n. I.*
- VÍRGEN—Régia que tiene el primado de entre todas las Vírgenes. *Ibid.*
- VÍRGEN—Sacratísima. II. *in Annunt. n. VII.*
- URNA—Bellísima llena del celestial bálsamo. *Ibid.*
- URNA—Del maná del Cielo. III. *in Nativ. B. V. n. VII.*
- ~~~~~

Índice.

	<u>Págs.</u>
Cap. I. Introduccion.	5
II. Descripcion de la Virgen.	8
III. Inmaculada Concepcion.	10
IV. Nacimiento.	15
V. Nombre de María.	18
VI. Presentacion.	19
VII. Anunciacion.	20
VIII. La Visitacion.	20
IX. San José en la preñez de Maria.	33
X. Parto de la Santísima Virgen.	35
XI. Circuncision.	49
XII. Adoracion de los Santos Reyes.	50
XIII. Purificacion.	56
XIV. Huida á Egipto.	62
XV. Infancia de Jesús.	»
XVI. Niño perdido.	63
XVII. Vida oculta.	66
XVIII. Bautismo del Señor.	69
XIX. La Virgen en la vida pública del Señor.	70
XX. Las tres vidas de María.	»
XXI. Combate interior de Maria en la pasion de su Hijo.	74
XXII. María al pie de la cruz.	75
XXIII. Despues de la sepultura del Señor.	78
XXIV. Resurreccion del Señor.	79
XXV. María en la Ascension del Señor.	91
XXVI. Pentecostés.	94
XXVII. Despues de pentecostés.	96
XXVIII. La Virgen con San Juan.	101
XXIX. La Asuncion.	102
XXX. Dignidad.	126
XXXI. Nobleza.	128
XXXII. Impecabilidad.	129

	<u>Págs.</u>
XXXIII. Confianza en la Virgen.	132
XXXIV. Protección.	133
XXXV. Modo de alabarla.	135
XXXVI. Semejanza entre Jesús y María.	137
XXXVII. Excelencias de la Virgen.	139
XXXVIII. Virgen y Madre.	140
XXXIX. María fundadora de la virginidad.	141
XL. María abogada.	142
XLI. Hermosura.	143
XLII. Ojos.	144
XLIII. Virtudes de la Virgen.	145
XLIV. Fé.	147
XLV. Amor de Dios.	149
XLVI. Fortaleza.	152
XLVII. Contemplación.	153
XLVIII. Humildad.	155
XLIX. Modestia.	156
L. Prudencia.	157
LI. Pudicia.	158
LII. Silencio.	»
LIII. Virginidad.	159
LIV. Obras de misericordia.	161
LV. Figuras de María.	162
LVI. Alegorías bíblicas de la Virgen.	165
LVII. Títulos que el Santo dá á la Sma. Virgen.	182

SERMONES ESCOJIDOS

DEL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

D. JUAN NEPOMUCENO CASCALLANA Y ORDOÑEZ,
OBISPO DE MALAGA.

Los tres tomos, en 4.º mayor, de buen papel y tipos, se venden á 72 rs. en los puntos siguientes:

MADRID. Librerías de *Olamendi*, Paz, 6;—*Aguado*, Pontejos, 8;—*Tejado*, Arenal, 20;—*Fè*, Carrera de San Jerónimo, 2;—*Lopez*, Cármen, 13;—*Martinez*, Carretas, 33;—*Villaverde*, Carretas, 4;—*Murillo*, Alcalá, 7;—*Guio*, Arenal, 14.

PROVINCIAS. Barcelona, *Viuda é Hijos de J. Subirana*.—Cádiz, *D. Manuel Morillas*.—Sevilla, *D. Antonio Izquierdo y Sobrino*.—Zaragoza, *D. Cecilio Gasca*;—Valladolid, *D. Fernando Santaren*.

EJERCICIOS INTERIORES

para venerar los misterios de Ntro. Sr. Jesucristo, por el Rdo. P. Francisco Nepueu, de la Compañía de Jesús.—Se venden en la *Librería y Tipografía católica*, Pino 5.—Barcelona.

STO. TOMÁS DE VILLANUEVA.

— 2 —

VIDA

DE LA SANTÍSIMA É INMACULADA

Virgen María,

RECOGIDA Y EXTRACTADA DE LAS OBRAS
DE DICHO SANTO.

CON LICENCIA.

LERIDA:

Imp. á c. de Francisco Carruez.

1881.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA.